

Historia del Pensamiento

(Segunda Edición)

DISCURSO SOBRE EL
ESPÍRITU POSITIVO

CURSO DE FILOSOFÍA POSITIVA

(lecciones 1 y 2)

DISCURSO SOBRE EL ESPÍRITU POSITIVO

EDICIONES OMBRES, S.A.

AUGUSTO COMTE

(1798-1857)

CURSO DE FILOSOFÍA POSITIVA

(lecciones 1 y 2)

DISCURSO SOBRE EL ESPÍRITU POSITIVO

EDICIONES ORBIS, S.A.

Título original: COURS DE PHILOSOPHIE POSITIVE.

Traducción, prólogo y notas de

José Manuel Revuelta.

Se publicó por primera vez en 1830, en París.

Título original: DISCOURS SUR L'ESPRIT POSITIF.

Traducción de Consuelo Berges.

Prólogo de Antonio Rodríguez Huéscar

Se publicó por primera vez en 1844.

Dirección de la colección: Virgilio Ortega.

© 1980 Aguilar Argentina, S.A., de Ediciones

© Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A.

ISBN: 84-7530-516-4

D.L.B. 8294-1984

Compuesto, impreso y encuadernado por

Printer industria gráfica, s.a. Provenza, 388 Barcelona

Sant Vicenç dels Horts

Printed in Spain

CURSO DE FILOSOFÍA POSITIVA

LECCIONES 1 y 2

PRÓLOGO

El *Curso de filosofía positiva* es, sin duda alguna, la obra más significativa de Augusto Comte, no sólo por su extensión sino por ser la de mayor solidez filosófica.

El *Curso* fue escrito por Comte sin intención de publicarlo, sino únicamente para que le sirviera de guión para unas lecciones que dio ante un escaso, aunque selecto, auditorio. Estas lecciones fueron setenta y dos, y así quedan reflejadas en el cuadro sinóptico que precede a la obra [ver las páginas 77, 78 y 79]. Más tarde, decidido a publicarlas, quedaron reducidas a sesenta, y así se han venido presentando en las sucesivas ediciones de la obra.

La primera edición, hecha por Comte, apareció en seis volúmenes, publicados desde 1830 a 1842.

El curso entero es el desarrollo científico de las seis ciencias fundamentales, siguiendo el orden enciclopédico establecido en la segunda lección.

Las dos ideas básicas de la filosofía positiva, señaladas por Comte desde el principio de su curso, son:

- 1) la organización de las ciencias en una gran escala enciclopédica, y
- 2) la reorganización de la sociedad de una manera científica partiendo de los resultados de una Sociología, al fin positiva.

Las dos primeras lecciones del curso, que son las que aquí se presentan, están dedicadas especialmente al desarrollo de estas ideas.

La primera lección

La primera lección comienza con el análisis de la Ley de los tres estados; ley necesaria en la evolución de la humanidad. El individuo, al igual que la especie humana, pasa sucesivamente por tres fases diferentes, caracterizados por tres métodos de filosofar que se excluyen mutuamente:

- 1) el estado teológico o ficticio, donde todo se resuelve imaginativamente

en lo absoluto, por la ficción de las voluntades arbitrarias de los seres sobrenaturales;

2) el estado metafísico o abstracto, donde todo se explica por las fuerzas abstractas, o «entidades» puramente verbales, a las que se las cree reales;

3) el estado positivo o científico, donde se renuncia a conocer el absoluto, el origen y el destino del universo, y donde toda explicación se reduce a los hechos y a las relaciones necesarias entre ellos, a lo cual llamamos leyes; ni se consideran las ficciones, ni las abstracciones personificadas, sino únicamente los hechos, ya sean éstos particulares o generales.

El progreso de cada uno de estos estados, lo que ha constituido su plenitud, ha consistido en la paulatina reducción de todos los múltiples principios de explicación hasta llegar a uno solo: un solo Dios, para el estado teológico; una sola Naturaleza, para el estado metafísico; una sola Ley, para el estado positivo, que evidentemente habría de ser la más general de todas y la que explicara todos los fenómenos. Pero, ¿cuál es ésta? Comte duda mucho en este punto. Por una parte, una cierta analogía con los otros estados exigiría la existencia de esta ley. Por otra parte, reducir todos los principios de explicación a una sola ley le parece a Comte un tanto utópico. ¿Podría ser esta ley la de la gravitación universal? Según Comte, esta ley explica muchos hechos, pero no se decide a presentar esta ley como la explicadora de todo.

El descubrimiento de esta ley de los tres estados tiene dos pruebas:

1) la historia: la de la especie humana y la de cada individuo en particular, que es una reproducción en pequeño de la historia de la especie;

2) la necesidad que manifiesta la humanidad de sistematizar el conjunto de sus conocimientos, ya sean éstos teóricos o prácticos.

«La ciencia positiva sustituye toda idea de absoluto, por la de una relación necesaria entre los hechos. La idea de ley sustituye, pues, a la de causa, ya sea ésta primera o final. Así hay que entender las modernas teorías, por ejemplo la de la gravitación o la del calor.

Para alcanzar y cerrar definitivamente el estado positivo, el último estado posible, faltan aún dos cosas por hacer: constituir la física social o sociología, que completa el estudio de todos los fenómenos posibles, y jerarquizar el conjunto de las ciencias. Estos dos objetivos se complementan entre sí y el segundo se subordina al primero.

La división del trabajo intelectual entraña el riesgo de la excesiva especialización y dispersión de los investigadores. La filosofía positiva tiene para esto su remedio, al crear una nueva clase: la de especialistas de las generalidades. Éstos serán los futuros filósofos del estado positivo.

Termina la primera lección señalando cuatro aplicaciones del positivismo:

1) El espíritu positivo permitirá buscar racionalmente, y con toda objetividad, las **leyes del espíritu humano**.

La crítica del método de la observación interior en psicología muestra que observarse a sí mismo es una ilusión y una imposibilidad. Por eso hay tantos sistemas de filosofía como filósofos.

La crítica de la lógica tradicional muestra que este estudio es demasiado general y prematuro, por no decir imposible; hay que estudiar el método en su aplicación a cada ciencia y no por separado.

2) El positivismo reformará la **educación**, que actualmente se encuentra en la más total anarquía, al separar lo que constituye el espíritu de las ciencias, de lo que son sus relaciones mutuas de dependencia.

3) La jerarquía de las ciencias contribuirá a la perfección de cada una de las **ciencias especializadas**, haciéndolas colaborar metódicamente; por ejemplo, el álgebra y la geometría, o la química y la fisiología.

4) Por último, el espíritu positivo reorganizará la **sociedad**. Pondrá fin a nuestro individualismo revolucionario y anárquico, al mostrar a todos una doctrina social común. De aquí ha de resultar una comunión de principios que ha de conducir a una comunión de espíritus. Así han hecho las ciencias más antiguas, imponiéndose y coordinando todo aquello que entraba en sus dominios.

La condición previa de estas cuatro aplicaciones es la jerarquía de las ciencias. Pero no hay que confundir ésta con la reducción de todas las leyes del mundo a una sola, lo cual es una utopía muy poco positiva, ya que cada ciencia debe conservar sus caracteres específicos en esta jerarquía.

La segunda lección

La segunda lección es la que trata plenamente de la clasificación racional de las ciencias. Todas las clasificaciones hechas anteriormente son objeto de crítica, ya que, o bien los autores eran personas desconocedoras de los objetos que se iban a clasificar, o bien las hacían partiendo de unos principios falsos; así, por ejemplo, la de Bacon, quien divide y clasifica las ciencias partiendo de una distinción un tanto sutil de las facultades humanas, de donde resultaban ciencias de la **memoria**, **ciencias de la voluntad**, del entendimiento, etc. En cualquier caso, todas estas clasificaciones pecaban de prematuras, ya que las ciencias aún no habían llegado a un estado **homogéneo**. Sólo ahora, al alcanzar la sociología, la última de las ciencias en la jerarquía, su estado positivo, es posible hacer una recta clasificación.

Los ejemplos recientes, dice Comte, de los naturalistas, al clasificar a los seres vivos, son los auténticos modelos a seguir en la clasificación de las ciencias.

No hay que clasificar más que las ciencias teóricas, ya que las ciencias

aplicadas siempre se derivan de aquéllas y a las cuales se subordinan. Un nuevo problema surge a este respecto y es el de la interrelación entre ciencia y arte, o lo que es lo mismo, entre ciencia e industria. Comte prevé la creación de una nueva clase social, la de los ingenieros, quienes dependiendo siempre de los científicos puros, se encargarán de relacionar los nuevos descubrimientos con sus posibles aplicaciones prácticas, es decir, esta clase constituye un cuerpo intermedio entre los investigadores por un lado y los directores de ejecución de los trabajos prácticos por otro.

Un segundo paso selectivo consiste en que sólo hay que clasificar las ciencias abstractas o generales y no las concretas, particulares o descriptivas, pues éstas forman un capítulo dependiente siempre de las primeras. Así, por ejemplo, la mineralogía o la física concreta dependen de la química o de la física abstracta y solamente estas últimas habrá que clasificar.

Un doble camino se puede seguir en esta exposición: o bien el orden histórico, en el que las diversas ciencias se han formado de hecho, o bien el orden dogmático, el cual presenta directamente las dependencias lógicas de sus datos, una vez constituidas estas ciencias.

Lo mejor será combinar en la medida de lo posible estos dos órdenes de exposición, siempre con el riesgo de que puedan surgir algunos pequeños círculos viciosos, como ocurre, por ejemplo, con la mutua interdependencia de la astronomía y la óptica. La historia de cada ciencia hay que estudiarla en el conjunto de la evolución humana y no de una manera aislada, lo cual equivale a decir que será más una sociología de las ciencias lo que nos interesa y no su historia aislada.

Todas estas consideraciones contribuyen a guiar la elección entre las 720 clasificaciones posibles de las seis ciencias. Resulta evidente que seis objetos dan un máximo de 720 combinaciones posibles, esto es, el resultado del producto de $1 \times 2 \times 3 \times 4 \times 5 \times 6 = 720$.

Tras las eliminaciones precedentes, quedan, pues, seis ciencias por clasificar, es decir, aquellas que no pueden ser reducidas a ninguna otra ciencia, ni pueden ser reducidas entre sí, lo cual da el cuadro siguiente:

CLASIFICACIÓN O JERARQUÍA DE LAS CIENCIAS

CIENCIAS
DE LOS
CUERPOS
BRUTOS

- 1.— Matemáticas (abstracta: cálculo aritmético, algebraico, integral; concreta: geometría, mecánica racional).
- 2.— Física celeste o astronomía (geométrica, mecánica).
- 3.— Física terrestre o física mecánica (barología, termología, acústica, óptica, electrológica).
- 4.— Química o física química (inorgánica, orgánica).

CIENCIAS
DE LOS
CUERPOS
ORGANIZADOS

5. — Física orgánica o fisiología (estructura, clasificación; vegetal, animal, intelectual, afectiva).
6. — Física social o sociología (estática, dinámica).

Estas ciencias forman una jerarquía natural desde cuatro puntos de vista convergentes:

- 1) el de la generalidad o simplicidad de sus objetos;
- 2) el de su dependencia lógica, o lo que es lo mismo su coordinación racional; este punto depende del anterior;
- 3) el orden normal de facilidad para su enseñanza; y
- 4) el orden efectivo de su desarrollo histórico.

Estas cuatro consideraciones, cuyos resultados concuerdan exactamente, proporcionan una clasificación, o mejor, una jerarquía de las seis ciencias fundamentales, tal como se resume en el cuadro precedente. Si se exceptúan las matemáticas, que Comte ha reservado para el final de esta lección, ya que éstas son sobre todo una introducción abstracta a todas las ciencias, de la naturaleza o ciencias físicas, cada ciencia, incluso la sociología, puede ser considerada como una parte de la física.

Termina la segunda lección presentando cuatro resultados de esta clasificación. En efecto, esta fórmula enciclopédica de la jerarquía de las ciencias, concuerda:

- 1) con el uso espontáneo de los científicos y del público;
- 2) con el orden histórico de la desigual formación de las diversas ciencias;
- 3) con el grado de precisión decreciente de las ciencias (cuya certeza es, sin embargo, igual para todas, desde el momento que éstas alcanzaron el estado positivo); y
- 4) con el plan de una educación científica y racional, donde es necesario establecer un encadenamiento y una sucesión metódica.

El método de todas las ciencias es único, desde el momento que su doctrina es homogénea, es decir, positiva, pero ésta no es una.

Por fin, coloca a las matemáticas a la cabeza de las ciencias, ya que las matemáticas son a la vez una ciencia especializada y un método general que no tiene objetos propios o concretos en la naturaleza, pero que es un instrumento aplicable más o menos directamente a todas las restantes ciencias.

Comte y la filosofía positiva

El *Curso de filosofía positiva* puede ser considerado como el libro teórico por excelencia del positivismo y de la producción comtiana. Pese a todo es obra de juventud, con un proyecto excesivamente ambicioso y que no deja

de encerrar cierta pretensión utópica y también neurótica, sin llegar a los excesos de la última época del autor. [En efecto, con la elevación de la sociología (palabra inventada por Comte, pero introducida al final del *Curso*) a ciencia positiva, con lo cual todas las ciencias son ya positivas, y con la clasificación racional, única acorde con esa lógica del sentido común, el estado positivo queda instaurado definitivamente.] Y no hay posibilidad de un cuarto estado, pues basándose el tercero en lo real, un estado que quisiera superar sus presupuestos habría de basarse en otra cosa que lo real, lo cual es imposible, afirma Comte. También queda cerrado para las ciencias el progreso indefinido. Comte afirmaba que era una irracionalidad creer en el progreso indefinido. Cabrán progresos en los detalles, pero no en lo esencial, lo cual ya está sentado de una vez para siempre. También por último, la filosofía positiva solucionará la crisis de la sociedad, al ofrecer unos cánones únicos. En definitiva, este positivismo ofrece la tentación de cerrar un círculo muy grande en la evolución de la humanidad, y del que no se ven posibilidades de salir. Nos encontramos más o menos instalados en un «paraíso» positivista.

¶ Para el Comte de la segunda época este paraíso no tiene ninguna duda y ya todos sus esfuerzos van a estar dirigidos a la implantación inmediata de este estado. Pero todo ello se encuentra ya en germen en esta su primera obra fundamental, el *Curso de filosofía positiva*.

~ Sin embargo, el positivismo es tanto un producto individual como colectivo. Comte señala repetidamente que la filosofía positiva no es más que una respuesta a las aspiraciones de su tiempo. Si hay algo que caracterice su espíritu positivo es el estar de acuerdo con el espíritu de su siglo; y el espíritu de este siglo, siempre según Comte, tiene dos aspiraciones fundamentales: el orden y el progreso.

Los años de la vida de Comte (1798-1857) son los años posteriores a la Gran Revolución. Todos los espíritus europeos, fatigados ya de tanta guerra, sienten el deseo de un orden social estable, pero de un orden que a su vez se armonice con todos los avances del progreso. Para los científicos de la época, la nueva ciencia, que se manifiesta segura y poderosa, supone algo en lo que se debe creer sin regateos. Sólo en la ciencia se ha de encontrar al auténtico progreso.

Pero armonizar este orden y este progreso no es tarea fácil. A un nivel político, dos tendencias se manifiestan opuestas y cada una de ellas defensora de uno de los dos valores: el ala monárquica y conservadora, fiel a una tradición, a un espíritu religioso, desea un orden: el orden que ya existía antes de la revolución. Y desconfía del progreso, como fuente de liberalismos e impiedades. Por otro lado, el ala reformista y liberal no desea volver a los tiempos anteriores a la Revolución. Es creyente firme en el progreso y se proclama individualista.

A un nivel ideológico, tres corrientes diferentes cabría señalar:

1) El **Romanticismo**: se inserta en la corriente liberal, pero no cree en las soluciones colectivas. La única salvación posible está en la evasión y en el individuo. Es revolucionario en el terreno del arte, pero en política se muestra arcaizante y conservador.

2) El **Idealismo alemán**, ya casi en la bancarrota; y producida ésta sobre todo por el gran auge de la ciencia natural, que había estado interrumpida desde el Renacimiento. Esta ciencia se dice desligada de toda metafísica y está ofreciendo resultados brillantes, con una metodología experimental firme y segura. Mientras tanto, los epígonos del idealismo se esfuerzan en conseguir una conciliación de la metafísica clásica, con esta nueva ciencia, pero la conciliación tiene poca consistencia. También a un nivel moral, este idealismo intenta armonizar la moral religiosa con las nuevas aspiraciones liberales y de autonomía, pero también con resultados poco satisfactorios.

3) El **Socialismo** naciente; esta corriente viene empujada por una industria y por un comercio en pleno auge, aunque por ahora es una filosofía poco competente. Aún no ha llegado la era del maquinismo. Sin embargo, para Comte, este socialismo es tal vez la corriente más decisiva y la que más influencia ejerce sobre él. Fueron siete años de colaboración con Saint-Simon, quien le va a contagiar su afición por los estudios políticos y sociales. Este socialismo cree en las soluciones colectivas y peca de exceso de optimismo al pensar que la sociedad ya está madura para conseguir soluciones definitivas.

Junto a estas corrientes señaladas, existen otras de carácter secundario, a las que Comte criticará severamente; así un espiritualismo ecléctico, aún «metafísico», o un empirismo rudimentario, que no pasa de ser «una vana erudición».

Mezclándose a todas estas corrientes, entra el positivismo a ofrecer su solución. Por una parte es conservador: convicción firme de la necesidad de una autoridad, de una jerarquía, de una tradición e incluso de una religión. Pero todo ello, supeditado al espíritu de la nueva ciencia. El positivismo es una filosofía del sentido común, pero elevado éste a la categoría de ciencia.

Por otra parte, el positivismo es reformador. Tiene creencia firme en el progreso, el cual armonizará la ciencia y la industria, y tiene fe en encontrar una solución social; la fórmula de un estado social definitivo: «El orden como principio, el progreso como fin.» Sólo más adelante, en la época mística de Comte, añadirá «el amor como base». En este nuevo estado, que se basará en una ciencia completamente positiva, no cabrán los restos de una metafísica: ni el poder con origen divino, ni la moral dogmática cristiana, ni el egoísmo y sus soluciones individuales.

Lo que Comte ha hecho es una original selección de lo más característico de su tiempo, y han sido las estructuras y el medio los auténticos creadores

del sistema y del espíritu positivo. Comte sólo ha intervenido con su personalidad poderosa, para hacer una síntesis y una organización.

En lo ideológico, tal vez la época no fuera tan crítica como la de Descartes, hasta el punto de exigir la *tabula rasa*, con respecto a todo lo que la época ofrece. Comte aprovecha y utiliza lo que su tiempo le daba como más seguro: la ciencia. A partir de ella se construye el positivismo.

Difícil resulta siempre analizar una obra de Comte, si no se tienen presentes algunos aspectos de su biografía, ya que además de un científico, Comte, el último enciclopedista como ha sido llamado, era un enfermo, que deja entrever su neurosis en cualquiera de sus obras.

En el aspecto intelectual, Comte no es un filósofo de profesión; es un científico puro que hace filosofía, instalándose así en la línea de la mejor tradición cartesiana de los filósofos científicos. Sus primeros estudios en el Liceo de Montpellier, su ciudad natal, y luego en la Escuela Politécnica de París, están marcados por la preferencia hacia las matemáticas, en realidad, la auténtica especialidad de Comte. Expulsado de la Escuela Politécnica, con la acusación de republicano, en el año 1814, vuelve a Montpellier, y en su célebre facultad de Medicina, estudia anatomía y fisiología. De nuevo en París, comienza la colaboración con H. de Saint-Simon, aficionándose por los estudios de historia y de política. Conjuntamente publican el *Catecismo político de los industriales*, encargándose Comte de la parte ideológica de la obra.

Saint-Simon escribía de esta obra: «No ha tratado más que la parte científica de nuestro sistema, sin exponer su parte sentimental y religiosa. Nuestro discípulo M. A. Comte se ha colocado en el punto de vista de Aristóteles, y por consiguiente, ha considerado la capacidad aristotélica como la primera entre todas, como si el espiritualismo debiera privar lo mismo que la capacidad industrial y la capacidad filosófica»¹.

Tras estas discrepancias, surge la ruptura entre los dos y ya Comte de una manera autodidacta se dedica a la contrucción de su sistema. Era Comte un hombre de voluntad férrea y de una gran capacidad de disciplina en el trabajo. Así, por ejemplo, cuando el mismo Saint-Simon le criticaba su mal estilo en la redacción, Comte se impuso una disciplina para corregirlo, consistente en una serie de normas que luego cumplía escrupulosamente. Algunas de éstas consistían en la intercalación de punto o punto y coma cada cierta cantidad de palabras, o la no repetición de un adverbio antes de transcurridas dos líneas, etc. Normas que de todas maneras no mejoraron gran cosa su estilo, que siguió siendo monótono, retorcido, difícil y a veces pesado.

1. *Catecismo político de los industriales*, de H. Saint-Simon. Biblioteca de Iniciación Filosófica, Aguilar, 1964, pág. 92.

Cuando ya se encontraba preparando su *Curso de filosofía positiva* le sobreviene la primera crisis. Comte la justificaba diciendo que había pasado ochenta horas seguidas sin apenas descansar, y la fatiga y la tensión le habían provocado la crisis. Lo cierto es que fue internado en una casa de salud y tratado por el célebre Dr. Esquirol. Salió de la clínica, tal vez por escaseces económicas y con la mención (*n.g.*), «no curado». El diagnóstico decía: megalomanía y depresiones melancólicas. Días más tarde de salir de la clínica se arroja al Sena, sin ninguna grave consecuencia. En realidad, las crisis le siguieron constantes durante toda su vida.

Cumplidos sus cuarenta años, y como medida de «higiene mental», decide no volver a leer nada más en su vida que pueda turbarle la línea de sus pensamientos. Dice en el prólogo al tomo VI del *Curso*,² que nunca leyó a Vico, Kant, Herder ni Hegel. Algún día aprenderá alemán a su manera, dice, para poder leer a estos últimos, pero es éste un propósito que nunca cumplió.

A sus cuarenta y dos años, una nueva crisis le sobreviene, esta vez producida por la separación definitiva de su esposa. A partir de este momento, un sentimiento creciente de su misión social le hace sobrevivir y se entrega apasionadamente a la redacción escrupulosa de lo que imagina ha de ser su futura sociedad positiva. De este tiempo es su *Sistema de política positiva instituyendo la Religión de la Humanidad* (4 volúmenes), y de este tiempo también las mayores fantasías y delirios en letra impresa.

Coincide la separación de su esposa con el principio de la época delirante y mística de Comte. Dos años más tarde de la separación, encuentra a Clotilde de Vaux, a la cual diviniza y transforma en el Gran Ser. Será el símbolo de la nueva Humanidad. Muere esta mujer poco tiempo más adelante y Comte se entrega a una serie de disciplinas y ritos en su memoria: así, todos los días hace unos ejercicios de meditación reconstruyendo la vida de Clotilde. Todos los años en el aniversario de su muerte y ante su tumba, hace la confesión general del año. (Se conservan doce Santas Clotildes, de otras tantas confesiones generales.)

Los delirios de grandeza, sus manías de persecución y su sentimiento de mesianismo, llegan al máximo. Ahora en sus obras el amor y el sentimiento son los puntos fundamentales. «El sentimiento debe siempre dominar a la inteligencia», escribe en la *Política positiva*, y en esta época desaconsejaba la lectura del *Curso*, por ser demasiado frío e intelectual.

Vive ahora alejado de sus clases y se mantiene gracias al subsidio positivista que en un principio le pasaba Stuart Mill y más tarde Littré y otros amigos positivistas.

2. *Oeuvres de Auguste Comte. Cours de Philosophie Positive*. Éditions Anthropos. París, 1968. Prólogo al vol. VI.

Un abono al Théâtre-Italien le hace introducirse en un mundo menos hostil al sentimiento. Sus días terminan entre visiones fantasmagóricas y plenos delirios. Muere el 5 de septiembre de 1857 en su casa de la calle Monsieur le Prince, hoy sede de la Sociedad Positivista.

Para una crítica clásica, la vida y la obra de Comte tienen dos fases: una primera sensata, profunda y creadora, y la segunda de pura imaginación, fantasía y locura. Opinión ésta tal vez avalada por el mismo Comte, quien se comparaba a Aristóteles en su primera carrera y a San Pablo en la segunda. Pero tal vez un análisis más detenido haría ver que la segunda carrera es solidaria con la primera y que las diferencias son puramente superficiales. Su optimismo, su megalomanía, su pretensión de ser el finalizador del ciclo de la evolución de la humanidad, es obra de juventud. La estructuración del estado social definitivo, también es obra de juventud. A su madurez neurótica, sólo corresponde el precipitarse en llevar a la práctica el paraíso positivista, y el entregarse a los fantasmas de esta realización.

En cualquier caso, como afirma Stuart Mill, Comte no es más loco que cualquier otro constructor de sistemas filosóficos.

JOSÉ MANUEL REVUELTA

OBRAS PRINCIPALES DE A. COMTE

Cours de Philosophie Positive. Publicado de 1830 a 1842.

Système de politique positive instituant la Religion de l'Humanité. Publicado de 1851 a 1854.

OBRAS SECUNDARIAS

Plan des travaux scientifiques nécessaires pour réorganiser la société. 1822. Publicado en principio junto al *Catecismo de los industriales*, de Saint-Simon.

Discurso sobre el espíritu positivo. 1844, como introducción a un *Cours Philosophique d'Astronomie populaire*. (Constituye la segunda parte de este volumen.)

Discours sur l'ensemble du positivisme. 1848-1851. (Resumen muy apreciado por Comte: «Ya puedo morir en paz; lo principal ya está hecho».)

Catechisme positiviste. 1849.

Appel aux conservateurs. 1855.

Synthèse subjective. 1856 (Tenían que haber seguido una *Synthèse Morale* y una *Synthèse d'Industrie*).

Correspondencia con Clotilde de Vaux (181 cartas), con *Stuart Mill*, *Valat*, etc.

Saintes-Clotildes. Doce confesiones generales.

CURSO DE FILOSOFÍA POSITIVA

LECCIONES PRIMERA Y SEGUNDA

NOTA EDITORIAL

La presente traducción se ha hecho sobre la edición de Éditions Anthropos, 15 rue Racine. París VI, reimpresión anastáltica, 1968.

El título original de esta obra de Auguste Comte es: *Cours de Philosophie Positive*. Fue publicada por vez primera a primeros de julio de 1830 en la Sede de la Sociedad Positivista, 10, rue Mr. le Prince, París. La primera página dice así: *Curso de Filosofía Positiva* por Augusto Comte. Antiguo alumno de la Escuela Politécnica. Profesor encargado de Análisis Transcendental y de Mecánica Racional en dicha escuela. Tomo primero. Contiene los preliminares generales y la filosofía matemática. París, Bachelier. Librería para matemáticos, Quai des Augustins, 55. 1830.

Existe la siguiente dedicatoria: «A mis ilustres amigos:

El Sr. Barón Fourier, Secretario perpetuo de la Real Academia de las Ciencias.

El Profesor U. M. D. de Blainville, miembro de la Real Academia de las Ciencias.

En testimonio de mi respetuoso afecto.

(A. Comte. París, 30 Nov. 1829)»

ADVERTENCIA DEL AUTOR PARA LA PRIMERA EDICIÓN

Este curso, iniciado por primera vez en abril de 1826, es el resultado de todos mis trabajos hechos desde mi salida de la Escuela Politécnica en 1816. Tras un corto número de sesiones, una grave enfermedad me impidió la continuación de esta empresa, alentada desde sus comienzos por muy ilustres personas, entre las que quiero destacar aquí a los Señores Alexandre de Humboldt, de Blainville, y Poincot, miembros de la Academia de Ciencias, que honraron con su presencia la exposición de mis ideas.

En el invierno pasado, a partir del 4 de enero de 1829, reemprendí, ya sin interrupción, la exposición del curso, esta vez ante un auditorio del que se han dignado formar parte el Señor Fourier, Secretario Perpetuo de la Academia de Ciencias, los Señores de Blainville, Poinson y Navier, miembros de la citada Academia, y los Profesores Broussais, Esquirol, Binet, etc., a los cuales quiero testimoniar aquí públicamente mi reconocimiento por su comprensión hacia esta nueva tentativa filosófica.

Asegurado por tan ilustres personas de la utilidad de este curso, he creído oportuno darle mayor publicidad, y así, exponerlo durante este invierno en el Ateneo Real de París, donde acaba de iniciarse el 9 de diciembre. El plan de exposición es el mismo que el presentado el año pasado, si bien, atendiendo a las necesidades de este establecimiento, me he visto obligado a restringir un tanto su desarrollo.

En la publicación que hoy hago de mis lecciones, se encontrará el curso completo, tal como fue expuesto el año anterior.

Para completar esta divagación histórica, debo añadir que algunas de las ideas fundamentales de este curso fueron ya anteriormente expuestas en la primera parte de una obra titulada *Sistema de Política Positiva*, editada en mayo de 1822 con una tirada de 100 ejemplares, y reeditada en 1824 con una tirada algo mayor. Debo advertir que esta primera parte aún no ha sido formalmente publicada y no ha tenido sino una difusión muy limitada entre los estudiosos y los filósofos europeos.

He creído necesario hacer esta aclaración, ya que en obras posteriores a la mía, se hallan expuestas, sin mención alguna de mis investigaciones, algunas ideas que ofrecen una cierta analogía con parte de las mías, sobre todo en lo que se refiere a las teorías sociales.

A menudo nos muestra la historia del pensar humano, que diversos pensadores han llegado por separado a conclusiones análogas cuando se ocupan de una misma clase de trabajos. Sin embargo, debo insistir en la existencia anterior de esta obra mía, poco conocida del público, para que no se suponga que he tomado el germen de ciertas ideas de obras que, por el contrario, son más recientes que la mía.

Quiero responder ahora brevemente a las muchas personas que me han pedido aclaraciones relativas al título de este curso.

La expresión «Filosofía Positiva», que es constantemente empleada a lo largo del curso con una acepción rigurosamente invariable, no he querido definirla sino por el uso uniforme que siempre hago de ella. La primera lección en particular, puede ser considerada en su conjunto, como el desarrollo de la definición exacta de lo que llamo Filosofía Positiva. Sin embargo, lamento que a falta de otro, me haya visto obligado al uso del término «Filosofía», que tan abusiva como diversamente ha sido empleado en la historia, si bien el adjetivo «positiva» que a él se añade y que mediante

el cual se modifica su sentido, me parece suficiente para hacer desaparecer desde un principio todo equívoco esencial, al menos para aquellos que conocen el valor de este vocablo. Únicamente señalaré que empleo el término «Filosofía», en el mismo sentido que ha sido utilizado por los antiguos, y en especial por Aristóteles, esto es, como designando el sistema general de los conocimientos humanos. •

Al añadir el término «Positiva», indico la manera especial de filosofar, que consiste en examinar las teorías de cualquier orden, teniendo por objeto la coordinación de los hechos observados, lo cual constituye el tercero y último estado de la filosofía general, primitivamente teológica y después metafísica, tal como explico desde la primera lección.

Hay, sin duda, demasiada analogía entre mi «Filosofía Positiva» y lo que los filósofos ingleses entienden, sobre todo desde Newton, por Filosofía Natural. Pero, ni esta denominación, ni la de Filosofía de las Ciencias, tal vez más precisa, me han parecido oportunas, ya que ni la una, ni la otra, se ocupan aún de todos los órdenes de fenómenos, mientras que la Filosofía Positiva, que se ocupa del estudio de los fenómenos sociales y de todos los restantes, designa una manera uniforme de razonar, aplicable a todos los temas sobre los que se puede ejercitar el espíritu humano. Además, la expresión Filosofía Natural es usada en Inglaterra para designar el conjunto de las ciencias de la observación, consideradas hasta sus más detalladas especialidades, mientras que por Filosofía Positiva y en relación a las ciencias positivas, únicamente se entiende el estudio propio de las generalidades de las diferentes ciencias, y éstas como sometidas a un método único y como formando las diversas partes de un plan general de investigación. El término que he estado, pues, obligado a construir, es a la vez más extenso y más restringido que las denominaciones, por lo demás análogas en lo que se refiere al carácter fundamental de las ideas, que podrían a primera vista parecer equivalentes.

LECCIÓN PRIMERA

SUMARIO. *Exposición de la finalidad de este curso, o consideraciones generales sobre la naturaleza e importancia de la filosofía positiva.*

El objeto de esta primera lección es exponer claramente la finalidad del curso, es decir, determinar con exactitud el espíritu en el cual serán consideradas las diversas partes fundamentales de la filosofía natural indicadas en el programa que les he presentado.¹

Para poder formarse una opinión definitiva sobre la naturaleza de este curso, será necesario que todas sus partes sean plenamente desarrolladas. Es éste un inconveniente propio de las definiciones que hacen referencia a amplios sistemas de ideas, cuando éstas preceden a la exposición. Las generalidades pueden ser consideradas de dos maneras diferentes: o como introducción a una doctrina que se va a exponer, o como resumen de una doctrina ya expuesta; y si bien solamente de esta segunda manera adquieren todo su valor, no dejan de tener por ello menos importancia bajo la primera forma, ya que caracterizan desde un principio el tema que se ha de considerar. La delimitación precisa de nuestras investigaciones, trazada con toda la rigurosidad posible, es un preliminar particularmente indispensable en un estudio tan amplio, y hasta ahora tan poco determinado, como este del que nos vamos a ocupar. Así pues, obedeciendo a esta necesidad lógica, he creído necesario hacerles, desde este momento, una serie de consideraciones fundamentales que han dado origen a este nuevo curso, y que serán especialmente desarrolladas a continuación con toda la extensión que reclama la alta importancia de cada una de ellas. §

1. Alusión al gran cuadro sinóptico que acompaña la obra.

I. ANTECEDENTES DEL POSITIVISMO: LEY DE LOS TRES ESTADOS²

Para explicar convenientemente la verdadera naturaleza y el carácter propio de la filosofía positiva, es indispensable, desde un principio, echar una mirada retrospectiva a la marcha progresista del espíritu humano considerado en su conjunto, ya que cualquiera de nuestras especulaciones no puede ser bien comprendida más que a través de su historia.

Así, al estudiar el desarrollo total de la inteligencia humana en sus diversas esferas de actividad, desde sus orígenes hasta nuestros días, creo haber descubierto una gran ley fundamental, a la cual está sujeto este desarrollo con una necesidad invariable y que me parece que puede ser sólidamente establecida, bien con pruebas racionales que nos proporciona el conocimiento de nuestra organización, bien con las verificaciones históricas que resultan de un atento examen del pasado. Esta ley consiste en que cada una de nuestras principales especulaciones, cada rama de nuestros conocimientos, pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico o ficticio, el estado metafísico o abstracto, y el estado científico o positivo. En otras palabras, que el espíritu humano, por su naturaleza, emplea sucesivamente, en cada una de sus investigaciones, tres métodos de filosofar, cuyos caracteres son esencialmente distintos e, incluso, radicalmente opuestos: primero, el método teológico; a continuación, el método metafísico; y, por fin, el método positivo. De aquí, tres clases de filosofías, o de sistemas generales de reflexión sobre el conjunto de los fenómenos que se excluyen mutuamente: el primero es el punto de partida necesario de la inteligencia humana, el tercero su estado fijo y definitivo, y el segundo está destinado únicamente a servir de transición.

En el estado teológico, el espíritu humano al dirigir esencialmente sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de los seres, hacia las causas primeras y finales de todos los efectos que le asombran, en una palabra, hacia los conocimientos absolutos, se representa los fenómenos como producidos por la acción directa y continuada de agentes sobrenaturales más o menos numerosos, cuya arbitraria intervención explica todas las anomalías aparentes del universo.

En el estado metafísico, que en el fondo no es más que una³ simple modificación del primero, los agentes sobrenaturales son reemplazados por fuerzas abstractas, verdaderas entidades⁴ (abstracciones personificadas), inherentes a los diversos seres del mundo, y concebidas como capaces de

2. Las subdivisiones han sido introducidas en la obra para una mayor comodidad en su lectura.

3. En el *Discurso sobre el espíritu positivo*, o.c. pág. 52: «Puede considerarse el estado metafísico, como una especie de enfermedad crónica inherente por naturaleza a nuestra evolución mental, individual o colectiva, entre la infancia y la virilidad.»

4. Entidad: de *ens*: entes de razón, o, sobre todo, de imaginación.

engendrar por sí mismas todos los fenómenos observados, cuya explicación consiste, así, en asignar a cada uno su entidad correspondiente.

Por fin, en el estado positivo, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y el destino del universo y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para dedicarse únicamente a descubrir, con el uso bien combinado del razonamiento y de la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y de similitud. La explicación de los hechos, reducida a sus términos reales, no será en adelante otra cosa que la coordinación establecida entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales, que las diversas ciencias han de limitar al menor número posible.⁵

El sistema teológico alcanza su más alta perfección, cuando substituye el juego variado de las numerosas divinidades independientes que primitivamente habían sido imaginadas, por la providencial acción de un ser único. De la misma manera, la culminación del sistema metafísico consiste en concebir en lugar de entidades particulares, una sola entidad general, la *naturaleza*, aceptada como la fuente única de todos los fenómenos. Paralelamente, la perfección del sistema positivo, hacia la cual tiende, aunque probablemente no será nunca alcanzada, consistiría en la representación de todos los fenómenos observables, como casos particulares de un solo hecho general, como por ejemplo el de la gravitación universal.

No es éste el momento de demostrar más ampliamente esta ley fundamental del desarrollo del espíritu humano, ni de deducir sus más importantes consecuencias. Trataremos de ello con toda la extensión conveniente, en la parte de este curso dedicada al estudio de los fenómenos sociales.*

Por el momento, sirvan estas explicaciones para determinar con precisión el verdadero carácter de la filosofía positiva, en oposición a las otras dos filosofías que han dominado sucesivamente hasta estos últimos siglos, todo nuestro sistema intelectual. Sin embargo, para no dejar sin demostración una ley de tal importancia y cuyas aplicaciones se presentarán frecuentemente a lo largo de este curso, señalaré ahora cuáles son los motivos generales más manifiestos que puedan constatar su exactitud.

5. Regla fundamental: «Toda proposición que no es estrictamente reducible al simple enunciado de un hecho, particular o general, no puede tener ningún sentido real o inteligible» (*Discurso sobre el espíritu positivo*, o.c., pág. 54).

* (N. del A.) Aquellas personas que deseen aclarar de inmediato este tema, pueden consultar útilmente tres artículos de *Consideraciones filosóficas sobre las ciencias y los sabios*, que publiqué en noviembre de 1825 en la revista *El productor* (n.ºs 7, 8 y 10), y sobre todo, la primera parte de mi *Sistema de Política Positiva*, dirigida en abril de 1824 a la Academia de Ciencias, donde presenté por primera vez el descubrimiento de esta ley.⁶

6. No confundir con el *Sistema de política positiva*, en 4 volúmenes (1851-54), la obrita de 1822 titulada: «*Plan de trabajos necesarios para reorganizar la sociedad*», «*Le Producteur*», publicación semanal dirigida por Saint-Simon que apareció de 1825 a 1826.

En primer lugar, creo que es suficiente la simple enunciación de esta ley para que su exactitud sea inmediatamente verificada por todos aquellos que tienen un conocimiento profundo de la historia de las ciencias. Pues no existe una sola ciencia que haya llegado al estado positivo, que no pueda ser analizada en su pasado como compuesta esencialmente de abstracciones metafísicas, o bien remontándonos más en el tiempo, como dominada por especulaciones teológicas. Tendremos incluso la oportunidad de ver, por desgracia, a lo largo de este curso, cómo las ciencias más perfeccionadas conservan, aún hoy, algunos rasgos importantes de estos dos estados primitivos.

Esta revolución general del espíritu humano puede ser ampliamente constatada, de una manera sensible, aunque indirecta, al considerar el desarrollo de la inteligencia individual. El punto de partida, al ser necesariamente el mismo en la educación del individuo y en el de la especie, hace que las diversas fases principales de la primera deban representar las épocas fundamentales de la segunda. Así, cada uno de nosotros, al analizar su propia historia, ¿no recuerda haber sido sucesivamente, en lo que se refiere a sus nociones más importantes, un *teólogo* en su infancia, un *metafísico* en su juventud y un *físico* en su madurez? Esta verificación será fácil para todos aquellos espíritus que sientan al unísono con el nivel de su siglo.

Pero, aparte de la observación directa, general o individual que prueba la exactitud de esta ley, debo mencionar en esta elemental presentación, cuáles son las consideraciones teóricas que manifiestan su necesidad.

La más importante de estas consideraciones, extraída de la naturaleza misma del tema, consiste en la necesidad experimentada en todas las épocas, de una teoría cualquiera que coordine los hechos, dada la evidente imposibilidad del espíritu humano de sistematizar una teoría, partiendo de la simple observación.

Desde Bacon, todos los espíritus serios afirman que no hay más conocimiento real que aquel que se basa en los hechos observados. Esta máxima fundamental es evidente, incuestionable si se la aplica como conviene, para unas mentes maduras como las nuestras. Pero, refiriéndonos a la formación de nuestros conocimientos, no es menos cierto que el espíritu humano en el estado primitivo no podía ni debía pensar así, ya que si bien toda teoría positiva tiene que estar basada necesariamente en la observación, también es necesaria una teoría cualquiera que coordine esta observación. Si al contemplar los fenómenos no los relacionáramos de inmediato con algunos principios, no solamente nos sería imposible combinar estas observaciones aisladas, y por tanto sacar provecho alguno de ellas, sino que seríamos incluso enteramente incapaces de retenerlas, y a buen seguro que los hechos permanecerían desapercibidos ante nuestros ojos.

Así pues, el espíritu humano, presionado por un lado por la necesidad de observar para poder obtener teorías reales, y por otro por la necesidad, no menos imperiosa, de crearse algunas teorías para poder continuar estas observaciones, se hubiera encontrado desde su nacimiento encerrado en un círculo vicioso del que no hubiera podido salir nunca, si no hubiera abierto felizmente, una salida natural por el desarrollo espontáneo de unas concepciones teológicas, las cuales han dado un punto de conexión a sus esfuerzos y han ofrecido un programa para su actividad. Independientemente de las profundas consideraciones sociales que aquí se unen, y que no debo tan siquiera mencionar en este momento, éste es el motivo fundamental que demuestra la necesidad lógica del carácter puramente teológico de la filosofía primitiva.

Esta necesidad es aún más manifiesta si observamos la perfecta adecuación de la filosofía teológica, con la naturaleza propia de los problemas a los que se entrega el espíritu humano durante su infancia. Es curioso ver cómo las cuestiones más inaccesibles para nuestros medios, tales como la naturaleza íntima de los seres, el origen y el fin de todos los fenómenos, sean precisamente las que con más interés se plantea nuestra inteligencia en este estado primitivo, que a su vez desprecia como indignos de una meditación seria todos los problemas solubles. Esto tiene una fácil explicación, y es que sólo la experiencia ha podido mostrarnos cuál es la medida de nuestras fuerzas; si el hombre no hubiese comenzado por tener una opinión desmesurada de ellas, nunca hubiera podido adquirir el desarrollo de que son capaces. Así lo exige nuestra organización. Pero, sea como fuere, representémonos en la medida de lo posible, esta disposición tan universal y tan desmesurada, y preguntémonos qué acogida hubiera tenido en aquella época, suponiéndola formada, la filosofía positiva, cuya mayor ambición es la de descubrir las leyes de los fenómenos, y cuyo carácter más peculiar consiste precisamente en considerar prohibitivos para la razón humana todos estos sublimes misterios de los que la filosofía teológica da razón, con tan admirable facilidad hasta en sus más mínimos detalles.

Sucede lo mismo si observamos la naturaleza de las cuestiones que ocupan primitivamente al espíritu humano, desde un punto de vista práctico. En este aspecto, esta búsqueda presenta al hombre el gran atractivo de un dominio ilimitado sobre el mundo exterior, considerado totalmente para nuestro uso, y cuyos fenómenos guardan relaciones íntimas y continuadas con nuestra existencia. Así, estas quiméricas esperanzas, estas exageradas ideas de la importancia del hombre en el universo que nacen con la filosofía teológica, y que destruyen sin remedio las primeras influencias de la filosofía positiva, son, desde sus comienzos, un estimulante indispensable sin el cual no se podría concebir cómo el espíritu humano se entregó a tan penosos trabajos.

Hoy estamos tan alejados de esta primitiva disposición, al menos en relación con la mayor parte de los fenómenos, que incluso tenemos dificultad para representarnos exactamente la necesidad y la fuerza de tales consideraciones. La razón humana es ya lo suficientemente madura, como para entregarse a laboriosas búsquedas científicas, sin tener a la vista ningún motivo ajeno a la ciencia, que sea capaz de actuar con fuerza sobre la imaginación, como los que se propusieron en su tiempo, por ejemplo, los astrólogos o los alquimistas. Nuestra actividad intelectual está suficientemente motivada con la simple esperanza de descubrir las leyes de los fenómenos, o con el simple deseo de confirmar o desmentir una teoría. Pero no podía suceder así durante la infancia del espíritu humano. Sin las atractivas quimeras de la astrología, sin las enérgicas decepciones de la alquimia, por ejemplo, ¿de dónde hubiéramos sacado la constancia y el ardor necesarios para recoger tantas observaciones y experiencias que han servido más tarde de fundamento para las primeras teorías positivas de una y otra clase de fenómenos?

Esta condición de nuestro desarrollo intelectual fue sentida ya hace tiempo por Kepler en el campo de la astronomía y en nuestros días por Berthollet en el campo de la química.

Vemos en este conjunto de consideraciones, que si bien la filosofía positiva es el verdadero estado definitivo de la inteligencia humana, hacia el que ésta siempre ha tendido, no es menos cierto que durante varios siglos esta inteligencia ha tenido que emplear, bien como método, bien como doctrina provisional, la filosofía teológica; filosofía cuyo carácter es el de ser espontánea y, por ello, la única posible en los orígenes, y la única también que ha podido ofrecer a nuestro espíritu infantil un interés suficiente. Fácil es comprobar ahora, que para pasar de esta filosofía provisional a la filosofía definitiva, el espíritu humano ha tenido que adoptar naturalmente como filosofía transitoria los métodos y las doctrinas metafísicas. Esta última consideración resulta indispensable para completar la exposición general de la gran ley que he presentado.

Es fácil concebir, en efecto, que nuestro entendimiento, obligado a progresar con pasos lentos, no podía pasar bruscamente y sin intermediarios, de la filosofía teológica a la filosofía positiva. La teología y la física son tan profundamente incompatibles, tan radicalmente opuestos los caracteres de sus concepciones, que antes de renunciar a unos para emplear exclusivamente los otros, la inteligencia humana ha tenido que servirse de concepciones intermedias, de un carácter espúreo, propias, por ello mismo, para preparar gradualmente la transición. Éste es el destino natural de las concepciones metafísicas: no tienen otra utilidad real. Cuando en el estudio de los fenómenos se substituye la prevalente acción sobrenatural, por la correspondiente e inseparable entidad, aunque ésta no sea concebida sino

como una emanación de la primera, el hombre se habitúa poco a poco a considerar los hechos en sí mismos, ya que las nociones de estos agentes metafísicos se convierten gradualmente en algo tan sutil, que quedan reducidas a ser, para toda mente sensata, los meros nombres abstractos de los fenómenos. Es imposible imaginar otro procedimiento, mediante el cual nuestro espíritu hubiera podido pasar de unas concepciones realmente sobrenaturales, a otras simplemente naturales, es decir, del régimen teológico, al régimen positivo.

II. LA FILOSOFÍA POSITIVA

Una vez establecida la ley general del desarrollo del espíritu humano y sin entrar en una discusión más especial sobre el tema, lo que quedaría fuera de lugar en este momento, nos concierne ahora determinar con precisión la naturaleza propia de la filosofía positiva, lo cual constituye el objeto esencial de este discurso.

Hemos visto por lo que precede, que el carácter fundamental de la filosofía positiva consiste en considerar todos los fenómenos como sujetos a *leyes* naturales invariables, cuyo descubrimiento preciso y la posterior reducción al menor número posible constituyen la finalidad de nuestros esfuerzos. Consideramos como absolutamente inaccesible y vacía de sentido la búsqueda de lo que llaman *causas*, sean éstas primeras o finales. Es inútil insistir demasiado en un principio que ha llegado a ser familiar para todos aquellos que tienen un conocimiento algo profundo de las ciencias de la observación. Todos sabemos que en las explicaciones positivas, incluso en las más perfectas, no tenemos la más mínima pretensión de exponer cuáles sean las *causas* generadoras de los fenómenos, ya que con ello no conseguiríamos sino retrasar la dificultad, antes al contrario, pretendemos analizar con exactitud las circunstancias de su producción y coordinar unos fenómenos con otros, mediante relaciones normales de sucesión y de similitud.

Aclararemos esto con el más admirable de los ejemplos: decimos que los fenómenos generales del universo son *explicados*, en la medida en que éstos puedan serlo, por la ley de la gravitación newtoniana, ya que esta gran teoría nos muestra toda la inmensa variedad de los hechos astronómicos, como si fueran uno y el mismo hecho, considerado bajo diversos puntos de vista: la tendencia constante de atracción entre las moléculas en razón directa de sus masas y en razón inversa de los cuadrados de sus distancias; aún más: este hecho general se nos presenta como una simple extensión de un fenómeno muy familiar para nosotros y por tanto perfectamente conocido, cual es el de la caída de los cuerpos. En cuanto a determinar en qué consista esta

atracción y esta gravedad, o cuáles sean sus causas, decimos que son cuestiones insolubles, que no pertenecen al dominio de la filosofía positiva y que se las cedemos, con todo derecho, a la imaginación de los teólogos o a las sutilezas de los metafísicos. La prueba más evidente de la imposibilidad de obtener tales soluciones es ver cómo cada vez que se ha intentado decir algo racional sobre este tema, las más prestigiosas mentes no han podido sino definir estos dos principios, el uno por el otro, es decir, para la atracción diciendo que no es otra cosa sino la gravedad universal, y para la gravedad diciendo que consiste simplemente en la atracción terrestre. Estas explicaciones que hacen sonreír, cuando con ellas se intenta explicar la naturaleza íntima de las cosas y el modo de producción de los fenómenos, son, sin embargo, lo más satisfactorio que podemos obtener, ya que nos muestran como idénticos dos órdenes de fenómenos que durante mucho tiempo fueron considerados como inconexos entre sí. Ningún espíritu sensato intentaría hoy ir más lejos.

Muchos más ejemplos se podrían citar y muchos han de ser los que a lo largo de este curso se presentarán, ya que éste es el espíritu que preside hoy todas las grandes combinaciones intelectuales. Uno más añadiré, tomado de las recientes investigaciones sobre el calor hechas por el Sr. Fourier. En él se confirman las observaciones generales que acabamos de hacer. Este trabajo, cuyo carácter filosófico es tan eminentemente positivo, desvela las leyes más importantes y más precisas de los fenómenos termológicos, sin que por ello el autor se haya empeñado, ni por un solo momento, en averiguar la naturaleza íntima del calor y sin que haya mencionado, sino para manifestar su inutilidad, la controversia tan agitada que existe entre los partidarios de la materia calorífica y los que hacen consistir el calor en las vibraciones de un éter universal; y sin embargo, las más importantes cuestiones, algunas de ellas aún no formuladas, son tratadas en esta obra, prueba de que el espíritu humano, sin entregarse a los problemas inabordables, y limitándose a los trabajos de índole enteramente positiva, puede encontrar en ellos una materia inagotable para su más profunda actividad.

Una vez caracterizado el espíritu de la filosofía positiva tan exactamente como me ha sido posible en esta breve introducción general, y a cuyo desarrollo completo está destinado el curso entero, debo examinar ahora en qué momento de su formación se halla hoy este espíritu positivo y qué queda por hacer para terminar de constituirlo.

En primer lugar hay que considerar que no todas las diversas ramas de nuestros conocimientos han recorrido con idéntica rapidez las tres grandes fases de su desarrollo señaladas en las páginas anteriores, y por tanto, tampoco han llegado simultáneamente al estado positivo. Existe a este respecto un orden invariable y necesario, que han recorrido y que ha sido obligatorio recorrer en su progresión, nuestras diversas clases de

concepciones y cuya consideración exacta es el complemento indispensable de la ley fundamental enunciada anteriormente. Este orden será el tema especial de la próxima lección. Por el momento será suficiente saber que este orden es conforme a la diversa naturaleza de los fenómenos, y que está determinado por su grado de generalidad, de simplicidad y de independencia recíproca, tres consideraciones que, aunque distintas, concurren a un mismo fin. Así, los fenómenos astronómicos han sido los primeros en ser tratados de una manera positiva, ya que son los más generales, los más simples y los más independientes; a continuación, por las mismas razones, los fenómenos de la física terrestre propiamente dicha, después los de la química y por último los fenómenos fisiológicos.

Es imposible precisar el origen exacto de esta revolución, ya que podemos afirmar que se ha ido realizando paulatinamente, igual que el resto de los acontecimientos humanos; en este caso particular, se ha ido cumpliendo a partir de los trabajos de Aristóteles y de la Escuela de Alejandría, y más tarde con la introducción de las ciencias naturales en la Europa Occidental por los árabes. Sin embargo, por fijar un momento más preciso y evitar así las divagaciones, señalaré esa fecha, hace dos siglos, en que la acción combinada de los preceptos de Bacon, de las teorías de Descartes y de los descubrimientos de Galileo, hizo que el espíritu de la filosofía positiva comenzara a pronunciarse en el mundo en clara oposición al espíritu teológico y metafísico. A partir de este momento, las concepciones positivas se separaron por completo de la alianza supersticiosa y escolástica que más o menos desvirtuaba el verdadero carácter de todos los trabajos anteriores.

A partir de esta época memorable, el movimiento ascendente de la filosofía positiva y el descendente de la filosofía teológica y metafísica han sido extremadamente notables. Hoy se hallan estos movimientos tan claramente definidos, que resulta imposible, para cualquier observador consciente de su época, desconocer el destino final de la inteligencia humana para los estudios positivos, así como su alejamiento cada vez más irrevocable de esas vanas doctrinas, de esos métodos provisionales que sólo podían convenir en su primera infancia. Esta revolución fundamental tendrá que cumplirse necesariamente en toda su amplitud. Si alguna gran conquista queda aún por realizar, si alguna parte principal del dominio intelectual queda aún por absorber, podemos estar seguros de que se han de cumplir, al igual que se cumplieron todas las otras. Sería evidentemente contradictorio suponer que el espíritu humano, tan dispuesto a la unidad de método, conservara indefinidamente, para una sola clase de fenómenos, su manera primitiva de filosofar, mientras que para el resto adoptara un camino filosófico de un carácter absolutamente opuesto.

Todo se reduce a una simple cuestión de hecho: la filosofía positiva que

en los dos últimos siglos ha tomado gradualmente tanta extensión, ¿abarca hoy todos los órdenes de fenómenos? Es evidente que no, y por lo tanto queda aún una gran operación científica que realizar, para dar a la filosofía positiva ese carácter de universalidad indispensable para su constitución definitiva.

En efecto, entre las cuatro categorías principales de fenómenos naturales, los astronómicos, los físicos, los químicos y los fisiológicos, se observa una laguna esencial relativa a los fenómenos sociales, los cuales, si bien quedan comprendidos implícitamente en los fenómenos fisiológicos, merecen bien por su importancia, bien por las dificultades propias de su estudio, formar una categoría distinta. Este último orden de especulaciones, que hace referencia a los fenómenos más particulares, a los más complicados y a los más dependientes del resto, ha debido, por esto sólo, perfeccionarse más lentamente que todos los precedentes, incluso sin tener en cuenta las especiales dificultades que serán tratadas más adelante. Sea como fuere, es evidente que no han entrado todavía en el dominio de la filosofía positiva. Los métodos teológicos y metafísicos, que para el resto de los fenómenos han sido ya abandonados, ya sea como medio de investigación o solamente como medio de argumentación, sin embargo, son todavía utilizados exclusivamente bajo uno y otro aspecto, para todo lo que concierne a los fenómenos sociales, aunque su insuficiencia a este respecto ha sido ya plenamente sentida por todas las mentes claras fatigadas de esas vanas réplicas interminables entre el derecho divino y la soberanía del pueblo.

Ésta es la única, aunque grande laguna que hay que rellenar para acabar de constituir la filosofía positiva. Ahora que el espíritu humano ha fundado la física celeste, la física terrestre mecánica o química, la física orgánica, vegetal o animal, fáltale completar el sistema de las ciencias de la observación fundando la *física social*. Ésta es la más grande y la más acuciante necesidad de nuestra inteligencia; ésta es, me atrevo a decir, la primera finalidad de este curso, su finalidad especial.

Las especulaciones relativas al estudio de los fenómenos sociales que intentaré presentar, y cuyo germen espero que este discurso deje ya entrever, no tendrán por objeto dar inmediatamente a la física social el mismo grado de perfección que ya poseen las restantes partes de la filosofía natural, lo cual sería evidentemente quimérico, ya que incluso entre ellas mismas existe una gran desigualdad, por lo demás inevitable. Pero éstas contribuirán a imprimir a esta última clase de nuestros conocimientos ese carácter positivo ya alcanzado por todas las otras. Si esta condición se cumple por fin, el sistema filosófico de los modernos estará definitivamente fundado, pues todos los fenómenos observables quedarán incluidos en una de las cinco grandes categorías establecidas de los fenómenos, astronómicos, físicos, químicos, fisiológicos y sociales. Cuando todas nuestras

especulaciones hayan llegado a ser homogéneas, la filosofía estará definitivamente constituida en el estado positivo; al no poder ya nunca cambiar de carácter, sólo le restará desarrollarse indefinidamente mediante las adquisiciones siempre crecientes que resultarán inevitablemente de nuevas observaciones, o de meditaciones más profundas. Habiendo adquirido con esto el carácter de universalidad que ahora le falta, la filosofía positiva llegará a ser capaz de substituir enteramente, con toda su superioridad natural, a la filosofía teológica y a la filosofía metafísica, cuya universalidad es hoy su única propiedad real, pero privadas de este motivo de preferencia, no tendrán para nuestros sucesores más que una existencia histórica.

Una vez expuesta ya la finalidad de este curso, es fácil comprender su segundo objetivo, su objetivo general, lo que hace de esta exposición un curso de filosofía positiva, y no sólo un curso de física social.

En efecto, la fundación de la física social, completando al fin el sistema de las ciencias naturales, hace posible, e incluso necesario, poder resumir los diversos conocimientos adquiridos, llegados ahora a un estado fijo y homogéneo, para coordinarlos, presentándolos como ramas diversas de un tronco único,⁷ en lugar de considerarlos como cuerpos aislados. A este fin, antes de proceder al estudio de los fenómenos sociales, consideraré sucesivamente, en el orden enciclopédico anunciado más arriba, las diferentes ciencias positivas ya formadas.

Doy por supuesto que no se va a tratar aquí de una serie de cursos especiales, acerca de cada una de las ramas principales de la filosofía natural. Aparte de la duración material de tal empresa, resulta evidente que esta pretensión sería insostenible por mi parte, y creo poder añadir que por parte de cualquier otro, en el estado actual de nuestra cultura. Por el contrario, un curso de la naturaleza de éste exige, para ser convenientemente entendido, unos estudios especiales previos acerca de las diversas ciencias que en él serán tratadas, ya que éstas serán el objeto de unas reflexiones filosóficas que, sin esta condición, serán imposibles de juzgar, y difíciles de comprender. En una palabra, es un *Curso de filosofía positiva* y no de ciencias positivas, lo que me propongo hacer. Aquí se trata únicamente de considerar cada ciencia fundamental en sus relaciones con el sistema positivo entero, y con el espíritu que las caracteriza, es decir, bajo el doble aspecto de sus métodos esenciales y de sus principales resultados. Frecuentemente, incluso, tendré que limitarme a mencionar estos últimos, siguiendo algunos conocimientos especiales, para tratar de resaltar su importancia.

Para resumir las ideas relativas a este doble objetivo del curso, debo

7. Alusión probable a la célebre comparación de Descartes: «Toda la filosofía es como un árbol, cuyas raíces son la metafísica, el tronco es la física, y las ramas que salen de este tronco son las otras ciencias que se reducen a tres principales, la medicina, la mecánica y la moral» (Descartes, *Principes*, *préface*).

señalar que los dos objetivos, el uno especial, el otro general, que me he propuesto, aunque son distintos en sí mismos, son necesariamente inseparables. Por una parte, sería imposible concebir un curso de filosofía positiva, sin la fundación de la física social, ya que carecería este curso de un elemento esencial, y sólo por eso, sus concepciones carecerían de ese carácter de generalidad que debe ser su principal atributo y lo que distingue a nuestro estudio actual, de la serie de los estudios especializados. Por otra parte, ¿cómo es posible proceder con seguridad al estudio positivo de los fenómenos sociales, si el espíritu no está previamente preparado con la consideración profunda de los métodos positivos ya utilizados para los fenómenos menos complicados, y respaldado además por el conocimiento de las leyes principales de los fenómenos anteriores, los cuales influyen de una manera más o menos directa sobre los hechos sociales?

Es cierto que no todas las ciencias fundamentales inspiran a los espíritus mediocres el mismo interés, pero para un estudio como el presente, no hay ninguna que deba ser despreciada. Cuando se las considera de una manera profunda, todas son equivalentes en importancia, para la consecución del bienestar de la humanidad. Además, aquellas que a primera vista presentan unos resultados de escaso interés práctico tienen, por el contrario, un gran interés, bien por la gran perfección de sus métodos, bien como fundamento indispensable de las restantes. Sobre este punto, tendré ocasión de volver más especialmente en la lección próxima.

Para prevenir, en la medida de lo posible, todas las falsas interpretaciones que pudieran surgir acerca de la naturaleza de un curso como éste, debo añadir algunas consideraciones que guardan relación directa con esa universalidad de conocimientos especiales que irreflexivamente algunos críticos podrían ver como la tendencia de este curso y que es considerada con justa razón como totalmente contraria al verdadero espíritu de la filosofía positiva. Estas consideraciones tendrán la ventaja de presentar este espíritu bajo un nuevo punto de vista que aclarará la noción general.

En las épocas primitivas no existía ninguna división regular de nuestros trabajos intelectuales; todas las ciencias eran cultivadas simultáneamente por los mismos espíritus. Este modo de organización de los estudios humanos, inevitable e incluso indispensable, como más adelante tendremos ocasión de constatar, cambia poco a poco, a medida que los diversos conocimientos se desarrollan. Por una ley cuya necesidad es evidente, cada rama del sistema científico se separa insensiblemente del tronco, cuando ha crecido lo suficiente como para soportar un estudio separado, es decir, cuando es capaz por sí sola de ocupar la atención exclusiva de algunas mentes. A este reparto de estudios se debe, evidentemente, el desarrollo tan considerable que ha tomado hasta nuestros días cada clase de los conocimientos humanos y que hace manifiesta para los modernos la imposibili-

dad de la universalidad de investigaciones especiales, tan fácil y tan común en los tiempos antiguos. En una palabra, la división del trabajo intelectual, cada vez más perfeccionado, es uno de los atributos más importantes de la filosofía positiva.

Pero, aun reconociendo los prodigiosos resultados de esta división, aun viendo en ella la verdadera base fundamental de la organización general del mundo del saber, es imposible no constatar los graves inconvenientes que ésta engendra, debido a la excesiva particularidad de las ideas que ocupan exclusivamente a cada inteligencia individual. Esta desagradable consecuencia es sin duda inevitable, ya que es inherente al principio mismo de la división, es decir, de ninguna manera llegaremos a igualar en este aspecto a los antiguos, para los cuales esta superioridad no se debía sino al escaso desarrollo de sus conocimientos. Me parece, sin embargo, que podemos evitar con medios convenientes los más perniciosos efectos de la excesiva especialización, sin impedir por ello la vivificante influencia de la división de los estudios. Es urgente ocuparse de ello, porque estos inconvenientes, que por su naturaleza tienden a acrecentarse sin cesar, empiezan a ser muy sensibles. Todos estarán de acuerdo en que las divisiones de la filosofía natural, hechas para una mayor perfección de nuestros trabajos, son en definitiva artificiales. No olvidemos, sin embargo, que pese a esta opinión, son raras en el mundo de la ciencia las mentes que abarcan en sus investigaciones el conjunto de una sola ciencia, la cual, a su vez, no es más que una parte del gran todo. La mayor parte de los investigadores se ocupan enteramente en la consideración más o menos extensa de una ciencia determinada, sin atender demasiado a la relación de estos trabajos particulares con el sistema general de los conocimientos positivos. Esforcémonos en remediar el mal, antes de que sea demasiado grave. Mucho es de temer que el espíritu humano acabe perdiéndose en los trabajos de detalle. No nos engañemos, pues es éste el flanco débil por donde los partidarios de la filosofía teológica y de la filosofía metafísica pueden todavía atacar a la filosofía positiva con alguna esperanza de éxito.

El verdadero medio de detener la amenaza que pesa sobre el porvenir intelectual, debida a la excesiva especialización de los estudios individuales, no podrá ser evidentemente el retorno a la antigua confusión de los estudios, lo cual no haría sino retrasar la marcha del espíritu humano, y que por lo demás, hoy sería felizmente imposible. Por el contrario, ese medio consiste en perfeccionar la división del trabajo intelectual en sí mismo. Sería suficiente, en efecto, hacer del estudio de las generalidades científicas una gran especialidad nueva. Que una nueva clase de investigadores, preparados con una educación conveniente, sin entregarse al estudio perfecto de cada parte de la filosofía natural, se ocupara únicamente, considerando las distintas ciencias positivas en su estado actual, de determinar con exactitud

el espíritu de cada una de ellas, de descubrir sus relaciones y su coordinación, de resumir si es posible todos sus principios propios, al menor número de principios comunes, conformándose siempre a las máximas fundamentales del método positivo. Que al mismo tiempo, el resto de los investigadores, antes de ocuparse de sus especialidades respectivas, sean educados en el conjunto de los conocimientos positivos, para aprovechar de inmediato estas informaciones prestadas por los sabios de las generalidades, y recíprocamente para rectificar sus resultados. Hacia este estado de cosas se aproximan día a día los investigadores. Una vez cumplidas estas dos grandes condiciones, la división del trabajo en las ciencias llegará sin ningún peligro tan lejos como lo exija el desarrollo de los diversos conocimientos. Con esta clase especial de investigadores, controlada incesantemente por todas las otras; y con la función propia y permanente de coordinar cada nuevo descubrimiento particular al sistema general, no se podrá temer en adelante que la excesiva atención prestada a los detalles impida observar el conjunto. En una palabra, la organización moderna del mundo del saber estará completamente establecida, y tendrá como finalidad el ir desarrollándose indefinidamente, conservando siempre el mismo carácter.

Formar así, del estudio de las generalidades científicas, una sección distinta del gran trabajo intelectual, es tanto como extender la aplicación del mismo principio de división, que ha separado sucesivamente las diversas especialidades; porque mientras las diferentes ciencias positivas han estado poco desarrolladas, sus mutuas relaciones no podían tener suficiente importancia como para dar lugar, al menos de una manera permanente, a un grupo especial de trabajos; asimismo, la necesidad de este nuevo estudio era menos urgente. Pero hoy, cada una de las ciencias por separado ha adquirido tal extensión, que el estudio de sus relaciones mutuas ha dado lugar a trabajos especializados; así también, este nuevo orden de estudios se convierte en indispensable para prevenir la dispersión de las especulaciones humanas. Así concibo el destino de la filosofía positiva en el sistema general de las ciencias positivas propiamente dichas. Tal es al menos el objetivo de este curso.

III. CUATRO APLICACIONES DEL POSITIVISMO

Una vez determinado, tan exactamente como me ha sido posible, el espíritu general de la filosofía positiva, debo señalar a continuación, con el fin de dar una visión más completa, las principales ventajas generales de un curso como el presente, si se cumplen convenientemente las condiciones esenciales relativas al progreso del espíritu humano. Reduciré este último orden de consideraciones, exponiendo cuatro propiedades fundamentales.

En primer lugar, el estudio de la filosofía positiva, al considerar los resultados de la actividad de nuestras facultades intelectuales, nos proporciona el único medio verdadero y racional de hacer evidentes las leyes lógicas del espíritu humano, las cuales hasta ahora han sido buscadas por caminos impropios para desvelarlas.

Para explicar convenientemente mi pensamiento a este respecto, citaré un ejemplo de teoría filosófica, expuesta por el señor de Blainville, en la espléndida introducción de sus *Principios generales de anatomía comparada*. Consiste en que todo ser activo, y en especial todo ser vivo, puede ser estudiado en todos sus fenómenos bajo dos aspectos fundamentales, el aspecto estático y el aspecto dinámico, es decir, como un ser apto para actuar y como un ser actuando efectivamente. Resulta claro, en efecto, que todas las consideraciones que se puedan presentar entrarán necesariamente en uno u otro campo. Apliquemos esta luminosa máxima fundamental al estudio de las funciones intelectuales.

Si estas funciones se las considera desde el punto de vista estático, su estudio no puede consistir sino en la determinación de sus condiciones orgánicas de las cuales depende: así, forman una parte esencial de la anatomía y de la fisiología. Al considerarlas desde el punto de vista dinámico, todo se reduce a estudiar la marcha efectiva del espíritu humano en ejercicio, mediante el examen de los procedimientos empleados en la obtención de los diversos conocimientos exactos, lo cual constituye, en esencia, el objetivo general de la filosofía positiva. En una palabra: al considerar todas las teorías científicas, como grandes hechos lógicos, solamente con la profunda observación de esos hechos, se puede llegar al conocimiento de las leyes lógicas.

Éstas dos son las únicas vías generales, complementaria la una de la otra, por las que se puede llegar a algunas nociones racionales sobre los fenómenos intelectuales. Claramente se ve que de ninguna manera se puede admitir esa psicología ilusoria, última transformación de la teología, que tan vanamente se pretende reanimar en nuestros días, y que sin ocuparse ni del estudio psicológico de nuestros órganos intelectuales, ni de la observación de los procesos racionales que dirigen nuestras investigaciones científicas, intenta llegar al descubrimiento de las leyes fundamentales del espíritu humano, contemplándose a sí mismo, es decir, haciendo completa abstracción de las causas y de los efectos.

La filosofía positiva, a partir de Bacon, ha llegado a tener tal preponderancia, y adquiere hoy tan gran ascendiente sobre los espíritus, incluso sobre los que han permanecido ajenos a su gran desarrollo, que los metafísicos, ocupados en el estudio de nuestra inteligencia, no han visto otra manera de frenar la decadencia de su pretendida ciencia, sino empeñándose en presentar sus doctrinas, como si estuvieran fundadas sobre la

observación de los hechos. Y así, han imaginado en estos últimos tiempos, que podían distinguir, por una singular sutileza, dos clases de observación de igual importancia, la una exterior y la otra interior, estando destinada esta última únicamente al estudio de los fenómenos intelectuales. No es éste el lugar de entrar en la discusión de este sofisma fundamental. Me limitaré sólo a indicar cuál es la prueba fundamental que demuestra que esta pretendida contemplación directa del espíritu por sí mismo, es puramente ilusoria.

Hasta hace poco tiempo, se creía haber explicado la visión diciendo que la acción luminosa de los cuerpos determina, sobre la retina, cuadros representativos de las formas y de los colores exteriores. Los fisiólogos han objetado, con razón, que si las impresiones luminosas actuaban como *imágenes* hacía falta otro ojo para contemplarlas. Y ¿acaso no sucede lo mismo en el caso presente?

Evidentemente, el espíritu humano puede observar directamente todos los fenómenos, excepto los suyos propios por más empeño que en ello pusiere. Porque, ¿cómo haría tal observación? Puede admitirse que el hombre se observe a sí mismo, tratándose de los fenómenos morales, ya que dada su constitución anatómica, los órganos que son la sede de las pasiones, son distintos de los destinados a las funciones observadoras. Y aunque cada uno de nosotros hayamos tenido ocasión de hacer sobre nosotros mismos tales observaciones, éstas no pueden tener una excesiva importancia científica, ya que el mejor medio de conocer las pasiones será siempre el de observarlas fuera de uno mismo, pues todo estado de pasión fuerte, justamente el que más interesa examinar, es incompatible con el estado de observación. Pero en relación a los fenómenos intelectuales, tal observación es por completo imposible de realizar. El individuo pensante no podría dividirse en dos: el uno razonando y el otro observándose en el razonar. Si el órgano observador y el observado son el mismo, ¿cómo podría darse la observación?

Este pretendido método psicológico es radicalmente nulo desde sus principios. ¡Consideremos a qué resultados tan contradictorios nos conducirá de inmediato! Por un lado, se nos recomienda aislarnos, en la medida de lo posible, de toda sensación exterior: sobre todo hay que evitar todo trabajo intelectual, porque, si nos ocupamos, aunque nada más sea de hacer el más mínimo cálculo, ¿en qué se convertirá la observación *interior*? Por otro lado, tras haber alcanzado, a fuerza de precauciones, ese estado perfecto de sueño intelectual, tendremos que ocuparnos en contemplar las operaciones que se sucedan en nuestro espíritu, ¡cuando en él, ya no sucede nada! Nuestros descendientes verán un día tales pretensiones llevadas a la escena.

Los resultados de tan extraña manera de proceder son perfectamente

acordes con sus principios. Hace dos mil años que los metafísicos trabajan así en la psicología y aún no han llegado a estar de acuerdo sobre una sola proposición que sea inteligible y sólidamente inmutable. Se encuentran, incluso hoy, divididos en una multitud de escuelas que disputan entre sí sobre los primeros elementos de sus doctrinas. La *observación interior* engendra casi tantas opiniones divergentes como individuos hay que la practiquen.

Los auténticos investigadores, los hombres dedicados a los estudios positivos, todavía están preguntando vanamente a estos psicólogos por un solo descubrimiento real, grande o pequeño, que se deba a este método tan alardeado. No hay que insistir en que todos sus trabajos carecen de resultados que puedan contribuir al progreso general de nuestros conocimientos, con independencia del eminente servicio que han prestado, al sostener la actividad de nuestra inteligencia en la época en que ésta no tenía nada más importante en que ocuparse. Pero puede afirmarse, siguiendo al ilustre filósofo positivo, señor Cuvier, que en los escritos de estos vanos psicólogos, todo lo que no consiste en metáforas tomadas por razonamientos son verdades que no provienen de su pretendido método, sino que han sido obtenidas de efectivas observaciones que han sido engendradas a lo largo del tiempo por el desarrollo de las ciencias. E incluso estas nociones tan evidentes, proclamadas con tanto énfasis, y que se deben sobre todo a la infidelidad de estos psicólogos a su pretendido método, se dan la mayoría de las veces o muy exageradas o muy incompletas, y siempre inferiores a las observaciones ya hechas sin ostentación por los científicos con los procedimientos que ellos emplean. Cómodo sería citar aquí una serie de ejemplos ilustradores, si no fuera conceder excesiva importancia a la presente discusión. Veamos, entre otros, lo que sucede con la teoría de los signos.

Las consideraciones relativas a la ciencia lógica que acabo de indicar son aún más manifiestas llevadas al arte lógico.

Cuando se trata no sólo de saber qué sea el método positivo, sino de tener de él un conocimiento bastante claro y profundo para poder usarlo con eficacia, sólo hay que considerarlo en acción; las diversas aplicaciones ya verificadas por el espíritu humano será lo que convenga estudiar. En una palabra, solamente con el examen filosófico de las ciencias es posible llegar a tal fin. El método no es susceptible de ser estudiado separadamente de los trabajos a los que se aplica, o al menos es un estudio muerto, incapaz de fecundar ningún espíritu que a él se dedique. Todo lo que se pueda decir de real, cuando se le considera en abstracto, se reduce a un cúmulo de generalidades tan vagas que no podrían tener ninguna influencia sobre el régimen intelectual. Cuando ha quedado bien establecido, en tesis lógica, que todos nuestros conocimientos deben estar fundados sobre la observación, que tenemos que proceder tanto de los hechos a los principios, como de los

principios a los hechos, y algunos otros aforismos similares, se conoce el método con menos claridad que quien de una manera un poco profunda ha estudiado una sola ciencia positiva, incluso sin intención filosófica. Por haber desconocido este hecho esencial, nuestros psicólogos se inclinan a tomar sus sueños por ciencia, creyendo comprender el método positivo, por haber leído los preceptos de Bacon y el discurso de Descartes.

Ignoro si más adelante será posible hacer *a priori* un curso sobre el método, independiente del estudio filosófico de las ciencias, pero estoy plenamente convencido de que hoy este estudio es irrealizable, ya que los grandes procesos lógicos no pueden ser explicados todavía con la precisión suficiente, al separarlos de sus aplicaciones. Me atrevo incluso a añadir que cuando tal empresa pueda realizarse, lo cual en efecto se puede concebir, solamente se conseguirá con el estudio de las aplicaciones regulares de los procedimientos científicos, para llegar a formarse un buen sistema de hábitos intelectuales, lo que constituye por lo demás el objetivo esencial del estudio del método. No creo necesario insistir sobre un tema que será frecuentemente tratado a lo largo de este curso y sobre el que presentaré nuevas consideraciones en la lección próxima.

Éste debe ser el primer gran resultado de la filosofía positiva: la manifestación por la experiencia de las leyes que acompañan en su ejecución a nuestras funciones intelectuales y por consiguiente el conocimiento preciso de las reglas generales convenientes para proceder con seguridad a la búsqueda de la verdad.

Una segunda consecuencia no menos importante, y de un mayor interés, que el establecimiento de la filosofía positiva definida en este discurso está necesariamente destinada a producir en nuestros días, es la de presidir la reforma general de nuestro sistema de educación.

Las mentes más clarividentes reconocen ya unánimemente la necesidad de reemplazar nuestra educación europea, todavía teológica, metafísica y literaria, por una educación *positiva* conforme al espíritu de nuestra época y adaptada a las necesidades de la civilización moderna. Las diversas tentativas que desde hace un siglo se han multiplicado, en especial en estos últimos años, para extender y para aumentar la instrucción positiva y a las cuales los diversos gobiernos europeos siempre han prestado su apoyo, cuando no han sido ellos los que han tomado la iniciativa, testimonian que por todas partes se desarrolla el sentimiento espontáneo de esta necesidad. Pero, y aun secundando con entusiasmo estas útiles empresas, no se debe olvidar que en el estado actual de nuestras ideas no se puede lograr el objetivo principal: la regeneración fundamental de la educación general, porque la excesiva especialidad y el pronunciado aislamiento que caracterizan aún nuestra manera de concebir y de trabajar las ciencias influyen en gran medida en la manera de exponerlas en la enseñanza. Si alguien

hoy quisiera estudiar las principales partes de la filosofía natural, con el fin de formarse un sistema general de ideas positivas, estaría obligado a estudiar por separado cada una de ellas, de la misma manera y con la misma intensidad que si quisiera convertirse en un especialista de la astronomía, de la química, etc., lo que convierte a este tipo de educación en algo casi imposible y demasiado imperfecto, incluso para los más dotados y en las mejores circunstancias. Esta manera de proceder, referida a la educación general, resulta, pues, quimérica. Y sin embargo, exige, sin ninguna duda, un conjunto de concepciones positivas sobre todas las clases de fenómenos naturales. Este conjunto debe llegar a ser, pese a todo, en una escala más o menos extensa, la base permanente de todas las combinaciones pedagógicas, incluso para las masas populares. La que debe en fin constituir el espíritu general de nuestros descendientes. Para que la filosofía natural complete la regeneración, ya tan preparada de nuestro sistema intelectual, es indispensable que las diferentes ciencias de las que se compone, presentadas a todas las mentes como ramas diversas de un tronco único, sean reducidas, ante todo, a lo que constituye su espíritu, es decir, a sus métodos principales y a sus resultados más importantes. Solamente así, la enseñanza de las ciencias puede llegar a ser, entre nosotros, la base de una nueva educación general auténticamente racional. El que tras esta instrucción fundamental vengan los diversos estudios científicos especializados, correspondientes a las distintas educaciones especiales que deben seguir a esta educación general, es algo de lo que evidentemente no se puede dudar. Pero la consideración esencial que he pretendido señalar aquí consiste en que todas estas especialidades, acumuladas incluso con grandes dificultades, resultarían insuficientes para renovar realmente el sistema de nuestra educación, si no estuvieran fundadas sobre la base previa de esta enseñanza general, resultado directo de la filosofía positiva definida en este discurso.

El estudio especial de las generalidades científicas no sólo está destinado a reorganizar la educación, sino que también debe contribuir al progreso especial de cada ciencia positiva por separado, lo que constituye la tercera propiedad fundamental que me he propuesto señalar.

Las divisiones que establecemos entre las ciencias, sin llegar a ser arbitrarias como algunos creen, sí son esencialmente artificiales. En realidad, el objetivo de nuestros esfuerzos es uno solo; lo dividimos únicamente con la intención de evitar dificultades para mejor resolverlas.⁸ Sucede más de una vez, que a pesar de nuestras divisiones clásicas, hay cuestiones importantes que exigirían una combinación de distintos puntos de vista

8. Segunda regla del Método de Descartes: «Dividir cada una de las dificultades que examinase, en tantas partes como fuera posible y como se requiriese para su mejor resolución» (*Discurso del Método*, Biblioteca de Iniciación Filosófica, Aguilar, 1968, pág. 65).

especializados, lo cual no puede suceder en la constitución actual del mundo del saber, lo que contribuye a dejar ciertos problemas sin solución durante más tiempo del que sería necesario. Este inconveniente se presenta sobre todo en los puntos más esenciales de cada una de las ciencias positivas. Se pueden citar abundantes ejemplos, algunos de los cuales se irán presentando cuidadosamente según el desarrollo de este curso lo exija.

Podría citar del pasado un ejemplo memorable, al considerar la maravillosa concepción de Descartes respecto a la geometría analítica. Este descubrimiento fundamental, que cambió la faz de la ciencia matemática y en el cual hay que ver el verdadero germen de todos los grandes progresos posteriores, ¿es acaso algo distinto del resultado de un acercamiento entre dos ciencias concebidas hasta entonces por separado? Pero más definitiva será la observación si la llevamos a problemas aún pendientes.

Me limitaré a escoger, de la química, una doctrina tan importante como la de las proporciones definidas. Desde luego, la memorable discusión suscitada en nuestros días, referente al principio fundamental de esta teoría, no podría ser vista, cualesquiera que sean sus apariencias, como irrevocablemente terminada. No se trata simplemente de una mera cuestión química. Creo que se puede adelantar que para obtener, a este respecto, una decisión totalmente definitiva, es decir, para determinar si se debe considerar como ley de la naturaleza el hecho de que las moléculas se combinen necesariamente en números fijos, será indispensable recurrir al punto de vista químico y al punto de vista fisiológico. Según la opinión de los más destacados químicos que han contribuido a la formación de esta teoría, lo más que se puede decir es que esta combinación molecular se da de una manera constante en la composición de los cuerpos inorgánicos, pero también es cierto que no sucede lo mismo en los compuestos orgánicos a los que parece imposible aplicar este principio. Así pues, antes de erigir esta teoría en un principio realmente fundamental, ¿no será conveniente reflexionar sobre esta gran excepción? ¿Acaso no tendrá este mismo carácter general, el hecho de que en todos los cuerpos organizados se den siempre números variables? Sea como fuere, un nuevo orden de consideraciones, pertenecientes por igual a la química y a la fisiología, es evidentemente necesario, para solucionar de alguna manera este gran problema de la filosofía natural.

Me parece oportuno señalar aún un segundo ejemplo de la misma naturaleza, que, aunque refiriéndose a un tema más particular, es mucho más concluyente para demostrar la importancia especial de la filosofía positiva en la solución de los problemas que exigen la combinación de varias ciencias. También lo tomamos de la química. Se trata de determinar la cuestión, aún indecisa, de si el nitrógeno ha de ser considerado, en el estado actual de nuestros conocimientos, como un cuerpo simple o como un

cuerpo compuesto. Sabido es que el ilustre Berzelius ha llegado a constatar la opinión de casi todos los químicos actuales, en lo que se refiere a la simplicidad de este gas, con consideraciones puramente químicas. Pero hay que señalar en especial, puesto que el mismo Berzelius así lo confiesa, la gran influencia que en él ha tenido la observación fisiológica según la cual los animales que se alimentan de materias no nitrogenadas encierran en la composición de sus tejidos tanto nitrógeno como los animales carnívoros. Así pues, parece evidente, según esto, que para decidir si el nitrógeno es o no un cuerpo simple, hay que hacer intervenir a la fisiología y combinar con las consideraciones químicas propiamente dichas, una serie de nuevas investigaciones sobre la relación que existe entre la composición de los cuerpos vivos y su modo de alimentación.

Sería superfluo multiplicar los ejemplos sobre estos problemas de naturaleza múltiple, que sólo se pueden resolver por la íntima combinación de varias ciencias que hasta hoy se estudian de una manera completamente independiente. Con los citados es suficiente para resaltar la importancia de la función que debe cumplir, en el perfeccionamiento de cada ciencia natural, la filosofía positiva, destinada en primer lugar a organizar de una manera permanente tales combinaciones, que sin ella no se formarían de la manera adecuada.

Por último, una cuarta y última propiedad fundamental que debo destacar desde este mismo momento en la que he llamado filosofía positiva y que merece, sin duda, una especial atención, ya que es la más importante en la práctica, es que ella puede ser considerada como la única base sólida de la reorganización social, que debe terminar con el estado de crisis en que se encuentran desde hace tiempo las naciones más civilizadas. La última parte de este curso estará especialmente dedicada a establecer esta proposición, desarrollándola en toda su amplitud; pero este esquema que intento presentar aquí carecería de uno de sus elementos característicos si renunciara a señalar esta consideración tan esencial.

Algunas simples reflexiones serán suficientes para justificar lo que en principio parece demasiado ambicioso.

No será a los lectores de esta obra a quienes pretenderé demostrar que las ideas gobiernan y perturban el mundo, o dicho de otra manera, que todo el mecanismo social reposa finalmente en las ideas. Los lectores saben que la ingente crisis política y moral de las sociedades actuales se debe en última instancia a la anarquía intelectual. Nuestro mal más grave consiste en esa profunda divergencia que actualmente existe entre los espíritus, de todas las máximas fundamentales, cuya invariabilidad es la condición primera de un verdadero orden social. Mientras todas las mentes individuales no se adhieran, con un sentimiento unánime, a un cierto número de ideas generales, capaces de formar una doctrina social común, es indudable que

el estado de las naciones continuará siendo esencialmente revolucionario, a pesar de todos los paliativos políticos que puedan ser adoptados, los cuales no conseguirán sino instituciones provisionales.⁹ Por la misma razón, es cierto que si estos espíritus son capaces de conseguir esta comunión de principios, las instituciones convenientes aflorarán, sin dar lugar a ninguna grave distorsión, ya que el mayor desorden quedará disipado con este solo hecho. En esto, pues, debe centrarse la mayor atención de todos aquellos que sienten la importancia de un estado de cosas verdaderamente normal.

Desde el punto de vista que hemos alcanzado a través de las diversas consideraciones expuestas en este discurso, nos será fácil caracterizar con toda claridad y en su profundidad el estado presente de las sociedades, y a la vez, deducir de qué manera se las puede cambiar esencialmente. Ateniéndome a la ley fundamental enunciada al principio de estas páginas, creo poder resumir exactamente todas las observaciones relativas a la situación actual de la sociedad, diciendo simplemente que el desorden de las inteligencias en que nos encontramos se debe, en último análisis, al empleo simultáneo de las tres filosofías radicalmente incompatibles: la filosofía teológica, la filosofía metafísica y la filosofía positiva. Resulta evidente que si una cualquiera de estas tres filosofías obtuviera una preponderancia universal y completa, habría un orden social determinado, mientras que el mal consiste en la ausencia de una verdadera organización. La coexistencia de estas tres filosofías opuestas impide por completo el entendimiento sobre cualquier punto esencial. Así pues, si esta manera de ver es correcta, únicamente se tratará de saber cuál de las tres filosofías puede y debe prevalecer, por ley natural; todo hombre sensato deberá esforzarse en conseguir el triunfo de esta filosofía, sin tener en cuenta cuáles hayan sido, antes de un análisis serio de la cuestión, sus opiniones particulares. Reducido el problema a estos simples términos, no se puede permanecer mucho tiempo en la incertidumbre, ya que es evidente por toda clase de razones, algunas de las cuales y de las más importantes ya he señalado en este discurso, que únicamente la filosofía positiva está llamada a prevalecer según el curso ordinario de las cosas. Es la única que a lo largo de los siglos siempre ha estado en constante progreso, mientras que sus antagonistas están en continua decadencia. Sea esto como fuere, poco importa: el hecho general es incuestionable y suficiente. Puede ser deplorado, pero no se le puede destruir, ni por tanto descuidar, sin el riesgo de entregarse a especulaciones ilusorias. Esta revolución general del espíritu humano está hoy casi enteramente cumplida: sólo resta, como ya he explicado, completar la filosofía positiva abarcando también los fenómenos sociales y a continuación resumirla en un solo cuerpo de doctrina homogénea. Cuando este

9. Recuérdese que estas páginas fueron escritas en 1830.

doble trabajo esté suficientemente avanzado, el triunfo de la filosofía positiva se realizará espontáneamente y se restablecerá el orden en la sociedad. La preferencia tan pronunciada que casi todas las mentes, desde las más preparadas a las menos dotadas, conceden hoy a los conocimientos positivos, sobre las especulaciones vagas y rústicas, hace presagiar la enorme acogida que tendrá esta filosofía, cuando adquiera la única cualidad que todavía le falta: su carácter de generalidad conveniente.

En resumen, la filosofía teológica y la filosofía metafísica se disputan hoy una tarea demasiado superior a las fuerzas de que disponen: reorganizar la sociedad; únicamente entre ellas subsiste aún la lucha a este respecto. La filosofía positiva no ha intervenido hasta el momento en la disputa, sino para criticar a ambas y para desacreditarlas por completo. Coloquémosla al fin en situación de tomar un papel activo, sin inquietarse por más tiempo de debates por lo demás inútiles. Al completar la vasta operación intelectual comenzada por Bacon, Descartes y Galileo, construimos directamente el sistema de ideas generales que esta filosofía está destinada a hacer prevalecer indefinidamente en la especie humana, y la crisis revolucionaria que atormenta a los pueblos civilizados estará terminada.

Éstos son los cuatro puntos de vista principales sobre los que la filosofía positiva ejerce una sana influencia, y que sirven de complemento esencial a la definición general que he tratado de exponer.

Antes de terminar, quiero retenerles un instante la atención para aclarar algunas nociones, que podrán evitar que se forme de antemano una opinión errónea sobre la naturaleza de este curso.

Cuando he asignado como finalidad de la filosofía positiva el resumir en un solo cuerpo de doctrina homogénea la totalidad de los conocimientos adquiridos, relativos a los diferentes órdenes de fenómenos naturales, quedaba lejos de mi pensamiento el querer proceder al estudio general de estos fenómenos, considerándolos a todos como efectos diversos de un principio único; como sujetos a una misma y única ley. Aunque trataré en especial esta cuestión en la lección próxima, quiero aclararla desde este momento, para prevenir las observaciones mal fundamentadas que podrían dirigirme aquellos que por una falsa apreciación clasificaran este curso entre las tentativas de explicación universal, que vemos aparecer día a día por parte de estudiosos completamente ajenos a los métodos y a los conocimientos científicos. No vamos a hacer aquí algo parecido; el desarrollo de este curso será la prueba evidente para todos aquellos a quienes estas explicaciones hayan podido dejar aún algunas dudas al respecto.

Estoy perfectamente convencido de que las tentativas de explicación universal de todos los fenómenos por una ley única; son totalmente quiméricas, incluso aquellas que han sido intentadas por los científicos más competentes. Creo que los medios de que dispone el espíritu humano son

aún demasiado débiles y el universo demasiado complicado para que esta perfección científica esté jamás a nuestro alcance; por otra parte, pienso que se suele formar generalmente una idea demasiado exagerada de las ventajas que de ella resultarían si es que ésta fuera alcanzable. En cualquier caso me parece evidente que, visto el estado actual de nuestros conocimientos, estamos aún demasiado lejos de que tales tentativas puedan ser razonables antes de un largo período de tiempo, porque si esto fuera posible, no podría ser de otro modo que coordinando todos los fenómenos naturales a la ley positiva más general que conociéramos, por ejemplo, la ley de la gravitación universal, que coordina ya todos los fenómenos astronómicos con una parte de los de la física terrestre. Laplace ha expuesto una teoría según la cual los fenómenos químicos serían simples efectos moleculares de la atracción newtoniana modificada por la figura y la posición mutua de sus átomos. Pero, aun sin contar con la indeterminación en que quedaría seguramente esta concepción, debido a la ausencia de datos esenciales relativos a la constitución interna de los cuerpos, es casi seguro que la dificultad de aplicarla sería tan grande que obligaría a mantener como artificial la división hoy existente como natural entre la astronomía y la química. Por tanto, esta idea de Laplace hay que tomarla como un mero juego filosófico, incapaz de ejercer ninguna influencia útil para el progreso de la ciencia química. Más aún, suponiendo como vencida esta enorme dificultad, no se habría conseguido la unidad científica, ya que habría que unir a continuación a la misma ley, al conjunto de los fenómenos fisiológicos, lo cual, por supuesto, no sería la parte más fácil de la tentativa, y sin embargo la hipótesis que acabamos de ver es, si bien se la considera, la que más favorece esta unidad tan deseada.

No creo que sean necesarios más detalles para aclarar que el objetivo de este curso no consiste en absoluto en presentar todos los fenómenos naturales como idénticos en el fondo, salvo la variedad de sus circunstancias. La filosofía positiva sería más perfecta si esto pudiera ser así. Pero esta condición no es necesaria, ni para su formación sistemática, ni tan siquiera para la realización de las grandes y ventajosas consecuencias a las que está destinada. No hay más unidad indispensable que la unidad de método, la cual puede y debe existir y se encuentra en su mayor parte establecida. En cuanto a la doctrina no es necesario que sea única: es suficiente con que sea homogénea. Así pues, desde el doble punto de vista de la unidad de método y de la homogeneidad de la doctrina, consideramos en este curso las diversas clases de teorías positivas. Aunque la tendencia sea la de reducir al máximo el número de leyes generales necesarias para la explicación positiva de los fenómenos naturales, lo cual es, en efecto, el objetivo filosófico de la ciencia, siempre consideraremos como temeraria la aspiración, incluso en un futuro lejano, de reducirlas exclusivamente a una sola.

He intentado en este discurso determinar, tan exactamente como me ha sido posible, el objetivo, el espíritu y la influencia de la filosofía positiva. He señalado también la meta hacia la que han tendido y tenderán mis estudios, ya sea en este curso, ya sea en cualquier otra ocasión. Nadie está tan profundamente convencido como yo de la insuficiencia de mis fuerzas intelectuales, aunque éstas fuesen muy superiores a su valor real, para dar respuesta a una tarea tan amplia y tan elevada. Pero lo que no puede hacer ni una sola inteligencia, ni en una sola vida, puede ser claramente propuesto por una sola persona. Ésta es toda mi ambición.

Una vez expuesto el verdadero objetivo de este curso, es decir, una vez fijado el punto de vista bajo el que consideraré las distintas partes de la filosofía natural, completaré en la próxima lección estos prolegómenos generales, pasando a la exposición del plan, es decir, a la determinación del orden enciclopédico que se debe establecer entre las diversas clases de fenómenos naturales, y por consiguiente entre las ciencias positivas correspondientes.

LECCIÓN SEGUNDA

SUMARIO. *Exposición del plan de este curso, o consideraciones generales sobre la jerarquía de las ciencias positivas.*

Una vez caracterizadas tan exactamente como me ha sido posible en la lección anterior las consideraciones que han de presentarse en este curso acerca de las principales partes de la filosofía natural, hay que determinar ahora el plan a seguir: la clasificación racional más conveniente que se deba establecer entre las diferentes ciencias positivas fundamentales, para después estudiarlas sucesivamente desde el punto de vista que hayamos fijado. Este segundo tema es indispensable para terminar de conocer el verdadero espíritu de este curso.

I. PRINCIPIOS DE UNA CLASIFICACIÓN POSITIVA DE LAS CIENCIAS

Es de suponer que no voy a tratar de hacer la crítica, por desgracia demasiado fácil, de las numerosas clasificaciones que desde hace dos siglos se vienen proponiendo, realizadas todas por el sistema general de los conocimientos humanos, considerado en toda su extensión. Hoy estamos plenamente convencidos de que todas las escalas enciclopédicas construidas, como las de Bacon y d'Alembert, que siguen una distinción cualquiera de las diversas facultades del espíritu humano, son, de por sí, radicalmente erróneas e incluso tienen más de sutil que de real, ya que nuestro entendimiento en cada una de sus actividades emplea simultáneamente todas sus facultades principales. En cuanto al resto de las clasificaciones

propuestas, es suficiente observar que las diversas discusiones suscitadas al respecto han tenido por resultado definitivo el mostrar, en cada una, algunos errores fundamentales, de tal manera que ninguna ha podido obtener el asentimiento unánime y que existen, al respecto, casi tantas opiniones como individuos hay que las defienden. Estas diversas tentativas han estado en general tan mal concebidas, que involuntariamente han provocado en la mayor parte de las mentes serias una prevención desfavorable hacia toda empresa de este género.

Sin detenernos en un hecho tan evidente, más interesante resulta investigar sus causas. Así se puede explicar fácilmente la radical imperfección de estas tentativas enciclopédicas que con tanta frecuencia se han renovado hasta el momento. No es necesario hacer observar que el descrédito general en el que han caído los estudios de este tipo es debido a la poca solidez de las primeras realizaciones, cuyas clasificaciones han sido pensadas a menudo por inteligencias casi completamente ajenas al conocimiento de los objetos que habían de clasificar. Sin hacer hincapié en esta consideración personal, existe otra más importante basada en la naturaleza misma del tema, y que muestra claramente por qué no ha sido posible hasta el momento llegar a una concepción enciclopédica verdaderamente satisfactoria. Se trata del defecto de la homogeneidad que siempre ha existido, hasta estos últimos tiempos, entre las distintas partes del sistema intelectual, unas llegadas ya al estado positivo, otras enclavadas aún en el estado teológico o metafísico. En un estado de cosas tan incoherente resulta evidentemente imposible establecer ninguna clasificación racional. ¿Cómo es posible disponer de un sistema único con concepciones tan profundamente contradictorias? Contra esta dificultad, todos los clasificadores han chocado, sin que ninguno haya podido superarla. Sin embargo, para cualquiera que conozca la auténtica situación del espíritu humano, le resultará evidente que tal empresa era prematura y que no podrá ser realizada con éxito nada más que cuando nuestras principales concepciones hayan llegado al estado positivo.

Esta condición fundamental, que hoy ya se puede ver cumplida, según quedó dicho en la lección anterior, permite que se proceda a una disposición verdaderamente racional y permanente de un sistema cuyas partes son finalmente homogéneas.

Por otra parte, la teoría general de las clasificaciones, establecidas en estos últimos tiempos por los trabajos filosóficos de los botánicos y de los zoólogos, permite augurar un éxito real en un trabajo semejante, ofreciéndonos una guía cierta con el verdadero principio fundamental del arte de clasificar que hasta ahora no había sido concebido con claridad. Este principio es una consecuencia necesaria de la aplicación directa del método positivo a la cuestión misma de las clasificaciones, la cual, como cual-

quier otra, debe ser tratada por observación, en lugar de ser resuelta con consideraciones *a priori*. Consiste en que la clasificación debe salir del estudio mismo de los objetos que se han de clasificar y debe ser determinada, por las afinidades reales y la coordinación natural de ellos, de tal manera que esta clasificación sea en sí misma la expresión del hecho más general, manifestada por la comparación profunda de los objetos que abarca.

Aplicando esta regla fundamental al caso nuestro, procederemos a la clasificación de las ciencias positivas, siguiendo la dependencia mutua que efectivamente se da entre ellas. Y esta dependencia, para ser real, no puede resultar más que de la que existe entre los fenómenos correspondientes.

Pero antes de proceder, con tal espíritu de observación, a esta importante operación enciclopédica, es indispensable, para no perdernos en un trabajo tan extenso, delimitar, con mayor precisión que la que hasta ahora hemos empleado, el tema de la clasificación propuesta.

Todos los trabajos humanos son o de especulación o de acción. Así pues, la división más general de nuestros conocimientos reales consiste en distinguirlos en teóricos y en prácticos. Si consideramos esta primera división, resulta evidente que sólo de los conocimientos teóricos deberemos ocuparnos en un curso de la naturaleza del presente, ya que no se trata en absoluto de observar el sistema entero de las concepciones humanas, sino únicamente de aquellas concepciones fundamentales acerca de los diversos órdenes de fenómenos que proporcionan una base sólida a todas nuestras restantes combinaciones, sean éstas cuales fueren, y que a su vez no están basadas en ningún sistema intelectual antecedente. Así pues, para este trabajo, únicamente la especulación es la que debemos considerar y la aplicación sólo por lo que puede tener de esclarecedora respecto a la primera. Seguramente, es esto lo que entendía Bacon, aunque imperfectamente, por *filosofía primera*, cuando afirma que ésta es algo que debe extraerse del conjunto de las ciencias y que tan diversa como extrañamente ha sido interpretada por los metafísicos que se propusieron comentar su pensamiento.

Sin duda, cuando se contempla el conjunto de trabajos de toda índole realizado por la especie humana, debe interpretarse el estudio de la naturaleza como algo destinado a proporcionar la verdadera base racional de la acción del hombre sobre ella, ya que el conocimiento de las leyes de los fenómenos, cuyo resultado constante es el de hacérselos prever, puede conducirnos a modificarlos en nuestro provecho. Nuestros medios naturales y directos de obrar sobre los cuerpos que nos rodean son extremadamente débiles y completamente desproporcionados para nuestras necesidades. Siempre que se ha realizado alguna acción importante, ha sido debido únicamente a que el conocimiento de las leyes naturales nos ha permitido

introducir, entre las determinadas circunstancias que concurren al cumplimiento de los diversos fenómenos, algunos elementos modificadores que, aunque débiles en sí mismos, son suficientes en algunos casos para hacer variar en provecho nuestro los resultados definitivos del conjunto de las causas exteriores. En resumen: *la ciencia, para prever; la previsión, para obrar*: ésta es la fórmula más simple, que expresa de una manera exacta la relación general de la *ciencia* y el *arte* tomando estas dos expresiones en su total acepción.¹⁰

Pero, a pesar de la importancia capital de esta relación que nunca debe ser olvidada, sería formarse de las ciencias una idea demasiado imperfecta el concebirlas únicamente como base de las artes, lo cual es demasiado frecuente en nuestros días. Cualesquiera que sean los inmensos servicios prestados a la *industria* por las teorías científicas, si bien, como dice Bacon, la potencia ha de ser necesariamente proporcionada al conocimiento,¹¹ no debemos olvidar que las ciencias tienen ante todo un destino más elevado, cual es el de satisfacer el deseo fundamental que manifiesta nuestra inteligencia de conocer las leyes de los fenómenos. Para darse cuenta de lo profundo e imperativo que es este deseo, sería suficiente considerar por un momento los efectos fisiológicos del *asombro*,¹² y pensar que la más terrible sensación que podemos experimentar es la que se produce siempre que un fenómeno parece contradecir las leyes naturales que nos son familiares. Este deseo de disponer los hechos en un orden que podamos concebir con facilidad (lo cual es el objeto propio de todas las teorías científicas) es tan inherente a nuestra organización, que si no acertamos a satisfacerlo con concepciones positivas, recaeremos inevitablemente en las explicaciones teológicas y metafísicas a las cuales ese deseo dio origen, como ya he expuesto en la lección anterior.

Debo señalar expresamente, desde este momento, una consideración que se repetirá frecuentemente a lo largo del curso, con el fin de ver la necesidad de prevenirse contra la excesiva influencia de las costumbres actuales, que tienden a impedir la formación de ideas justas y nobles acerca de la importancia y el destino de las ciencias. Si la potencia preponderante de nuestra organización no llegara a corregir, aunque fuera involuntariamente, en el espíritu de los sabios, lo que a este respecto existe de incompleto y estrecho en la tendencia general de nuestra época, la inteligencia humana, limitada a no ocuparse más que de las tareas susceptibles de una utilidad práctica inmediata, se encontrará, como ha señalado justamente Condorcet,

10. En el *Discurso*, o.c., pág. 60: «El verdadero espíritu positivo consiste, sobre todo, en *ver para prever*, en estudiar lo que es, para deducir lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales».

11. Bacon: «*Tantum possumus, quantum scimus*». «*Scientia et potentia, in unum coincidunt*».

12. Alusión probable a la palabra de Aristóteles: «El asombro es el comienzo de la ciencia».

completamente detenida en su progreso, incluso en esas aplicaciones a las que hubiera sacrificado imprudentemente, los trabajos puramente especulativos; pues las aplicaciones más importantes se derivan de teorías formadas con una mera intención científica y las cuales, frecuentemente, han sido estudiadas durante muchos siglos sin producir ningún resultado práctico. Se puede citar un ejemplo notable sacado de las excelentes especulaciones de los geómetras griegos, acerca de las secciones cónicas, que tras una larga serie de generaciones han servido, al determinar la renovación de la astronomía, para conducir finalmente el arte de la navegación al grado de perfección que ha alcanzado en estos últimos tiempos, el cual no hubiera sido logrado sin los trabajos puramente teóricos de Arquímedes y de Apolonio; Condorcet ha dicho con razón a este respecto: «El marino que se salva del naufragio, gracias a una exacta observación de la longitud, debe la vida a una teoría imaginada dos mil años antes por hombres de ingenio que trataban simples especulaciones geométricas.»¹³

Resulta evidente que una vez concebido, de una manera general, el estudio de la naturaleza como base racional para la acción sobre ella, el espíritu humano debe proceder a los trabajos teóricos haciendo completa abstracción de cualquier consideración práctica; nuestros medios para descubrir la verdad son tan débiles, que si no los concentramos exclusivamente para este fin, y si al buscar la verdad, nos imponemos al mismo tiempo la condición ajena de encontrar en ella una utilidad práctica inmediata, nos será casi imposible alcanzarla.

Sea como fuere, es cierto que el conjunto de nuestros conocimientos sobre la naturaleza, y el de los procedimientos que de ellos deducimos para modificarla en nuestro beneficio, constituyen dos sistemas esencialmente distintos en sí mismos que hay que concebirlos y elaborarlos por separado. Por otra parte, siendo el primer sistema la base del segundo, es evidente que en un estudio metódico sea aquél quien deba ser considerado en primer lugar, incluso aunque se propusiera abarcar la totalidad de los conocimientos humanos tanto de aplicación como de especulación. Este sistema teórico, me parece que debe constituir hoy el tema de un curso racional de filosofía positiva: al menos, así lo concibo. Sin duda sería posible imaginar un curso más amplio que tratara a la vez de las generalidades teóricas y de las generalidades prácticas. Pero no creo que tal empresa, aparte de su gran extensión, pudiera ser tratada convenientemente en el estado actual de la inteligencia humana. Me parece, en efecto, que para ello se exige previamente un trabajo más importante y de una naturaleza muy particular, que aún no ha sido hecho, cual es el de formar, siguiendo las teorías científicas

13. Comte cita de memoria. El texto exacto dice: «...Una teoría que, por una cadena de verdades, se remonta a descubrimientos hechos en la escuela de Platón, y que durante veinte siglos han sido enteramente inútiles» (*Tableau*, IX^a época, final. Condorcet).

propiamente dichas, unas concepciones especiales destinadas a servir de base directa a los procedimientos generales de la práctica.

En el grado de desarrollo alcanzado por nuestra inteligencia, las ciencias no se aplican inmediatamente a las artes, al menos en los casos más perfeccionados; existe, entre estos dos órdenes de ideas, un orden intermedio que, aún mal determinado en su carácter filosófico, resulta más evidente cuando se considera la clase social que de él se ocupa. Entre los investigadores propiamente dichos, y los directores efectivos de los trabajos de producción, comienza a formarse en nuestros días una clase intermedia, la de los *ingenieros*, cuya especial misión es la de organizar las relaciones entre la teoría y la práctica. Sin ocuparse de hacer progresar los conocimientos científicos esta clase los considera en su estado presente para deducir de ellos las aplicaciones industriales de que son susceptibles. Tal es, al menos, la tendencia natural de las cosas, si bien existe aún al respecto demasiada confusión. El cuerpo de doctrina propio para esta nueva clase y que debe consistir en la teoría sobre las diferentes artes, podría, sin duda, dar lugar a consideraciones filosóficas de gran interés y de una importancia real. Pero un trabajo que abarcara estas nuevas teorías y aquellas otras basadas en las ciencias propiamente dichas, sería hoy un trabajo prematuro, pues estas doctrinas intermedias entre la teoría pura y la práctica directa, no están aún formadas: no existen hasta el momento más que algunos elementos imperfectos relativos a las ciencias y a las artes más avanzadas y que permiten únicamente concebir la naturaleza y la posibilidad de tales trabajos para el conjunto de las operaciones humanas. Así se debe entender la teoría de Monge, por citar aquí el ejemplo más importante, el cual afirma que la geometría descriptiva no es otra cosa sino una teoría general de las artes de la construcción. A medida que el desarrollo natural de este curso lo permita, pondré empeño en indicar sucesivamente el corto número de ideas análogas ya formadas y de resaltar su importancia. Por el momento es evidente que concepciones tan incompletas no deben entrar como parte esencial en un curso de filosofía positiva, que no debe abarcar, en la medida de lo posible, más que las doctrinas con carácter fijo y claramente determinado.

Fácilmente se puede imaginar la dificultad de construir estas doctrinas intermedias que acabo de indicar, si consideramos que cada arte depende no solamente de una determinada ciencia, sino de varias a la vez, de tal manera que las artes más importantes están auxiliadas directamente por casi todas las ciencias principales. Así, la verdadera teoría sobre la agricultura, por ceñirme al caso más esencial, exige una íntima combinación de conocimientos fisiológicos, químicos, físicos e incluso astronómicos y matemáticos; igual sucede con las bellas artes. Según esta consideración, se comprende fácilmente por qué estas teorías no se han podido aún formar, ya que

suponen el previo desarrollo de todas las ciencias fundamentales. Esto constituye un nuevo motivo de renunciar a este orden de ideas, en un curso de filosofía positiva, pues, lejos de contribuir a la formación sistemática de esta filosofía, las teorías generales apropiadas a las principales artes deben por el contrario ser razonablemente una de las consecuencias más útiles de su construcción.

Resumiendo, en este curso hay que considerar únicamente las teorías científicas y no sus aplicaciones. Ahora bien, antes de proceder a la clasificación metódica de sus diferentes partes, fáltame exponer, respecto a las ciencias propiamente dichas, una distinción importante que acabará de delimitar netamente el tema propio del estudio que nos estamos proponiendo.

Hay que distinguir, en relación a todos los órdenes de fenómenos, dos clases de ciencias naturales: unas abstractas, generales, que tienen por objeto el descubrimiento de las leyes que rigen las diversas clases de fenómenos, considerando todos los casos que se puedan imaginar; las otras, concretas, particulares, descriptivas, y a las que algunas veces se las llama ciencias naturales propiamente dichas, que consisten en la aplicación de estas leyes a la historia efectiva de los diferentes seres existentes. Las primeras son, pues, fundamentales; únicamente sobre ellas tratarán los estudios de este curso. Las otras, cualquiera que fuere su importancia, no son en realidad más que secundarias y no deben, por consiguiente, formar parte de un trabajo de por sí demasiado extenso y que nos obliga a limitarlo al máximo.

La distinción precedente no puede ofrecer ninguna obscuridad a las mentes que tengan algún conocimiento especial de las distintas ciencias positivas, ya que esta distinción es más o menos equivalente a la que se enuncia en casi todos los tratados científicos al comparar la física dogmática con la historia natural propiamente dicha. Unos ejemplos serán suficientes para esclarecer esta división, cuya importancia no es aún lo suficientemente apreciada.

Se podrá apreciar claramente, al comparar por un lado la fisiología general, y por otro la zoología y la botánica propiamente dichas. Son, por supuesto, dos trabajos de un carácter distinto el estudiar en general las leyes de la vida, o el determinar el modo de existencia de cada ser vivo en particular. Este segundo estudio está basado necesariamente en el primero.

Sucede lo mismo con la química en su relación con la mineralogía. La primera es evidentemente la base racional de la segunda. En la química se consideran todas las combinaciones posibles de las moléculas y en todas las circunstancias imaginables. En mineralogía se consideran únicamente aquellas combinaciones existentes en la constitución real del globo terrestre y bajo la influencia de las únicas circunstancias que le son propias. Lo

que muestra con toda claridad la diferencia entre el punto de vista químico y el punto de vista mineralógico, aunque las dos ciencias se ocupen de los mismos objetos: la mayor parte de los hechos tratados en la primera no tienen más que una existencia artificial, de tal manera que un cuerpo como el cloro o el potasio podrá tener gran importancia en la química por la extensión y la energía de sus afinidades, mientras que en mineralogía carecerá por completo de importancia, y recíprocamente, un compuesto como el granito o el cuarzo, sobre los que tratan la mayor parte de las consideraciones mineralógicas, no ofrecerá para la química más que un interés mediocre.

Lo que hace aún más patente la necesidad lógica de esta distinción fundamental entre las dos grandes secciones de la filosofía natural, es que no solamente cada sección de la física concreta supone el estudio previo de la sección correspondiente de la física abstracta, sino que exige, incluso, el conocimiento de las leyes generales relativas a toda clase de fenómenos. Por ejemplo, no sólo el estudio especializado de la tierra, considerada desde todos los puntos de vista que pueda presentar, exige el previo conocimiento de la física y de la química, sino que ni siquiera podría ser bien realizado sin introducir, por un lado, los conocimientos astronómicos, y por otro, los conocimientos fisiológicos; de forma que el sistema entero de las ciencias es necesario para este estudio. Sucede lo mismo con todas y cada una de las ciencias naturales propiamente dichas. Precisamente por este motivo, la *física concreta* ha hecho tan escasos progresos reales, ya que no se la ha podido estudiar de una manera verdaderamente racional, más que a continuación de la *física abstracta*, y cuando todas las ramas principales de ésta ya han tomado un carácter definitivo, lo cual ha sucedido únicamente en nuestros días. Hasta ahora, no se ha podido más que recoger materiales, más o menos incoherentes al respecto, los cuales son aún muy incompletos. Los hechos conocidos no podrán ser coordinados de manera que formen verdaderas teorías especializadas, de los diferentes seres del universo, más que cuando esa distinción fundamental señalada más arriba sea profundamente sentida y regularmente organizada y cuando los sabios entregados al estudio de las ciencias naturales propiamente dichas hayan reconocido la necesidad de fundamentar sus investigaciones sobre un conocimiento profundo de todas las ciencias fundamentales, condición que hoy aún está muy lejos de verse cumplida.

El examen de esta condición confirma claramente por qué debemos en este curso de filosofía positiva reducir nuestras consideraciones al estudio de las ciencias generales, sin abarcar al mismo tiempo las descriptivas o particulares. Se ve así aparecer una nueva característica esencial de este estudio propio de las generalidades de la física abstracta: el de proporcionar la base racional de una física concreta verdaderamente sistemática.

En el estado actual de la inteligencia humana, se da una especie de contradicción en pretender reunir en un solo y único curso las dos clases de ciencias. Se puede decir además que cuando la física concreta haya alcanzado el grado de perfección de la física abstracta y cuando, por consiguiente, sea posible en un curso de filosofía positiva abarcar a la vez la una y la otra, será necesario incluso comenzar por la sección abstracta, que seguirá siendo la base invariable de la otra. Resulta claro, por lo demás, que el estudio de las generalidades de las ciencias fundamentales es lo suficientemente amplio en sí mismo, como para que sea preciso limitar en la medida de lo posible todas las consideraciones que no sean indispensables; por tanto, aquellas relativas a las ciencias secundarias serán siempre, suceda lo que suceda, de un género distinto. La filosofía de las ciencias fundamentales, presentando un sistema de especulaciones positivas acerca de todos los órdenes de conocimientos reales, es suficiente en sí misma para constituir la *filosofía primera* que buscaba Bacon y que, estando destinada a servir de base permanente a todas las especulaciones humanas, debe de ser cuidadosamente reducida a la más simple expresión.

No creo necesario insistir más, en este momento, en una discusión en la que tendré demasiadas ocasiones de insistir a lo largo del curso. La explicación precedente es lo bastante amplia como para motivar la manera en que he delimitado el tema general de nuestras consideraciones.

Como resultado de todo lo que se ha expuesto en esta lección vemos: 1) que la ciencia humana se compone en su conjunto de conocimientos especulativos y de conocimientos de aplicación, y únicamente de los primeros nos debemos ocupar aquí; 2) que los conocimientos teóricos o ciencias propiamente dichas se dividen en ciencias generales y ciencias particulares, y sólo del primer orden nos ocuparemos aquí y nos limitaremos a la física abstracta, cualquiera que fuere el interés que ofrezca la física concreta.

Una vez delimitado el objeto de este curso, resultará fácil proceder a una clasificación racional auténticamente satisfactoria de las ciencias fundamentales, lo que constituye el problema enciclopédico, objeto especial de esta lección.

Ante todo hay que reconocer que, por muy natural que pueda ser una clasificación, siempre encerrará necesariamente alguna cosa, si no arbitraria, al menos artificial, de manera que presenten una verdadera imperfección.

En efecto, el objetivo principal que hay que considerar en todo trabajo enciclopédico es el de disponer las ciencias en un orden, cuya sucesión natural siga a su dependencia mutua, de tal manera que se las pueda exponer sucesivamente sin caer nunca en el menor círculo vicioso. Por tanto, es una condición que me parece imposible cumplir de una manera completamente rigurosa. Permítaseme dar alguna explicación al respecto, ya que la considero importante para caracterizar la auténtica dificultad de la investi-

gación que nos ocupa actualmente. Esta consideración, además, me dará la oportunidad de establecer, en relación a la exposición de nuestros conocimientos, un principio general del que más tarde presentaré frecuentes aplicaciones.

Toda ciencia puede ser expuesta siguiendo dos vías radicalmente distintas: la vía *histórica* y la vía *dogmática*. Otra posible vía sería el resultado de la combinación de éstas.

Por el primer procedimiento se exponen sucesivamente los conocimientos en el mismo orden natural en que el espíritu humano los ha obtenido y adoptando, en la medida de lo posible, los mismos caminos.

Por el segundo, se presenta el sistema de las ideas tal como hoy podría ser concebido por un solo espíritu, el cual, situado en un punto de vista conveniente y provisto de los conocimientos suficientes, se ocuparía de rehacer la ciencia en su conjunto.

El primer modo, evidentemente, es el punto de partida obligado del estudio de toda ciencia naciente, pues presenta la propiedad de no exigir para la exposición de los conocimientos ningún nuevo trabajo distinto del de su formación, reduciéndose toda la didáctica a estudiar sucesivamente, en su orden cronológico, las diversas obras originales que han contribuido al progreso de esta ciencia.

El modo dogmático, que supone, por el contrario, que todos esos trabajos particulares han sido refundidos en un sistema general, para ser presentados siguiendo un orden lógico más natural, no es aplicable más que a una ciencia que haya llegado a un alto grado de desarrollo. Pero a medida que la ciencia hace progresos, el *orden histórico* de exposición se hace cada vez más impracticable, debido al excesivo número de capítulos intermedios que sería necesario conocer; mientras que el *orden dogmático* se hace cada vez más posible e incluso necesario, debido a que las nuevas concepciones permiten presentar los descubrimientos anteriores desde un punto de vista más directo.

Así, por ejemplo, la educación de un geómetra en la Antigüedad consistía simplemente en el estudio sucesivo del escaso número de tratados originales escritos hasta entonces acerca de las diferentes partes de la geometría, que se reducían esencialmente a los tratados de Arquímedes y de Apolonio; por el contrario, un geómetra moderno ha terminado su educación sin haber leído una sola obra original, excepto las relativas a los descubrimientos más recientes que sólo de esta manera se pueden conocer.

La tendencia constante del espíritu humano, en lo que a la exposición de los conocimientos se refiere, es pues la de substituir cada vez más el orden histórico por el orden dogmático, que es el único conveniente en el estado perfeccionado de nuestra inteligencia.

El problema general de la educación intelectual consiste en hacer llegar en

poco tiempo a una sola mente, a menudo mediocre, al mismo grado de desarrollo que ha sido alcanzado, a lo largo de mucho tiempo, por un gran número de inteligencias superiores dedicadas durante toda su vida y con todas sus fuerzas al estudio de un mismo tema. Resulta evidente, según esto, aunque sea infinitamente más fácil y más corto aprender que inventar, sería ciertamente imposible alcanzar el objetivo propuesto, si se quisiera obligar a cada inteligencia individual a pasar sucesivamente por las mismas etapas intermedias que ha debido seguir necesariamente el genio colectivo de la especie humana. De aquí se deduce la indispensable necesidad del orden dogmático y sobre todo hoy, en lo que se refiere a las ciencias más avanzadas, cuyo modo ordinario de exposición no ofrece casi ningún dato sobre la historia efectiva de sus aspectos más concretos.

Hay que añadir, sin embargo, para evitar toda exageración, que cualquier modo real de exposición consiste inevitablemente en una cierta combinación del orden dogmático con el orden histórico, siendo el primero quien debe dominar constantemente. El orden dogmático, en efecto, no puede ser seguido de una manera muy rigurosa, puesto que si este orden exige una nueva elaboración de los conocimientos adquiridos, no es aplicable en cada época de la ciencia a las partes formadas recientemente, cuyo estudio reclama un orden esencialmente histórico y no presenta, por lo demás, en estos casos, los inconvenientes principales por los que se le rechaza en general.

La única imperfección fundamental que se podría reprochar al orden dogmático es la de ignorar cómo se han formado los diversos conocimientos humanos, lo cual, aunque distinto de la adquisición de estos conocimientos, es en sí de más alto interés para todo espíritu filosófico. Esta consideración tendría a mi manera de ver demasiado peso, si realmente fuera un motivo en favor del orden histórico. Pero es bastante claro que no hay más que una relación aparente entre estudiar una ciencia siguiendo el llamado orden *histórico* y conocer la historia efectiva de esta ciencia.

En efecto, no solamente las diversas partes de la ciencia separadas en el orden *dogmático* no se han desarrollado, simultáneamente y bajo una mutua interdependencia, lo cual haría preferir el orden *histórico*, sino que, considerando en su conjunto el desarrollo efectivo del espíritu humano, se ve que las diferentes ciencias de hecho se han perfeccionado al mismo tiempo y mutuamente; se ve asimismo que los progresos de las ciencias y los de las artes¹⁴ han dependido unos de otros por innumerables influencias recíprocas, y además todos han estado estrechamente unidos al desarrollo general de la sociedad humana. Esta amplia interrelación es tan real, que a veces para conocer la generación efectiva de una teoría científica, el

14. Ciencias y Artes significan aquí, ciencias teóricas y ciencias aplicadas.

espíritu se ve obligado a considerar el perfeccionamiento de algún arte que no tenga con ella ninguna relación racional, o incluso algún progreso particular en la organización social sin el cual este descubrimiento no hubiera podido producirse. Veremos más adelante numerosos ejemplos. Resulta, pues, que no se puede conocer la verdadera historia de cada ciencia, es decir, la formación real de los descubrimientos de los cuales se compone, sino estudiando de manera general y directa la historia de la humanidad. Por ello, todos los documentos recogidos hasta ahora sobre la historia de las matemáticas, de la astronomía, de la medicina, etc., etc., por muy valiosos que sean, no pueden ser tenidos más que como materiales.

El pretendido orden *histórico* de exposición, aunque pudiese ser seguido rigurosamente para los detalles de cada ciencia en particular, sería hipotético y abstracto en su aspecto más importante, es decir, al considerar el desarrollo de esta ciencia como algo aislado. Lejos de aclarar la verdadera historia de la ciencia, lo que haría sería concebir una opinión muy falsa.

Estamos plenamente convencidos de que el conocimiento de la historia de las ciencias es de la mayor importancia. Pienso, incluso, que no se conoce completamente una ciencia mientras no se conozca su historia. Pero este estudio hay que concebirlo como algo enteramente separado del estudio propio y dogmático de la ciencia, sin el cual esta historia no sería inteligible. Consideraremos, pues, con mucho cuidado la historia real de las ciencias fundamentales que van a ser objeto de nuestras meditaciones, pero únicamente en la última parte de este curso, la relativa al estudio de los fenómenos sociales, será donde se tratará el desarrollo general de la humanidad, del cual la historia de las ciencias constituye la parte más importante, por más que hasta ahora sea la parte más olvidada. En el estudio de cada ciencia, las consideraciones históricas incidentes tendrán un carácter netamente distinto, de manera que no alteren la naturaleza propia de nuestro trabajo principal.

La discusión anterior, que se ampliará más adelante, tiende a precisar de antemano, presentándolo bajo un nuevo punto de vista, el auténtico espíritu de este curso. Pero sobre todo se pretende con ello determinar exactamente las condiciones que han de imponerse y que deben cumplirse en la construcción de una escala enciclopédica de las diversas ciencias fundamentales.

Se ve, en efecto, que por muy perfecta que pueda suponerse esta clasificación, nunca podrá estar conforme con la marcha histórica de las ciencias. En cualquier caso, no se podrá evitar por completo el presentar como anterior una determinada ciencia, que sin embargo, en algunos aspectos particulares más o menos importantes, se apoyará en nociones de otra ciencia clasificada en un escalón posterior. Hay que procurar única-

mente que este inconveniente no afecte a las concepciones características de cada ciencia, ya que entonces la clasificación sería viciosa.

Así, por ejemplo, me parece incuestionable que en el sistema general de las ciencias, la astronomía deba colocarse antes que la física propiamente dicha, y sin embargo, muchas partes de ella, sobre todo la óptica, son indispensables para la exposición completa de la primera.

Tales defectos secundarios, que son estrictamente inevitables, no prevalecerán contra una clasificación que cumpla convenientemente las condiciones principales. Estos defectos atañen más a lo que de artificial haya en nuestra división del trabajo intelectual.

Sin embargo, aunque según las explicaciones precedentes no debemos tomar el orden histórico como base de nuestra clasificación, no hay que olvidar que es una propiedad esencial de la escala enciclopédica que voy a proponer, su conformidad general con el conjunto de la historia científica; en este sentido, a pesar de la simultaneidad real y continua del desarrollo de las diferentes ciencias, aquellas que serán clasificadas entre las primeras serán, en efecto, más antiguas y estarán más desarrolladas que las presentadas en los últimos lugares. Así debe suceder si tomamos como principio de clasificación el encadenamiento lógico y natural de las diversas ciencias, siendo el punto de partida de la especie, el mismo que el del individuo.

Para determinar con toda la precisión posible la dificultad exacta del problema enciclopédico que hemos de resolver, creo útil introducir una consideración matemática, muy sencilla, que resumirá el conjunto de razonamientos expuestos hasta aquí en esta lección. Veamos en qué consiste.

Nos proponemos clasificar las ciencias fundamentales. Pronto veremos que, bien considerado, no es posible distinguir menos de seis; gran parte de científicos admitirían incluso un número mayor. Aceptado esto, se sabe que seis objetos implican 720 combinaciones diferentes. Las ciencias fundamentales podrían dar lugar a 720 clasificaciones distintas, entre las cuales se trata de escoger la clasificación, necesariamente única, que satisfaga al máximo las principales condiciones del problema. Vemos que a pesar del gran número de escalas enciclopédicas, sucesivamente propuestas hasta el presente, la discusión afecta a un escaso número de disposiciones posibles, y sin embargo, puedo asegurar, sin ninguna exageración, que examinando cada una de estas 720 clasificaciones, no habría una sola que no tuviera grandes razones en su favor; pues al observar las diversas disposiciones que han sido propuestas, se observan entre ellas las más extremas diferencias: ciencias que han sido colocadas por unos a la cabeza del sistema filosófico, han sido colocadas por otros en la extremidad opuesta, y viceversa. Así pues, la dificultad exacta de la cuestión que nos proponemos consiste en escoger un único orden verdaderamente racional entre el gran número de sistemas posibles.

II. CLASIFICACIÓN DE LAS SEIS CIENCIAS FUNDAMENTALES

Abordando ya de una manera directa este gran problema, recordemos que para llegar a una clasificación natural y positiva de las ciencias fundamentales, debemos buscar su principio en la comparación de los diversos órdenes de fenómenos, lo cuales tienen unas leyes cuyo descubrimiento constituye el objeto de estas ciencias. Lo que queremos determinar es la dependencia real de los distintos estudios científicos. Ahora bien, esta dependencia no puede resultar más que de la correspondiente de sus fenómenos.

Al considerar, desde este punto de vista, todos los fenómenos observables, veremos que es posible clasificarlos en un pequeño número de categorías naturales, dispuestas de tal manera que el estudio racional de cada una de ellas está basado en un conocimiento de las leyes principales de la categoría precedente, la que a su vez se convierte en fundamento del estudio de la siguiente. Este orden está determinado por el grado de simplicidad, o lo que es lo mismo, por el grado de generalidad de los fenómenos, de donde resulta su dependencia sucesiva, y en consecuencia, la facilidad más o menos grande de su estudio.

Parece claro *a priori* que los fenómenos más simples, los que son menos complicados que los otros, son a su vez los más generales; porque lo que se observa en el mayor número de casos, está por esto mismo muy alejado de las circunstancias propias de cada caso aislado. Hay que comenzar, pues, por el estudio de los fenómenos más generales o más simples, procediendo sucesivamente después hasta llegar a los fenómenos más particulares o más complicados, si queremos concebir la filosofía natural de una manera verdaderamente metódica, pues este orden de generalidad o de simplicidad que determina necesariamente el encadenamiento racional de las diversas ciencias fundamentales por la dependencia sucesiva de sus fenómenos, fija también su grado de facilidad.

Aún debo añadir una consideración auxiliar, ya que converge con todas las precedentes, y es que los fenómenos más generales o más simples, siendo necesariamente los más ajenos al hombre, deben por esta razón ser estudiados con una disposición de espíritu más tranquila, más racional, lo cual constituye un nuevo motivo para que las ciencias correspondientes se desarrollen más rápidamente.

Habiendo ya indicado cuál es la regla fundamental que debe presidir la clasificación de las ciencias, pasaré inmediatamente a la construcción de la escala enciclopédica, según la cual el plan de este curso será determinado, y que cada cual podrá fácilmente apreciar con la ayuda de todas las consideraciones anteriores.

Una primera mirada al conjunto de los fenómenos naturales nos lleva a dividirlos según el principio que acabamos de establecer, en dos grandes

grupos: el primero comprende todos los fenómenos de los cuerpos brutos, y el segundo, todos los de los cuerpos organizados.

Estos últimos son evidentemente más complicados y más particulares que los otros; dependen de los primeros, quienes por el contrario no dependen en absoluto de éstos. De aquí la necesidad de no estudiar los fenómenos fisiológicos más que después de los de los cuerpos inorgánicos. De cualquier manera que se expliquen las diferencias de estas dos clases de seres, siempre será cierto que en los cuerpos vivos se observan todos los fenómenos, ya sean mecánicos o químicos, que se observan en los cuerpos brutos, pero añadiendo un orden muy especial de fenómenos, los llamados vitales, que son los que atañen a su *organización*. No se trata de analizar aquí si estas dos clases de cuerpos son o no son de la misma *naturaleza*, problema insoluble demasiado agitado en nuestros días, por lo que queda de influencia de las costumbres teológicas y metafísicas; tal problema no afecta a la filosofía positiva, que hace profesión de ignorar por completo la *naturaleza* interna de cualquier cuerpo. Pero es indispensable considerar a los cuerpos brutos y a los cuerpos vivos como algo de naturaleza diferente, para reconocer la necesidad de la separación de sus estudios. Sin duda, las ideas no están aún suficientemente claras sobre la manera de concebir los fenómenos de los cuerpos vivos. Pero, cualquiera que sea el partido que se tome al respecto, como consecuencia de los recientes progresos de la filosofía natural, la clasificación que establezcamos no ha de verse en ningún caso afectada. En efecto, acéptese, si se quiere, que los fenómenos fisiológicos son simples fenómenos mecánicos, eléctricos o químicos, modificados por la estructura y la composición de los cuerpos organizados: nuestra división seguiría vigente, porque siempre será cierto, incluso aceptando esta hipótesis, que los fenómenos generales deben estudiarse antes de proceder al examen de las modificaciones especiales que se manifiestan en algunos seres del universo, como consecuencia de una disposición particular de sus moléculas. Así, la división que hoy está basada en la diversidad de las leyes, así lo aceptan la mayor parte de los investigadores, deberá mantenerse indefinidamente a causa de la subordinación de los fenómenos y como consecuencia de sus estudios, aunque alguna vez pudiera establecerse un cierto acercamiento entre las dos clases de cuerpos.

Pero no es éste el momento de desarrollar en sus diversas partes esenciales la comparación general entre cuerpos brutos y cuerpos vivos, lo cual será el tema especial de la sección fisiológica de este curso. Baste, por ahora, haber reconocido la necesidad lógica de separar la ciencia relativa a los primeros y la relativa a los segundos, y de no proceder al estudio de la *física orgánica* sino tras haber establecido las leyes generales de la *física inorgánica*.

Pasemos ahora a la determinación de la subdivisión principal de que es susceptible, según la misma regla, cada una de estas dos grandes mitades de la filosofía natural. Para la *física inorgánica*, vemos en primer lugar, conforme siempre al orden de generalidad y de dependencia de los fenómenos, que ha de ser dividida en dos secciones distintas, según se consideren los fenómenos generales del universo, o aquellos que se presentan en los cuerpos terrestres. De aquí, la física celeste o astronomía, ya sea geométrica, ya sea mecánica, y la física terrestre. La necesidad de esta división es exactamente igual a la anterior.

La filosofía natural debe comenzar con el estudio de los fenómenos astronómicos, que son los más generales, los más simples, los más abstractos de todos, ya que las leyes a que están sujetos influyen sobre las de los otros fenómenos, de las cuales, éstas al contrario son completamente independientes. En todos los fenómenos de la física terrestre se observan, en primer lugar, los efectos generales de la gravitación universal, además de otros que les son propios y que modifican los primeros. Se deduce que cuando se analiza el fenómeno terrestre más simple, no sólo un fenómeno químico, sino incluso simplemente mecánico, lo vemos más compuesto que el fenómeno celeste más complicado. Así, por ejemplo, el simple movimiento de un cuerpo pesado, incluso aunque no se trate de un sólido, presenta, cuando se tienen en cuenta todas las circunstancias determinantes, un tema de investigación más complicado que cualquier problema astronómico por muy difícil que éste sea. Semejante consideración muestra claramente la necesidad de separar la física celeste de la física terrestre y de no proceder al estudio de la segunda sino tras haber estudiado la primera, que es su base racional.

La física terrestre, a su vez, se subdivide según el mismo principio en dos partes muy distintas, según se traten los cuerpos desde el punto de vista mecánico o desde el punto de vista químico. De aquí, física propiamente dicha y química. Esta última, para ser considerada de una manera metódica, supone el previo conocimiento de la otra, pues todos los fenómenos químicos son más complicados que los fenómenos físicos. Dependen de éstos y no influyen sobre ellos. Todo el mundo sabe que una acción química está soportada en primer lugar a la influencia del peso, del calor, de la electricidad, etc., y presenta además alguna cosa propia que modifica la acción de los agentes precedentes. Esta consideración, que demuestra claramente que la química sigue a la física, la presenta además como una ciencia distinta. Pues cualquier opinión que se adopte respecto a las afinidades químicas, y aunque no se viera en ellas más que modificaciones de la gravitación general producida por la figura y por la disposición mutua de sus átomos, seguiría siendo incuestionable que la necesidad de considerar estas condiciones especiales, no permitirían tratar a la quí-

mica como un simple apéndice de la física. Se estará obligado en cualquier caso, aunque nada más sea por la facilidad de su estudio, a mantener la división y la dependencia que se observa hoy referente a la heterogeneidad de los fenómenos.

Ésta es, pues, la distribución racional de las principales partes de la ciencia general de los cuerpos brutos. Una división análoga se establece en la ciencia general de los cuerpos organizados.

Todos los seres vivos presentan dos órdenes de fenómenos esencialmente distintos, los relativos al individuo y los que conciernen a la especie, sobre todo cuando ésta es sociable. Esta distinción es fundamental, sobre todo respecto al hombre. El último orden de fenómenos es evidentemente más complicado y más particular que el primero; depende de éste sin influir en él. De aquí, dos grandes apartados en la *física orgánica*: la fisiología propiamente dicha y la física social que está basada en la primera.¹⁵

En todos los fenómenos sociales se observa en primer lugar la influencia de las leyes fisiológicas del individuo y alguna otra cosa particular que modifica los efectos y que afecta a la acción de unos individuos sobre otros, especialmente complicada en la especie humana debido a la acción de una generación sobre la siguiente. Es cierto que para estudiar, como es debido, los fenómenos sociales, hay que partir de un profundo conocimiento de las leyes relativas a la vida individual. Por otro lado, esta subordinación necesaria entre los dos estudios no implica, como algunos fisiólogos de primer orden han creído, que la física social sea un simple apéndice de la fisiología. Aunque los fenómenos sean ciertamente homogéneos, no son idénticos, y la separación de las dos ciencias es de una importancia capital. Pues sería imposible hacer el estudio colectivo de la especie como una simple deducción del estudio del individuo, ya que las condiciones sociales que modifican la acción de las leyes fisiológicas son precisamente su consideración más esencial. Así, la física social debe basarse en un cuerpo de observaciones directas que le sea propio, siempre considerando como conviene su íntima relación con la fisiología propiamente dicha.

Fácilmente se podría establecer una simetría entre la división de la física orgánica y esta últimamente expuesta para la física inorgánica: la distinción vulgar de la fisiología propiamente dicha en vegetal y animal. Sería fácil, en efecto, relacionar esta subdivisión con el principio de clasificación que estamos siguiendo, ya que los fenómenos de la vida animal se presentan, en general, como más complicados y más especiales que los de la vida vegetal. Pero la investigación de esta simetría concreta entrañaría algo de pueril, si ignorara o exagerara las analogías reales o las diferencias efectivas de los

15. El término *Sociología* ha sido introducido por Comte hacia el final de su curso (Leción XLVII, 1838).

fenómenos. Así pues, es cierto que la distinción entre fisiología vegetal y fisiología animal, que tiene gran importancia en la que he llamado *física concreta*, carece en absoluto de importancia para la *física abstracta*, la única que aquí se considera. El conocimiento de las leyes generales de la vida, que debe ser, según creo, el verdadero objeto de la fisiología, exige la consideración simultánea de toda la serie orgánica sin distinguir entre vegetal y animal, distinción que, por lo demás, va desapareciendo día a día, a medida que los fenómenos se estudian de una manera más profunda.

Insistimos, pues, en no considerar más que una sola división de la física orgánica, aunque hayamos establecido dos en la física inorgánica.

Resulta de esta discusión que la filosofía positiva está dividida en cinco ciencias fundamentales, cuya sucesión viene determinada por una subordinación necesaria e invariable, basada, independientemente de toda opinión hipotética, en la simple comparación de los fenómenos correspondientes; éstas son: la astronomía, la física, la química, la fisiología y la física social.¹⁶ La primera considera los fenómenos más generales, más simples, más abstractos y más alejados de la humanidad; influye sobre todas las otras y no es influenciada por las demás. Los fenómenos considerados por la última son, por el contrario, los más particulares, los más complicados, los más concretos y los más directos para el hombre; depende más o menos de todas las precedentes, sin ejercer sobre ellas ninguna influencia. Entre estos dos extremos, los grados de especialidad, de complicación y de personalidad de los fenómenos aumentan gradualmente, de la misma manera que su dependencia es sucesiva. Ésta es la íntima relación que la observación filosófica, convenientemente empleada, y no las vanas distinciones arbitrarias, establece entre las diversas ciencias fundamentales. Éste debe ser el plan del curso.

No he podido ofrecer aquí la exposición de las consideraciones principales sobre las que reposa esta clasificación. Para comprenderla del todo, será necesario, tras haberla visto de una manera general, examinarla con respecto a cada ciencia fundamental por separado. Esto será lo que haremos cuidadosamente al comenzar el estudio especial de cada parte de este curso. La construcción de esta escala enciclopédica, tomada sucesivamente a partir de cada una de las cinco grandes ciencias, le hará adquirir exactitud y sobre todo hará más evidente su solidez. Estas ventajas se harán además más patentes, cuando veamos la distribución interna de cada ciencia, según el mismo principio, lo que presentará todo el sistema de los conocimientos humanos descompuesto hasta en sus detalles secundarios, siguiendo siempre una consideración única: la del grado de abstracción más o menos

16. No son cinco ciencias, sino seis, ya que hay que añadir las matemáticas. Comte las añade al final de esta lección. Más adelante aún añadirá una séptima ciencia, la moral. A su muerte, preparaba dos volúmenes sobre la Moral Positiva.

grande de las concepciones correspondientes. Pero este trabajo, aparte de que nos llevaría demasiado lejos, estaría fuera de lugar en esta lección, en la que nuestro espíritu debe mantenerse en el nivel más general de la filosofía positiva.

III. CUATRO APLICACIONES DE LA CLASIFICACIÓN DE LAS CIENCIAS

Para apreciar tan completamente como sea posible la importancia de esta jerarquía de las ciencias, de la cual haré continuas aplicaciones a lo largo del curso, voy a señalar inmediatamente sus propiedades generales más esenciales.

Hay que señalar, como una verificación muy decisiva de la exactitud de esta clasificación, su conformidad esencial, con la coordinación, en cierta manera espontánea, que implícitamente se halla admitida por los científicos dedicados al estudio de las diferentes partes de la filosofía natural.

Es una condición, normalmente descuidada por los constructores de escalas enciclopédicas, la de presentar como diferentes las ciencias que a lo largo del tiempo el espíritu humano ha tratado, sin un empeño premeditado, separadamente, y la de establecer entre ellas una subordinación que sea conforme a las relaciones positivas que manifiesta su desarrollo cotidiano. Este acuerdo, sin embargo, es el índice más seguro de una buena clasificación, puesto que las divisiones surgidas espontáneamente, en el sistema científico, han sido determinadas por el sentimiento, largo tiempo manifestado, de las auténticas necesidades del espíritu humano, sin que se hayan perdido en generalidades viciosas.

Pero, aunque la clasificación aquí propuesta cumpliera enteramente esta condición, lo cual sería superfluo de demostrar, no se debería concluir que las normas, establecidas a través de la experiencia por los hombres de ciencia, harían inútil el trabajo enciclopédico que acabamos de realizar. Estas normas únicamente dieron una posibilidad a esta operación, que por lo demás presenta la diferencia fundamental de ser una especulación racional y no una clasificación meramente empírica. Además es necesario que esta clasificación sea concebida y sobre todo seguida con toda precisión y que su importancia sea convenientemente apreciada; será suficiente para convenirse, el considerar las graves infracciones que se cometen todos los días contra esta ley enciclopédica con gran perjuicio para el espíritu humano.

Un segundo carácter, muy esencial, de nuestra clasificación es el estar conforme con el orden efectivo del desarrollo de la filosofía natural. Es así como se verifica todo lo que se sabe de la historia de las ciencias, en especial en estos dos últimos siglos, en los que podemos seguir su marcha con más exactitud.

Se comprende, en efecto que el estudio racional de cada ciencia fundamental, por exigir el conocimiento previo de todas aquellas que la preceden en nuestra jerarquía enciclopédica, no ha podido hacer progresos reales y tomar su auténtico carácter más que tras el gran desarrollo de las ciencias anteriores, que tratan de fenómenos más generales, más abstractos, menos complicados e independientes de todos los otros. Así es como esta progresión, aunque simultánea, ha tenido lugar.

Esta consideración me parece tan importante, que creo que sin ella no es posible comprender la historia del espíritu humano. La ley general que domina esta historia, y que he expuesto en la lección anterior, no puede entenderse bien si no se la combina en la práctica con la fórmula enciclopédica que acabamos de establecer. Siguiendo el orden enunciado en esta fórmula es como las teorías humanas han alcanzado sucesivamente el estado teológico en primer lugar, luego el metafísico y por último el estado positivo. Si no se tiene en cuenta en el uso la ley de esta progresión necesaria, se caerá a menudo en dificultades que parecerán insuperables, ya que resulta evidente que el estado teológico o el metafísico de ciertas teorías fundamentales han coincidido temporalmente e incluso aún coinciden con el estado positivo de aquellas que son anteriores en nuestro sistema enciclopédico, lo cual produce en la verificación de la ley general una obscuridad que sólo se puede disipar con la clasificación precedente.

En tercer lugar, esta clasificación ofrece la destacada propiedad de señalar la perfección exacta de las diferentes ciencias, la cual consiste esencialmente en el grado de precisión de los conocimientos y su coordinación, más o menos íntima.

Fácil es comprender que, según los fenómenos son más generales, más simples y más abstractos, menos dependen de los otros y más precisos son los conocimientos que a ellos se refieren, a la par que su coordinación puede ser más completa. Así, los fenómenos orgánicos implican un estudio a la vez menos exacto y menos sistemático que los fenómenos de los cuerpos brutos. De igual manera, en la física inorgánica, los fenómenos celestes, vista su gran generalidad y su independencia con respecto a los otros, han dado lugar a una ciencia mucho más precisa y mucho más coherente que la de los fenómenos terrestres.

Esta observación, tan singular en el estudio efectivo de las ciencias y que a menudo ha creado esperanzas quiméricas o injustas comparaciones, se halla completamente explicada con el orden enciclopédico que he establecido. Tendré ocasión, naturalmente, de darle toda la extensión que merece en la lección próxima, al mostrar que la posibilidad de aplicar al estudio de los diversos fenómenos, el análisis matemático, el cual es el medio más seguro de proporcionar a este estudio el más alto grado posible de precisión y de coordinación, se encuentra exactamente determinado por el lugar que

ocupan estos fenómenos en mi escala enciclopédica. No quiero pasar adelante sin prevenir al lector contra un error muy grave, que no por tosco es menos frecuente. Consiste en confundir el grado de precisión de nuestros diferentes conocimientos con su grado de certeza, de donde resulta el peligroso prejuicio de que siendo el primero muy desigual, deba suceder lo mismo con el segundo. Así, se habla todavía hoy, aunque cada vez con menos frecuencia, de la desigual certeza de las diversas ciencias, lo que conduce a desalentar el estudio de aquellas que son más difíciles. Sin embargo, está bien claro que la precisión y la certeza son dos cualidades muy diferentes. Una proposición completamente absurda puede ser extremadamente precisa, como por ejemplo decir que la suma de los ángulos de un triángulo es igual a tres rectos. Y una proposición muy cierta puede ser de una precisión mediocre, como por ejemplo cuando se afirma que todo hombre morirá. Si según esta explicación, las diversas ciencias deben presentar una precisión muy desigual, no sucede en absoluto lo mismo con su certeza. Cada una puede ofrecer resultados tan ciertos como los de las restantes, siempre que sepa sacar sus conclusiones con el grado de precisión que implican los fenómenos correspondientes, condición que no siempre es fácil de cumplir. En una ciencia cualquiera, todo aquello que es simplemente conjetura, no es sino más o menos probable, y no es precisamente esto lo que compone su dominio esencial; todo aquello que es positivo, es decir, basado en hechos bien constatados, es cierto: no hay posibilidad de distinción a este respecto.

Por último, la propiedad más interesante de nuestra fórmula enciclopédica, debido a su importancia y a la cantidad de sus aplicaciones inmediatas, es la de determinar directamente el auténtico plan general de una educación científica, enteramente racional, lo cual se aplica prácticamente con la simple ejecución de la fórmula.

Parece evidente, en efecto, que antes de empezar el estudio metódico de alguna de las ciencias fundamentales, hay que estar preparado mediante el estudio de aquellas otras que traten de los fenómenos anteriores en nuestra escala enciclopédica, ya que éstos influyen siempre de una manera decisiva sobre aquellos otros de los que nos proponemos conocer sus leyes. Esta consideración es tan notable, que a pesar de su enorme importancia práctica, no creo tener que insistir, en este momento, sobre un principio que más adelante surgirá al tratar de cada ciencia fundamental. Me limitaré únicamente a señalar que si es aplicable a la educación general, también lo es, en particular, a la educación especializada de los hombres de ciencia.

Así, los físicos que no han estudiado previamente la astronomía, aunque nada más fuere de una manera general; los químicos que antes de ocuparse de su ciencia propia, no han estudiado previamente la astronomía y después la física; los fisiólogos que no se han preparado para sus trabajos

especializados con un estudio preliminar de la astronomía, de la física y de la química, carecen de las condiciones fundamentales para su desarrollo intelectual. Más evidente aún resulta para aquellos que quieren ocuparse del estudio positivo de los fenómenos sociales sin haber adquirido previamente un conocimiento general de la astronomía, de la física, de la química y de la fisiología.

Como tales condiciones son raramente cumplidas en nuestros días, y como ninguna institución regular está organizada para cumplirlas, podemos asegurar que no existe aún para los hombres de ciencia una educación verdaderamente racional. Esta consideración me parece tan importante, que no dudo en atribuir a este vicio de nuestras educaciones actuales el estado de imperfección extrema en que vemos aún las ciencias más difíciles, estado auténticamente inferior al que sería necesario, para la naturaleza más complicada de los fenómenos correspondientes.¹⁷

En relación a la educación general, esta condición es aún más necesaria. La creo tan indispensable, que veo la enseñanza científica como algo incapaz de realizar los resultados generales más esenciales, que debería producir en la sociedad, para la renovación del sistema intelectual, si estas distintas partes principales de la filosofía natural, no son estudiadas en un orden conveniente. No olvidemos que en casi todas las mentes, incluso en las más distinguidas, las ideas permanecen normalmente encadenadas siguiendo el orden de su adquisición primera; por consiguiente, es un mal irremediable el de no haber comenzado por donde se debía. En cada siglo, no se han dado sino unos escasos pensadores capaces de hacer en su madurez una auténtica «tabula rasa», para reconstruir por completo el sistema entero de sus ideas adquiridas. Éste es el caso de Bacon, Descartes y Leibniz.

La importancia de nuestra ley enciclopédica, por servir de base a la educación científica, no puede ser convenientemente apreciada más que al considerarla en relación al método, en lugar de considerarla únicamente, como acabamos de hacerlo, con respecto a la doctrina.

Desde este nuevo punto de vista, la ejecución conveniente del plan general de estudios que hemos determinado debe dar como resultado necesario el procurarnos un conocimiento perfecto del método positivo, que de ninguna otra manera podría ser obtenido.

En efecto, los fenómenos naturales se han clasificado de tal manera, que aquellos que son realmente homogéneos están siempre comprendidos en un mismo estudio, mientras que los que pertenecen a estudios diferentes,

17. Comte escribía a un «proletario positivista»: «Felicítese de no haber estudiado la gramática, ni tan siquiera, así lo espero, la lógica.» Esto le ha evitado, añade, «esas viciadas costumbres de la educación clásica, esa peligrosa habilidad de expresar aquello que no se siente, lo cual es lo único que resulta de la educación actual».

son efectivamente heterogéneos, de donde resulta que el método positivo general será constantemente modificado, de una manera uniforme, durante el transcurso de una misma ciencia fundamental, y experimentará sin cesar modificaciones diferentes y cada vez más complejas, al pasar de una ciencia a otra. Tendremos así la certeza de considerarlo en todas las variedades reales de que es susceptible, lo que no hubiera podido suceder si hubiéramos adoptado una fórmula enciclopédica que no cumpliera con las condiciones esenciales.

Esta nueva consideración es de una importancia capital, porque si, como hemos visto en la última lección, resulta imposible conocer el método positivo, cuando se le quiere estudiar separado de su uso, hoy hay que añadir que no se puede formar de él una idea clara y exacta sino estudiando sucesivamente y en el orden conveniente su aplicación a todas las distintas clases de fenómenos naturales. Una sola ciencia no sería suficiente para alcanzar este fin, aunque fuera escogida lo más juiciosamente posible, pues sin bien el método es esencialmente idéntico para todas, sin embargo cada ciencia desarrolla en especial alguno de sus procedimientos característicos, cuya influencia, poco destacada en las otras ciencias, quedaría inadvertida. Así, por ejemplo, para algunas partes de la filosofía será la observación propiamente dicha, para otras, la experiencia o alguna clase de experiencias, lo que constituirá el principal medio de exploración. Igualmente, un determinado precepto general que forma parte integrante del método, fue proporcionado primitivamente por una determinada ciencia, y aunque éste haya podido ser utilizado por las otras, será en su fuente donde habrá que estudiarlo para conocerlo mejor; por ejemplo, la teoría de las clasificaciones.

Limitándose al estudio de una ciencia única, sin duda habría que escoger la más perfecta, para tener un conocimiento más profundo del método positivo. Ahora bien, siendo la más perfecta al mismo tiempo la más simple, no se tendría del método más que un conocimiento muy incompleto, ya que no se considerarían aquellas modificaciones esenciales que son necesarias para adaptarse a los fenómenos más complicados. Cada ciencia fundamental tiene, pues, a este respecto unas ventajas que le son propias, lo que prueba claramente la necesidad de considerarlas todas, so pena de formarse unas concepciones demasiado estrechas y unos hábitos insuficientes. Como habrá de repetirse a menudo esta consideración a lo largo del curso, inútil es desarrollarla con más amplitud en este momento.

Sin embargo, hablando siempre del método, debo aún insistir en la necesidad de no estudiar sólo filosóficamente las diversas ciencias fundamentales, sino de estudiarlas siguiendo el orden enciclopédico establecido en esta lección. ¿Qué puede producir de racional un espíritu, a menos que disponga de una gran superioridad natural, dedicado al estudio de

los fenómenos más complicados, sin haber conocido previamente, mediante el examen de los fenómenos más simples, qué sea una *ley*, qué el *observar*, qué una concepción positiva, qué incluso un razonamiento continuado? Éste es, sin embargo, aún hoy, el camino ordinario de nuestros jóvenes fisiólogos, que abordan de inmediato el estudio de los cuerpos vivos sin tener más preparación que el estudio preliminar de una o dos lenguas muertas, y no teniendo, a lo sumo, más que un conocimiento superficial de la física y de la química, un conocimiento casi nulo del método, ya que no se ha podido aprender de una manera racional, ni considerado el verdadero punto de partida de la filosofía natural. Se puede imaginar cuán importante sea reformar un plan de estudios tan viciado. Por lo mismo, y respecto a los fenómenos sociales, que son aún más complicados, ¿no será un gran paso por parte de las sociedades modernas, para volver a un estado verdaderamente normal, el haber reconocido la necesidad lógica de no proceder al estudio de estos fenómenos, más que después de haber recorrido todo el camino intelectual, mediante el profundo examen filosófico de todos los fenómenos anteriores? Se puede afirmar con precisión que ésta es la principal dificultad, ya que pocas mentes quedan hoy que no estén convencidas de que los fenómenos sociales hay que estudiarlos según el método positivo. Únicamente para aquellos que se ocupan, y que no saben ni pueden saber exactamente en qué consiste este método, por no haberlo visto en sus aplicaciones anteriores, esta máxima ha permanecido estéril hasta el presente, para la renovación de sus teorías sociales que aún no han salido del estado teológico o del estado metafísico, pese a los esfuerzos de estos pretendidos reformadores positivos. Estas consideraciones serán desarrolladas más adelante. Únicamente me limito aquí a indicarla, para hacer apreciar todo el alcance de la concepción enciclopédica que he expuesto en esta lección.

Éstos son, pues, los cuatro puntos de vista principales que hacen resaltar la importancia general de la clasificación racional y positiva, establecida más arriba para las ciencias fundamentales.

Con el fin de completar la exposición general del plan de este curso, fáltame considerar ahora una laguna inmensa y capital, de la que he renunciado expresamente en mi fórmula enciclopédica, y que el lector sin duda ya habrá observado. En efecto, en el sistema científico expuesto no hemos tocado en absoluto el rango debido a las ciencias matemáticas.

El motivo de esta omisión voluntaria está en la importancia misma de esta ciencia, tan amplia y tan fundamental. La próxima lección estará enteramente consagrada a la determinación exacta de su verdadero carácter general, y por consiguiente a la fijación concreta de su rango enciclopédico. Pero para no dejar incompleto el gran cuadro que he intentado presentar en

esta lección, debo indicar someramente y con anticipación los resultados generales del examen que realizaremos en la próxima lección.

En el estado actual del desarrollo de nuestros conocimientos positivos, me parece que es interesante ver las matemáticas menos como una parte consiguiente de la filosofía natural propiamente dicha, que como la verdadera base fundamental de toda esta filosofía, por lo menos después de Descartes y Newton, aunque hablando exactamente sea lo uno y lo otro. Hoy, en efecto, la ciencia matemática es bastante menos importante por los conocimientos muy reales y muy valiosos que la componen directamente, que como instrumento muy poderoso que puede emplear el espíritu humano en la investigación de las leyes de los fenómenos naturales.

En una concepción, perfectamente clara y rigurosamente exacta al respecto, veremos que las matemáticas se deben dividir en dos grandes ciencias cuyos caracteres son esencialmente distintos: la matemática abstracta o *cálculo*, tomando esta palabra en su más amplia extensión, y las matemáticas concretas, que se componen, por un lado, de la geometría general y, por otro, de la mecánica racional. La parte concreta está necesariamente basada en la parte abstracta y, a su vez, llega a ser la base directa de la filosofía natural, al considerar en la medida de lo posible todos los fenómenos del universo como geométricos y mecánicos.

La parte abstracta es la única puramente instrumental, no siendo otra cosa sino una gran extensión admirable de la lógica natural en un cierto orden de deducciones.¹⁸ La geometría y la mecánica deben considerarse, por el contrario, como verdaderas ciencias naturales, basadas como las restantes en la observación, aunque, por la extrema simplicidad de sus fenómenos, implican un grado infinitamente más perfecto de sistematización, lo cual ha hecho desconocer algunas veces el carácter experimental de sus primeros principios. Pero estas dos ciencias físicas tienen de particular que en el estado actual del espíritu humano son y serán siempre empleadas como método más que como doctrina.

Es, pues, evidente que al colocar las ciencias matemáticas a la cabeza de la filosofía positiva, no hacemos más que extender la aplicación de este mismo principio de clasificación, basado en la dependencia sucesiva de las ciencias como resultado del grado de abstracción de sus fenómenos respectivos, que nos ha proporcionado la serie enciclopédica establecida en esta lección. No hacemos sino restituir a esta serie su verdadero primer término, cuya importancia propia exigía un examen especial más desarrollado. Se ve, en efecto, que los fenómenos geométricos y mecánicos son, entre todos, los

18. Es una lástima que Comte no haya analizado más profundamente esta lógica natural (¿se reduce al principio de identidad?) y esta deducción (¿difiere algo del silogismo?). Tal vez temía caer en los errores de la antigua lógica, la cual él ha borrado de la lista de las ciencias fundamentales.

más generales, los más simples, los más abstractos, los más irreducibles y los más independientes con respecto a los demás, de los cuales son por el contrario su base. Paralelamente se concibe que su estudio sea un preliminar indispensable al de todos los otros órdenes de fenómenos. Las matemáticas son las que deben constituir el verdadero punto de partida de toda educación científica y racional, ya sea general o especializada, lo cual explica el uso universal que tiene esta ciencia desde hace tiempo, aunque antiguamente su uso no tuviera otra razón de ser que su primacía en el tiempo. Debo limitarme ahora a señalar muy rápidamente estas diversas consideraciones, que han de ser el objeto principal de la lección siguiente.

Hemos determinado exactamente en esta lección, no según vanas especulaciones arbitrarias, sino considerando el tema como un auténtico problema filosófico, el plan racional que ha de guiarnos constantemente en el estudio de la filosofía positiva. Así resulta: la matemática, la astronomía, la física, la química, la fisiología y la física social, ésta es la fórmula enciclopédica, que entre el gran número posible de clasificaciones de las seis ciencias fundamentales, es la única lógicamente conforme con la jerarquía natural e invariable de los fenómenos. No quiero insistir más en la importancia de este resultado, que el lector debe ir haciendo familiar, para aplicarlo continuamente a lo largo del curso.

La consecuencia final de esta lección, expresada de la manera más sencilla, consiste en la explicación y justificación del gran cuadro sinóptico colocado al principio de la obra [*ver páginas 77, 78 y 79*], y en la construcción del cual me he esforzado en seguir tan rigurosamente como me ha sido posible, para la distribución interior de cada ciencia fundamental, el mismo principio de clasificación que acaba de proporcionarnos la serie general de las ciencias.

CUADRO SINÓPTICO DEL CONJUNTO DEL CURSO DE FILOSOFÍA POSITIVA DE AUGUSTO COMTE, antiguo alumno de la Escuela Politécnica¹

PRELIMINARES GENERALES (2):

1. Exposición del objetivo de este curso, o consideraciones generales sobre la naturaleza e importancia de la filosofía positiva (1)
2. Exposición del plan de este curso, o consideraciones generales sobre la jerarquía de las ciencias positivas (1)

MATEMÁTICAS (16):

Consideraciones filosóficas acerca del conjunto de la ciencia matemática (1)

Consideraciones generales acerca de:

- **cálculo (6)**
 1. Visión general del análisis matemático (1)
 2. Cálculo de las funciones directas (1)
 3. Cálculo de las funciones inversas (2)
 4. Cálculo de las variaciones (1)
 5. Cálculo de las diferencias finitas (1)
- **geometría (5):**
 1. Visión general de la geometría (1)
 2. La geometría de los antiguos (1)
 3. Concepción fundamental de la geometría analítica (1)
 4. Estudio general de las líneas (1)
 5. Estudio general de las superficies (1)
- **mecánica racional (4):**
 1. Principios fundamentales de la mecánica (1)
 2. Visión general de la estática (1)
 3. Visión general de la dinámica (1)
 4. Teoremas generales de mecánica (1)

CIENCIAS DE LOS CUERPOS BRUTOS:

ASTRONOMÍA (9):

Consideraciones filosóficas acerca de la ciencia astronómica (1)

Consideraciones generales acerca de:

- **astronomía geométrica** (4):
 1. Exposición general de los métodos de observación (1)
 2. Estudio de los fenómenos geométricos de los cuerpos celestes (1)
 3. Teoría del movimiento terrestre (1)
 4. Leyes de Kepler (1)
- **astronomía mecánica** (3):
 1. Ley de la gravitación universal (1)
 2. Apreciación filosófica de esta ley (1)
 3. Explicación de los fenómenos celestes por esta ley (1)

Consideraciones acerca de la cosmogonía positiva (1)

FÍSICA (9):

Consideraciones filosóficas acerca del conjunto de la física (1)

Consideraciones generales acerca de:

- **barología** (1)
- **termología** (2):
 1. Estudio experimental de los fenómenos caloríficos (1)
 2. Teoría matemática de estos fenómenos (1)
- **acústica** (1)
- **óptica** (2)
- **electrología** (2)

QUÍMICA (6):

Consideraciones generales acerca de la química (1)

Consideraciones generales acerca de:

- **química inorgánica** (3)
 1. Cuadro general de la química inorgánica (1)
 2. Doctrina de las proporciones definidas (1)
 3. Teoría electro-química (1)
- **química orgánica** (2)

CIENCIAS DE LOS CUERPOS ORGANIZADOS:

FISIOLOGÍA (12):

Consideraciones filosóficas acerca del conjunto de la ciencia fisiológica (1)

Consideraciones generales acerca de:

- **estructura y composición de los cuerpos vivos** (1)
- **clasificación de los cuerpos vivos** (1)
- **fisiología vegetal** (2)
- **fisiología animal** (3)
- **fisiología intelectual y afectiva** (4):
 1. Examen de las antiguas teorías (2)
 2. Exposición de las teorías positivas (2)

FÍSICA SOCIAL (15):

Introducción (2):

1. Consideraciones generales acerca de la necesidad y la oportunidad de la física social (1)
2. Examen de las principales tentativas realizadas hasta hoy para iniciarla (1)

Método (3):

1. Caracteres del método positivo aplicado al estudio de los fenómenos sociales (2)
2. Relaciones de la física social con las otras ramas de la filosofía natural (1)

Ciencia (10):

1. Consideraciones acerca de la estructura general de las sociedades humanas (1)
2. Ley natural fundamental del desarrollo de la especie humana considerada en su conjunto (1)
3. Estudio histórico sobre la marcha de la civilización:
 - época teológica:
 - Fetichismo (1)
 - Politeísmo (1)
 - Monoteísmo (1)
 - época metafísica (2)
 - época positiva (3)

RESUMEN GENERAL Y CONCLUSIÓN (3):

1. Resumen del método positivo
2. Resumen de la doctrina positiva
3. Futuro de la filosofía positiva

⁽¹⁾Este cuadro corresponde al Curso oral, dado en 72 lecciones, y no al Curso escrito, que consta de 60. Las cifras entre paréntesis indican el número de lecciones.

DISCURSO SOBRE EL ESPÍRITU POSITIVO

PRÓLOGO

Augusto Comte es, como se sabe, el fundador del positivismo. El positivismo es el movimiento intelectual dominante en la segunda mitad del siglo XIX, cuyas raíces pueden perseguirse claramente hasta Kant y la Ilustración —sobre todo, en su aspecto enciclopedista—, y, con menos nitidez, hasta Descartes y Bacon, y cuyas ramificaciones penetran en nuestra centuria y se extienden todavía por ciertos sectores del ámbito filosófico de nuestros días. Pero sería un error identificar, sin más, a Augusto Comte con el positivismo aunque le corresponda a él su indiscutible paternidad. Esta filosofía, que se propagó rápidamente por Inglaterra y Alemania, adquirió formas y acentos muy diferentes de los que le imprimió su fundador, y tal vez las más fecundas intuiciones comtianas fuesen, precisamente, las que menos eco encontraron en sus seguidores, y las que hoy nos permiten salvar a Comte, con todos los honores, del naufragio casi general del pensamiento positivista.

Sin embargo, es indudable, por otra parte, que el término «positivismo» no es tampoco un puro equívoco, sino que conserva un núcleo de significación aplicable por igual a todas las filosofías que designa, inclusive la de Comte. Si buscásemos cuál es ese contenido común lo encontraríamos resumido en dos grandes rasgos: uno, por paradoja, negativo: la proscripción de toda metafísica; el otro, efectivamente, *positivo*: la exigencia rigurosa de atenerse a los *hechos*, a la *realidad*, en cualquier género de investigación. Ambos rasgos se implican, dentro de la concepción positivista, y se funden en el siguiente postulado gnoseológico, tan radical como, en el fondo, inconsecuente: no hay más saber, en el recto y estricto sentido de esta palabra, que el *científico* —se entiende el de la ciencia natural—; cualquier presunto género de conocimiento que no responda al tipo de normatividad metodológica o no reproduzca el modelo logicoestructural de aquél es pura logomaquia sin contenido real.

Esto significa, como bien se advierte, en primer lugar, una declaración de nulidad para lo que hasta entonces se vino entendiendo por filosofía, y especialmente para la metafísica. Para el positivismo, en efecto, no hay razón alguna que justifique el establecer diferencia esencial entre ciencia y filosofía, siempre que esta última palabra se entienda en un nuevo sentido, que es..., precisamente, el de la ciencia. La *petitio principii* es flagrante y muestra claramente el gran vicio de origen que late en el concepto positivista de la filosofía. Ésta tendrá que resignarse en lo sucesivo a ser *ancilla scientiae* o renunciar a su derecho de ciudadanía —y aun de existencia— en la gran república del saber. Toda especulación intelectual que no cumpla la condición de *científica* será considerada vitanda y atentatoria a los altos intereses de la auténtica sabiduría. Ahora bien, tal es el caso de la metafísica, en cualquiera de sus formas.

A la actitud general consistente en el intento de someter, de un modo u otro, la filosofía al canon del conocimiento científico, vamos a llamarla *scientismo*. El scientismo es la contrapartida de la negación de la metafísica, y ambas tendencias, discurriendo en paralelismo y reciprocidad, constituyen una constante del pensamiento contemporáneo que, desde el siglo XVIII, viene modulando en distintos tonos y con diferentes supuestos, su ya larga e insistente melodía. Variaciones de esta temática general son el enciclopedismo, la filosofía de Kant, el positivismo, el neokantismo, la misma fenomenología de Husserl, y, todavía, en nuestros días, el neopositivismo de la escuela logística de Viena: Reichenbach, Carnap. (No es necesario decir que estas tendencias, por lo demás, responden a motivaciones teóricas considerablemente dispares, y a veces, inclusive, opuestas.) La filosofía queda así reducida a ser, o bien una reflexión sobre la ciencia (teoría del conocimiento, lógica, teoría de la ciencia), o bien una mera coordinación o sistematización de los resultados de las ciencias particulares —*enciclopedia*—, cuyo conjunto orgánico se considera entonces como la ciencia universal y ésta es la aspiración del positivismo.

(Otra cuestión completamente distinta es la de si esta pretensión es realizable. Una de las grandes conquistas del pensamiento de nuestro tiempo ha consistido, precisamente, en poner de manifiesto la interna contradicción en que se mueve toda doctrina filosófica que hace profesión de antimetafisicismo; en haber descubierto cómo en el trasfondo de todas ellas hay una metafísica inconfesada. Hoy sabemos que la fertilidad intelectual de tales filosofías ha radicado en su involuntaria contribución al replanteamiento de los problemas del ser sobre nuevas bases, y que en la medida en que llevan en su seno esos gérmenes metafísicos se salvan como filosofías. La expresión «criptometafísica» —usada por Heimsöth para caracterizar cierta interpretación de la filosofía de Kant y aplicada por Scheler al positivismo— refleja bastante bien esta manera

elíptica y como furtiva de instalación en la tierra prohibida de la última realidad.)

En esta primera aproximación al positivismo no encontramos en él nada que le sea enteramente peculiar; nos limitamos a verlo alojado dentro de una corriente general de pensamiento que trasciende ampliamente de sus propios límites —doctrinales e incluso cronológicos—. Visto bajo este aspecto único y en tan lejana perspectiva, apenas si podríamos apreciar en él, como carácter diferencial con respecto a las demás tendencias afines, una variación puramente intensiva: la de la mayor radicalidad en el mantenimiento de su postulado común: el *scientismo antimetafísico*. Vamos a considerarlo ahora en planos más próximos, abandonando el punto de vista genérico y concentrando un poco la mirada sobre lo que el positivismo fue en su *status nascens*, es decir, en Augusto Comte.

La iniciación de la vida intelectual de Comte coincide con el auge del idealismo alemán. El criticismo de Kant se había convertido fulminantemente, en manos de sus discípulos inmediatos, en un nuevo «dogmatismo» de gran estilo: su idealismo *trascendental*, que rechazaba la metafísica como «ciencia», aunque reconociendo su licitud «como disposición natural», mostró su fecundidad precisamente metafísica —gracias, sobre todo, a la puerta abierta por el «primado de la razón práctica»— al resolverse en idealismo absoluto en los grandes sistemas de Fichte, Schelling y Hegel. Este breve período de alta tensión metafísica brota con el esplendor y la fugacidad de una llamarada —esta condición impetuosa es lo único, quizá, que puede legitimar la denominación de «romántica» con que se suele conocer tal filosofía—. En el espacio de unos treinta años se produce su eclosión entera y se inicia su rápida declinación; las largas consecuencias que debía tener para la historia de la filosofía sólo se dejarán sentir mucho más tarde. Como fecha simbólica de esa declinación se puede fijar la de la muerte de Hegel: 1831. Un año antes terminaba de exponer Comte, en su famoso *Curso*, la idea ya madura de la filosofía positiva. Dominaba entonces en Francia el *espiritualismo* de Víctor Cousin, doctrina ecléctica sin nervio ni hondura, que procedía de Maine de Biran y acogía conceptos del idealismo alemán y de la escuela escocesa del *common sense*. El que una filosofía de tan cortos vuelos pudiese alzarse con la primacía mental es un signo más de la situación de franca decadencia en que se encontraba el impulso metafísico creador que estos años críticos.

Coincidiendo con este proceso descendente, y en contraste con él, se produce otro ascendente: el de las ciencias de la Naturaleza, que enriquecen su prestigio con nuevas victorias técnicas y ensanchan cada vez más el área de su influjo social e intelectual.

Comte se hace el intérprete brillante de esta doble y contraria basculación espiritual, abriendo con ello una nueva etapa del pensamiento filosófico

europeo. Dio a su doctrina el nombre de «filosofía positiva»,¹ de donde tomó el suyo el movimiento entero, condensando en ese adjetivo la esencia y el programa del nuevo saber, como lo declara su propio autor al enumerar —en el capítulo III de la primera parte del *Discurso*— las «diversas acepciones» de la palabra *positivo*, las cuales —dice— «resumen los atributos del verdadero espíritu filosófico».²

Véanlas:

1ª—...«en su acepción más antigua y más común, la palabra positivo designa lo *real*, por oposición a lo quimérico».

2ª—Lo *útil*, por contraste con lo inútil.

3ª—La *certeza*, opuesta a la indecisión.

4ª—Lo *preciso*, frente a lo vago.

5ª—Positivo, como lo contrario de *negativo*.

6ª—Lo *relativo*, en sustitución de lo absoluto.

Estas denotaciones semánticas, que por sí mismas no dicen demasiado —Comte las acompaña de pequeñas exégesis aclaratorias—, pueden servirnos como pauta para una comprensión mínima de la teoría positivista del conocimiento, la cual, de paso, arrojará también alguna luz sobre su concepción de la realidad. Siguiéndolas, en sumaria glosa, se nos hará visible el sentido de estos postulados esenciales.

LOS POSTULADOS DEL SABER POSITIVO

La exigencia de realidad. Se trata del postulado fundamental. Comte nos aclara que con esta exigencia, se pretende limitar el conocimiento filosófico «a las investigaciones verdaderamente asequibles a nuestra inteligencia, con exclusión permanente de los impenetrables misterios con que se ocupaba, sobre todo en su infancia». Ahora bien, lo asequible a nuestra inteligencia es lo que el positivismo llama *los hechos*. Comte establece, «como *regla fundamental*, que toda proposición que no pueda reducirse estrictamente al mero enunciado de un hecho, particular o general, no puede ofrecer ningún sentido real e inteligible». Pero, ¿qué son *los hechos*? Pues hechos son las cosas o acontecimientos accesible a la observación, o dicho de otro modo, hechos son *fenómenos* u objetos de experiencia. Esta exigencia va contra

1. Según Littré, esta expresión la usaba ya Saint-Simón, pero no en el nuevo sentido que le infundiría Comte, sino sólo para designar el conjunto de las ciencias.

2. Las frases entrecomilladas, mientras no se haga advertencia en contra, pertenecen al *Discurso sobre el espíritu positivo*, de Comte. Utilizo para citar, la edición de la «Revista de Occidente», Madrid, 1934 (traducción de J. Marías).

toda construcción especulativa, contra toda elaboración *a priori* o puramente racional de conocimientos —en suma, en lenguaje positivista, contra toda *metafísica*—. Con lo cual el positivismo quedaría caracterizado, en primer lugar, como un *empirismo*. Y, en efecto, esto es lo que llegó a ser decididamente el positivismo posterior a Comte. Pero en Comte el arranque inicial hacia el empirismo queda neutralizado con importantes concesiones a la razón. Sin dejar de mantener el principio de «la subordinación constante de la imaginación a la observación», nos advierte, sin embargo, que «una viciosa interpretación ha conducido con frecuencia a abusar mucho de este gran principio lógico, para hacer degenerar la ciencia real en una especie de estéril acumulación de hechos incoherentes»... «Importa, pues, mucho —agrega— percatarse de que el verdadero espíritu positivo no está menos lejos, en el fondo, del empirismo que del misticismo; entre estas dos aberraciones igualmente funestas, debe avanzar siempre.» Y también:... «la verdadera ciencia, lejos de estar formada de meras observaciones, tiende siempre a dispensar, en cuanto es posible, de la exploración directa, sustituyéndola por aquella previsión racional que constituye, por todos aspectos, el principal carácter del espíritu positivo...» No se deberá «nunca confundir la ciencia real con esa vana *erudición* que acumula hechos maquinalmente sin aspirar a deducirlos unos de otros».

El modelo para este tipo de conocimiento lo proporciona, evidentemente, la ciencia natural. La «revolución fundamental» del saber positivo «consiste esencialmente en sustituir en todo a la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, la mera investigación de las *leyes*, es decir, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados». Y el supuesto que legitima este saber es lo que Comte llama «el dogma de la invariabilidad de las leyes naturales». El positivismo aparece, pues, desde otro punto de vista, como un *naturalismo*. Hasta de la sociología —la nueva ciencia por él fundada—, que incluye la moral, quiere hacer Comte una «física social».

El imperativo de realidad tiene aún un tercer sentido. La metafísica, al entregarse al juego especulativo con puras ideas abstractas, acaba por hacer de la ley de las ideas la ley de lo real, lo que tiene como consecuencia la subsunción final de toda realidad en la región propia de las ideas, es decir, en el yo. Se convierte, así, en idealismo. El recurso de las ideas a las cosas que el positivismo nos propone implica la restitución de la realidad, desde el ámbito del yo a su lugar natural, que es precisamente el de la *res*, en cuanto lo distinto del yo. El positivismo se sitúa así, al menos como inspiración inicial, bajo el signo metafísico del *realismo*. (Iremos viendo a lo largo de este examen cómo en Comte aparecen en modo meramente incoativo muchas tendencias que luego no se plenifican.)

La enérgica llamada a los hechos encontró un eco profundo en todas las

grandes filosofías posteriores, aun en las más alejadas de la concepción positivista y aún vibran sus graves resonancias en los hondos senos del pensamiento actual.

Sin embargo, hay que decir también que el positivismo traicionó su propio principio al dar de los *hechos* y de la *realidad* una interpretación demasiado angosta. Ignoró, por ejemplo, que lo *ideal* también tiene un carácter *fáctico*, y, sobre todo desconoció que lo que él entendía por hechos —cosas o fenómenos de la experiencia— son ya interpretaciones de la inmediata realidad, y no ésta misma. De este modo, pensando huir de lo abstracto y arraigar en lo concreto, incurría sin saberlo en una nueva e ingente abstracción.

«*Voir pour prévoir*»: *destino práctico del conocimiento*. El segundo carácter del saber positivo es la *utilidad*. Comte precisa el sentido de esta palabra: quiere decir aquí que el verdadero conocimiento no tiene su fin en sí mismo —lo cual lo reduciría a «estéril curiosidad»—, sino en «el mejoramiento continuo de nuestra verdadera condición, individual y colectiva». Descubrimos ahora las verdaderas raíces de aquella exigencia de «previsión racional» en la ciencia, que, según hemos visto, salvaba a Comte del empirismo radical. «Así, el verdadero espíritu positivo consiste, ante todo, en ver *para prever*, en estudiar lo que es, a fin de concluir de ello lo que será.» El fin de todo auténtico conocimiento es el mejoramiento del ser humano —lo cual, como veremos, constituye la esencia misma de la idea de *progreso* en Comte—. La orientación de la verdadera filosofía consiste en «concebir todas nuestras especulaciones como productos de nuestra inteligencia destinados a satisfacer nuestras diversas necesidades esenciales, no apartándose nunca del hombre, sino para volver mejor a él, después de haber estudiado los otros fenómenos, como indispensables de conocer, sea para desarrollar nuestras fuerzas o para apreciar nuestra naturaleza y nuestra condición...». «En efecto, el estudio positivo de la Naturaleza empieza hoy a estimarse universalmente, sobre todo como base racional de la acción de la Humanidad sobre el mundo exterior.»

Lo que, desde el punto de vista de la estructura del saber, se nos presentaba como un *naturalismo*, se nos ofrece ahora, mirado desde el ángulo de su última finalidad, como un *humanismo*. Este rasgo humanístico del pensamiento de Comte, a pesar de su deformación colectivista, es otro de los títulos de honor del primer positivismo ante la posteridad.

El «gran destino práctico» de la «positividad», al hacer del hombre el último fin de todo saber, postula también una ciencia de lo moral, lo social y lo político —unificada por Comte en la sociología— con sus técnicas correspondientes.

No hace falta ponderar el punzante, actualísimo, interés de este postulado. El error de Comte consistió en creer que las ciencias de lo humano

podían edificarse siguiendo el modelo de las de la Naturaleza —en rigor, se limitó a *pensarlo*, sin creerlo, puesto que él mismo no observó en la práctica este principio metódico—. Pero le corresponde el mérito de haber visto claramente la necesidad de «*una armonía entre la vida especulativa y la vida activa*», con primacía de la acción. «Rindamos, de paso, homenaje —pide Ortega— al primer hombre que pensó con total claridad esta verdad [la de que «el hombre es primaria y fundamentalmente acción»], el cual no fue Kant ni fue Fichte, sino Augusto Comte, el demente genial» (*Ensimismamiento y alteración*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, S.A., 1939, pág. 38).

Al comienzo y al término del conocimiento se encuentra, pues, siempre la acción y la «exigencia de nuestras verdaderas necesidades». El conocimiento no puede ser, por tanto, arbitrario devaneo intelectual o frívola «curiosidad», sino que tiene la gravedad de aquello en que va jugado el destino del hombre.

Es esta condición, que hoy llamaríamos vital, del conocimiento, la que determina el postulado correspondiente a la 4ª acepción del término «positivo», a saber: *precisión* frente a vaguedad. En efecto, si en el conocimiento va jugado el destino del hombre, debe poseer aquél «el grado de precisión compatible con la naturaleza de los fenómenos...», «el pensamiento de una acción final recuerda siempre la condición de una precisión conveniente».

Utopismo. En cuanto al postulado 30 —la *certeza*, opuesta a la indecisión—, refleja el superávit de optimismo inaugural que anima a Comte, y, como tal, hay que relegarlo al cajón de las grandes ilusiones no confirmadas por el fallo inapelable de la historia. Se albergaba en él la pretensión de que la filosofía alcanzase nada menos que «la armonía lógica en el individuo y la comunión espiritual en la especie entera, en lugar de aquellas dudas indefinidas y de aquellas discusiones interminables que había de suscitar el antiguo régimen mental». En esta imperturbable formulación de un próximo futuro pluscuamperfecto reconocemos a la vez al hijo espiritual —aunque rebelde— del racionalismo, al teórico del progreso y al futuro fundador de la «religión de la Humanidad». Haciendo pie en convicción tan problemática, levanta Comte, sin embargo, decisivas estructuras de su sistema. Toda esta dirección de su pensamiento es la que nos permite calificar a su filosofía de *utopismo*.

El sentido histórico. Las acepciones 5ª y 6ª apuntan, en cambio, a una de las más profundas intuiciones comtianas: la de la historicidad del hombre.

El 5º postulado reza: «positivo, como lo contrario de *negativo*», y esto quiere decir constructivo u orgánico como opuesto a crítico o disolvente. Esta significación tiene una «importancia especial» para distinguir la nueva filosofía de la que da de sí el «espíritu metafísico», por cuanto, en su virtud,

puede aplicarse «a apreciar históricamente» las doctrinas del pasado, «su influencia respectiva, las condiciones de su duración y los motivos de su decadencia, sin pronunciar nunca ninguna negación absoluta...»

En conexión con éste aparece, en fin, el 6º postulado, que reclama para el saber positivo la «tendencia necesaria a sustituir en todo lo *relativo* a lo absoluto». El «estudio de los fenómenos» en que aquél consiste, «en lugar de poder llegar a ser, en modo alguno, absoluto, debe permanecer siempre *relativo* a nuestra organización y a nuestra situación». La relatividad del conocimiento afecta, en primer lugar a su dependencia de nuestra constitución individual —limitación de nuestros sentidos, etcétera— ; pero como los fenómenos humanos «no son simplemente individuales, sino también, y sobre todo, sociales», significa al mismo tiempo su subordinación «al conjunto del progreso social». La relatividad no implica, sin embargo escepticismo, sino que es sólo la expresión de las «variaciones graduales», pero de ningún modo arbitrarias, a que está sujeta la evolución del conocimiento científico. En cambio, favorece decisivamente la comprensión histórica, puesto que «en vista de su genio relativo es como la nueva filosofía puede apreciar el valor propio de las teorías que le son más opuestas». Con más fuerza y precisión todavía muestra Comte su clarividente sentido histórico en las siguientes palabras: «El espíritu positivo, en virtud de su naturaleza eminentemente relativa, puede, únicamente, representar todas las *grandes épocas históricas* como otras tantas fases determinadas de una misma evolución fundamental, en que cada una resulta de la precedente y prepara la siguiente según leyes invariables, que fijan su participación especial en el común adelanto...»

Con el sentido histórico de la *relatividad* termina —y culmina— el despliegue semántico de la voz «positivo». Hemos escudriñado —aunque ligeramente— sus diversas fases, no siempre enteramente compatibles, y resulta que, al final de esta exploración, en la que habíamos partido de la ciencia natural como modelo del saber, hemos venido a parar a la historia. Resulta, en efecto, que la misma ciencia sólo se comprende plenamente dentro de una concepción general de la historia, porque no es otra cosa que la manifestación intelectual del *espíritu positivo*, y éste, a su vez, representa el estadio terminal en el desarrollo evolutivo de la Humanidad. Mas, al llegar aquí, advertimos que el famoso relativismo se nos trueca, como por arte de magia, en un nuevo absolutismo: es el absolutismo del *Progreso*. La curiosa trasmutación queda descrita en las siguientes palabras de Ortega: «Hegel y Comte fueron los primeros en salvar el pasado que los siglos anteriores habían estigmatizado con el carácter de puro error, de modo que el pasado no tenía derecho a haber sido. Ambos construyen la historia como evolución en que cada época es un paso insustituible hacia una meta y que, por tanto tiene un absoluto sentido y su plena verdad. La perspec-

tiva histórica se invierte y ahora consiste en la historia del constante acierto: el error no existe. Esto se debe a que Hegel y Comte ordenan el proceso evolutivo del pasado humano en vista de un término *absoluto* que es su propia filosofía como filosofía definitiva. Pero esto es congelar la historia, detenerla como Josué parece que hizo con el sol» (Ortega, *Dos prólogos*, Madrid, «Rev. de Occ.», 1944, págs. 204-205). En estas palabras ha descrito Ortega exactamente la idea del *progreso*, de la cual se alimenta el nuevo absolutismo, sucesor del racionalista.

EL DOGMA DEL PROGRESO

La idea del progreso en la que, como buenos hijos de su tiempo, vienen a coincidir Hegel y Comte —idealismo y positivismo—, es la gran ilusión de la época, la fe del siglo. Las dos grandes cristalizaciones conceptuales de esa fe —después de los comienzos de Turgot y Condorcet, de la acción posibilitante de Kant y de la lejana y aislada precursión de Vico en su *Nuova scienza* (1725)— son la *Filosofía de la Historia Universal*, de Hegel, y el *Sistema de filosofía positiva*, de Comte.

La esencia de la idea de progreso está dada en las anteriores palabras de Ortega. García Morente, en su citado ensayo, la resume en esta sintética definición: «*El progreso es la realización del reino de los valores por el esfuerzo humano.*» También esta definición se adapta perfectamente a la concepción de la historia universal de Comte, que es, en realidad, la verdadera idea-madre de toda su filosofía, el amplio marco dentro del cual se alojan y cobran estructura y sentido precisos diversas conclusiones parciales. Sólo dentro de él adquieren, por ello, última inteligibilidad. Así, la ciencia misma —que aparece ahora sólo como penúltima instancia— encuentra su plenaria significación como «manifestación» del progreso humano —«...en cuanto al Progreso, que, a pesar de vanas pretensiones ontológicas, encuentra hoy, en el conjunto de los estudios científicos, su más indiscutible manifestación»—. Al «dogma de la invariabilidad de las leyes naturales», vigente en el dominio científico, se superpone este otro «dogma» de rango superior y envolvente, el del progreso, que abarca, no sólo el lado teórico, sino también el lado práctico del hombre, al que aquél, según vimos, se subordina: «Erigiendo así la noción del progreso en dogma verdaderamente fundamental de la sabiduría humana, sea práctica o teórica, le imprime el carácter más noble y al mismo tiempo más completo...»

3. Para García Morente, «El primero que verdaderamente puso las bases para el pensamiento del progreso y la creencia en el progreso, fue Kant». (Vid.: García Morente, «Ensayos sobre el progreso», «Rev. de Occidente», núm. CIV, pág. 165).

Es así como el saber positivo, que expresamente se declara tributario del conocimiento científico-natural, más aún, que formalmente pretende identificarse con él, en su efectiva realidad, consiste en un saber del hombre, y es por ello, como pretensión fáctica y no meramente lógica, un saber histórico. Lo que este saber *efectivamente* hace, aparte de lo que formalmente pretende hacer, no es en ningún sentido ciencia natural, sino un intento de comprensión sistemática de la historia, incluida en ella la ciencia misma.

La forma concreta en que ese intento fraguó, en Comte, fue la *ley de los tres estados* —teológico, metafísico y positivo—, que no hace falta resumir aquí, puesto que a su ceñida exposición está dedicado, en realidad, todo el *Discurso sobre el espíritu positivo*, y, en modo taxativo, su primera parte.

El intento de Comte resultó fallido. El sentido humanista e histórico de su pensamiento, aunque agudamente despierto, no podía remover el pesado lastre naturalista que, impulsándolo a una gravitación contraria, lo mantuvo —y fue bastante— casi siempre en el fiel de la balanza.

Comte se debate, así, entre dos instancias intelectuales inconciliables: por una parte, anticipándose con segura intuición al porvenir de la filosofía, siente oscuramente la necesidad de sustituir la razón pura —de la que aquélla venía viviendo desde Descartes, y cuyas últimas posibilidades parecían agotarse en la Ilustración y en las construcciones del idealismo alemán— por otro tipo de comprensión de la realidad: pero, por otra parte, se encuentra privado de instrumentos mentales adecuados para elevar aquella intuición a concepto claro y expreso, e impedido, también por las condiciones de su coyuntura histórica, de entregarse por sí mismo a la forja de tales instrumentos. Para ello, en efecto, hubiese sido menester una situación de crisis completa de las vigencias intelectuales —como lo fue el momento cartesiano—. Ahora bien, en tiempos de Comte, no sólo no han quebrado todas las vigencias, sino que hay algunas que alcanzan, precisamente entonces, grados máximos de arraigo y densidad; concretamente una: la de la ciencia natural. De ahí que Comte, fatalmente, hubiera de dirigirse a ese terreno al intentar buscar el canon del nuevo saber. En eso consistió su gran error. Un error, por lo demás, necesario y, a la larga, fecundo, ya que era indispensable la experiencia positivista —que los seguidores de Comte se encargaron de llevar a sus últimas consecuencias negativas— para que el pensamiento actual, pertrechado con la evidencia de su irremediable limitación, pudiese vacar de nuevo a la conquista de nuevos territorios de lo real, esto es, pudiese tomar, aligerado de obra muerta y edificado, el camino real de la despreciada metafísica.

Pero volvamos, todavía, a la noción comtiana del progreso para preguntarnos, de acuerdo con la definición de García Morente, cuáles son los valores que ese progreso debe realizar. La respuesta de Comte es terminante: la meta ideal del progreso, su último fin, y, por tanto el supremo valor

a realizar, es el hombre mismo, o, como prefiere decir Comte, la *Humanidad*. (Resuena aquí fuertemente el motivo ético kantiano del hombre como único *fin en sí mismo*.) Esa *Humanidad* posee dos atributos, que son los que la distinguen «de la mera animalidad; es decir, de un lado la inteligencia; de otro lado, la sociabilidad, facultades naturalmente solidarias». La idea del progreso nos conduce, pues, nuevamente, por otra vía, al *humanismo* comtiano. Es la plena realización del hombre, en su doble aspecto esencial de inteligencia y sociabilidad, lo que constituye el sentido total de la historia, en su ininterrumpida marcha ascendente.

Por lo que a la inteligencia respecta, el ideal perseguido es la *unidad de la ciencia*, expresión que tiene un doble sentido según se considere desde un punto de vista *objetivo* o *subjetivo*. En sentido *objetivo* —esto es, en cuanto a su objeto—, la ciencia, obligada por su imperativo de *realidad* a respetar la «diversidad de los fenómenos», «no deberá buscar otra unidad que la del método positivo».

«...Muy otro es el caso en el otro aspecto, es decir, en cuanto a la fuente interior de las teorías humanas, consideradas como resultados naturales de nuestra evolución mental, a la vez individual y colectiva, destinados a la normal satisfacción de nuestras propias necesidades, sean cualesquiera. Referidos de este modo no al universo, sino al hombre, o mejor, a la Humanidad, nuestros conocimientos reales tienden por el contrario a una sistematización completa, tanto científica como lógica. Ya no se debe concebir entonces, en el fondo, más que una sola ciencia, la ciencia humana o más exactamente social, cuyo principio y fin a un tiempo lo constituye nuestra existencia, y en la que viene a fundirse naturalmente el estudio racional del mundo exterior...»

Una vez más, la *Humanidad*, idea reguladora, clave decisiva de todo saber y todo hacer. Referidos a ella, los compartimientos estancos del conocimiento humano que llamamos las ciencias se articulan y cobran una superior unidad, una unidad sistemática determinada por sus comunes origen y destino. Comte aspira, como vimos al comentar el postulado 3º del saber positivo, a un *consensus gentium*, a una «armonía mental», de tipo universal, que se producirá indefectiblemente —piensa— cuando la totalidad de los conocimientos humanos haya alcanzado el «estado positivo». Al realizarse, así, el postulado del *progreso*, se realizará también el del *orden*, que completa el lema comtiano. Un orden y un progreso que trascienden de la esfera puramente intelectual para abarcar también las de lo moral, social y político. Pero esto nos transfiere a la segunda dimensión de la especificidad humana: la *sociabilidad*.

La unidad de la ciencia —ideal del progreso en lo intelectual— es la condición necesaria para el cumplimiento del ideal social, que en Comte se identifica con el ideal moral. A pesar de que Comte equipara inteligencia

y sociabilidad, como «facultades naturalmente solidarias, que se sirven mutuamente de medio y de fin», hay en todo su pensamiento una clara tendencia —a veces incluso en forma expresa— a conceder la primacía a la finalidad social sobre la intelectual. El «destino práctico» del conocimiento, al que repetidamente hemos aludido, implica esta primacía, puesto que lo práctico, es decir, lo moral, queda absorbido en lo social. Comte repudia formalmente la moral individual, como un vicio del «antiguo régimen mental» que tiene un nombre: *egoísmo*. Pero la razón última de tal absorción está en el colectivismo extremo profesado por él. «El espíritu positivo» —nos dice— «...es directamente social...» «Para él, el hombre propiamente dicho no existe, no puede existir más que la Humanidad...» «Si la idea de *sociedad* parece todavía una abstracción de nuestra inteligencia, es, sobre todo, en virtud del antiguo régimen filosófico; pues, a decir verdad, es a la idea de *individuo* a quien pertenece tal carácter, al menos en nuestra especie.»

¡Nuevamente, y siempre, la *Humanidad*, como sujeto absoluto y último fin de la historia! Comte acabará sus días obseso de esta idea y, en el desvarío religioso del final de su vida la llamará «*le Grand Être*» y la convertirá en objeto de extravagante culto. Por lo demás, no es sorprendente que quien creía que el hombre era *todos los hombres* acabase por caer de hinojos ante ese monstruoso *gran ser*, acéfalo a fuerza de tener cabezas, ciego y sordo a fuerza de tener ojos y oídos. El ser colectivo, en efecto, abandonado a sí mismo, sin la acción rectora —*hegemoniké*, diría un griego— de los grandes individuos y de las minorías selectas, es siempre el gran desalmado. El *humanismo* de Comte, visto a esta luz, pierde, ciertamente, muchos quilates. Su idea, sin embargo, era tan elevada como utópica: la filosofía positiva iba a dotar, precisamente, al gran ser colectivo, de cerebro y de alma. ¿Cómo? Mediante el consenso, la concordia universal de los espíritus. Cuando todos los hombres se hallen en posesión de la verdad se habrá logrado, al fin, este supremo objetivo. Comte, en consecuencia, preconiza una vasta pedagogía popular, orientada hacia la socialización completa, hacia la universalización del saber positivo. Pero el saber positivo, en lenguaje de Comte, se identifica con el conjunto de los conocimientos científicos; la filosofía es para él *enciclopedia de las ciencias* —idea que, dicho sea de paso, lo vincula fuertemente a todo el movimiento enciclopedista, del que, según Dilthey, la *filosofía positiva* viene a representar la culminación—. De ahí lo que Pierre Ducassé ha llamado la «*sociología de las ciencias*» de Comte.⁴ (El intento de semejante socialización del saber científico tiene como supuesto la creencia de que sus contenidos teóricos

4. Cfr. Pierre Ducassé, «Méthode et intuition chez Auguste Comte», París, Alcan, 1939, pág. 254.

son asequibles para cualquier inteligencia, y ello porque su «primera fuente» no es otra que «el buen sentido universal». En esta creencia no hace Comte más que mostrar su comunión en la fe de la modernidad, que él en cierto modo cierra, y que inauguraba Descartes tres siglos atrás con las sencillas —y tan hondamente trascendentes, cuanto de simple apariencia— palabras iniciales del *Discurso del Método*: «El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo» «...El poder de bien juzgar y de distinguir lo verdadero de lo falso, que es propiamente lo que se llama el buen sentido o la razón, es naturalmente igual en todos los hombres.»)

Las necesidades didácticas de la socialización del saber, aparte de otras razones internas que afectan a su esencial unidad, imponen una «clasificación de las ciencias» que Comte lleva a cabo según su conocida ley de «generalidad e independencia decrecientes» y de «complicación creciente». El orden jerárquico que así resulta para las ciencias reproduce, además, el de su aparición y sucesión históricas, y, en suma, es expresión de la ley evolutiva del espíritu positivo —que se cumple lo mismo en la especie que en el individuo—, por todo lo cual Comte atribuye a esta «ley enciclopédica» una importancia excepcional en su sistema, considerándola como «una de las dos ideas madre...» «de la nueva filosofía general». No podemos entrar aquí en su detalle —del cual el último capítulo del *Discurso* ofrece un bosquejo suficiente— ni menos aún apuntar siquiera a su fácil crítica —hecha ya muchas veces y casi tópica—. Sólo indicaremos la ordenación enciclopédica en «seis ciencias fundamentales» que resulta de la «ley» de Comte, a saber: matemática, astronomía, física, química, biología, sociología. Todas, menos las dos últimas, han alcanzado ya el *estado positivo*, y la biología se encuentra ya en proceso avanzado de alcanzarlo. Queda como la gran misión, como «la última prueba del verdadero espíritu filosófico», el elevar también la sociología —«las teorías morales y sociales»— al estado de positividad.

Sabemos con qué denuedo se entregó Comte al cumplimiento de esta gran misión —solamente el *Sistema de filosofía positiva* sería de ello, si no hubiese otros, testimonio ingente—, como también sabemos de su fracaso, en el cual nada hallamos de sorprendente si se considera que todavía hoy, después de un siglo de esfuerzos, la sociología —como ha hecho ver Ortega con definitiva claridad— no ha logrado ni siquiera llegar a una determinación suficiente de su objeto. Al menos le queda a Comte —como en tantas otras cosas— la gloria del iniciador, y sobre todo la de haber intuido la necesaria vinculación de la ciencia social con el saber histórico, y la trascendencia de ese nuevo saber, que él sólo oscuramente adivinaba: «La reorganización total —nos dice— que, únicamente, puede terminar la gran crisis moderna consiste...» «en constituir una teoría sociológica apta para explicar convenientemente la totalidad del pasado humano».

Y Ortega, en quien la lejana entrevisión de Comte debía ascender por vez primera a plena conciencia y a rigurosa —sistemática— diafanidad conceptual, no encuentra nada mejor para cerrar su *Historia como sistema* que esta evocación comtiana: «En 1844 escribía Augusto Comte (*Discours sur l'esprit positif*, Ed. Schleicher, 73): «On peut assurer aujourd'hui que la doctrine qui aura suffisamment expliqué l'ensemble du passé obtiendra inévitablement, par suite de cette seule épreuve, la présidence mentale de l'avenir.»

Hemos visto en sus líneas arquitecturales más amplias lo que el positivismo quiso ser, y algo de lo que en realidad fue en su estado naciente, es decir, en Augusto Comte. Se nos ha hecho patente, a través de esta rápida panorámica cómo sus virtualidades, sus gérmenes de fecundidad —que fueron muchos— más valiosos, radican justamente en lo que fue como pretensión, como intuición y premonición genial del porvenir filosófico europeo. También hemos podido ver algunas de las razones —y no son las menores las determinadas por forzosidades de inmadurez histórica— de la interna contradicción en que hubo de debatirse.

El positivismo, después de Comte, abandona la perspectiva intelectual insinuada en lo más vivo del pensamiento de aquél, para seguir rígidamente la línea antimetafísica y seudocientífica. Evaporadas sus mejores esencias comtianas, el positivismo va a serlo todo —empirismo, sensualismo, psicologismo, materialismo, agnosticismo, biologismo evolucionista (unos cuantos nombres, sólo algunos de los más significativos, pueden servir como índice general de esta equivocada trayectoria: Littré, Stuart Mill, Büchner, Haëckel, Lange, E. Laas, Mach y Avenarius, Ziehen, etcétera)—, el positivismo va a serlo todo menos lo que hoy entenderíamos por un pensamiento efectivamente *positivo*. Aferrado a su exigencia fundamental de atenerse a lo *real*, a los *hechos*, a lo inmediatamente *dado*, a la *experiencia* estricta, falseó radicalmente su propio imperativo, cerrándose a la evidencia de que la realidad, los hechos, los datos inmediatos, la experiencia integral, desbordan amplísimamente el limitado horizonte de su visión.

Y, no obstante, el postulado fundamental del positivismo sigue siendo válido, porque encierra una norma intelectual de vigencia perenne: la fidelidad a lo real.

Manuel Granell (en su *Lógica*, Madrid, «Revista de Occidente», 1949) subraya este lado fecundo del positivismo interpretándolo como expresión inicial del gran «giro a las cosas», que es la característica más acentuada de la actitud filosófica contemporánea. Se trataría, según él, de la primera «etapa» de ese extenso movimiento. Quiero traer aquí la cita concreta por la particular rotundidad con que denuncia el verdadero destino histórico de una filosofía cuya imagen estamos demasiado habituados a recibir deformada, ya por la miopía retrógrada de los epígonos, ya —y esto es más

peligroso— por la vehemencia de una crítica que, por proceder de círculos intelectuales más «a la altura de los tiempos», resulta a la larga más desorientadora.

«Pero, ante todo —escribe Granell—, quisiera destacar de manera inequívoca y vigorosa la grandeza y servidumbre que al positivismo le cupo en suerte. Creo que a este movimiento, de inconmensurable envergadura, todavía no se le ha hecho la estricta justicia que merece. Y es que, en rigor, hay dos positivismos. Uno de gran alcance, de amplio empuje y fecunda efectividad a lo largo del tiempo y otro de limitadas proporciones, de corto y jadeante resuello. El primero inaugura toda una corriente filosófica; más aún: una época de la historia...» «Hoy día, desde un tercer positivismo que es el signo de nuestra situación filosófica, nos damos clara cuenta de que estamos, quierase o no, en el ámbito de esa gran corriente que podemos sintetizar, con frase de Husserl, “vuelta a las cosas...”» «Se trata, pues, de indicar, sólo en sus puras marcas fronterizas, las tres etapas que hasta la fecha ha alcanzado esta nueva corriente postuladora de una vinculación a las cosas. Son éstas: el positivismo estricto, la fenomenología y la filosofía de la razón vital.» (Ob. cit., pág. 39).

El *Discurso sobre el espíritu positivo*, que servía de introducción a un *Tratado filosófico de astronomía popular*, se publicó en 1844. Constituye una apretada exposición de todo lo fundamental de la filosofía de Comte.

Como dice su autor, «el presente *Discurso* forma él mismo un verdadero conjunto, imagen fiel, aunque muy contraída, de un vasto sistema». Agregaríamos nosotros: imagen, también, depurada, clara, y la mejor que se puede ofrecer al lector de hoy que desee una visión completa del pensamiento vivo de Comte y no quiera perderse en el océano de páginas de sus grandes obras sistemáticas.

ANTONIO RODRÍGUEZ HUÉSCAR

DATOS BIOGRÁFICOS DE AUGUSTO COMTE¹

Isidoro Augusto Francisco María Javier Comte nació el 19 de enero de 1798, en Montpellier (Hérault), de Augusto Luis Comte, funcionario, y de Felicidad Rosalía Bayer. A la edad de nueve años entró en el colegio de su ciudad natal, donde se distinguió desde el principio en sus estudios, aunque su antipatía por el reglamento le ocasionó muchos castigos. A fines de 1814 ingresó en la Escuela Politécnica, de donde se le obligó a salir junto con otros compañeros, en 1816, por su destacada intervención en cierta protesta contra un profesor. Se fue a París —con la desaprobación de su familia, que le negó recursos—, dedicándose, para vivir, a la enseñanza de las matemáticas. En 1818 entró en relaciones con Saint-Simon, llegando a ser pronto su alumno, amigo y colaborador. La primera fecha de su *Sistema de política positiva* es 1822. A partir de ella comienza la segunda fase de su vida. En un escrito titulado *Plan de los trabajos necesarios para reorganizar la sociedad* consigna su descubrimiento de lo que llamó las «leyes sociológicas». Ya en posesión de una teoría propia no podía seguir siendo un pasivo alumno de Saint-Simon, y, tras una serie de querellas, sobrevino la ruptura en 1824. En 1825 contrajo Comte matrimonio con Carolina Massin. Son éstos, años de intensísimo trabajo intelectual, en los que elabora ya lo esencial de su doctrina. En 1826 inicia en su casa un *Curso de filosofía positiva en 72 sesiones*, al que acudió un auditorio selecto. Sólo pudo dar las tres primeras lecciones, fulminado por un ataque de enajenación mental. En 1829, ya completamente restablecido, recommenzó el *Curso*, llevándolo a feliz térmi-

1. Estos datos están tomados, en su mayoría, del libro de Littré: «Auguste Comte et la philosophie positive», París. Hachette, 1864.

no. Este período de su vida, que se extiende hasta 1845, fue el de máxima fecundidad creadora. En 1842 termina el último tomo de los seis que forman su *Sistema de filosofía positiva*, trabajo inmenso que duró doce años, llenándolos densamente. De 1842 a 1845 redacta un *Tratado elemental de geometría* y un *Tratado de astronomía popular*, con el *Discurso sobre el espíritu positivo* como introducción.

Comte no fue feliz en su vida privada. No se entendió con su mujer, de la que se separó hacia 1842, aunque siguió manteniendo correspondencia con ella. En cuanto a su posición económica, siempre fue precaria. Desde 1832 ocupaba una plaza de repetidor de la cátedra de análisis trascendente y de mecánica racional en la Politécnica. Mucho después logró ser nombrado «examinador de admisión», pero aun así el sueldo le resultaba insuficiente, por lo que tenía que dar todavía alguna que otra clase en centros privados. Por diversas circunstancias —sobre todo políticas—, fue perdiendo sucesivamente todas estas plazas, hasta quedar reducido a la situación de tener que vivir a expensas de la protección de sus amigos y admiradores. Primero fue Stuart Mill —que había declarado su entusiasta adhesión a las ideas de Comte, y con quien éste mantenía constante relación epistolar— el que le gestionó estos subsidios entre amigos ingleses; luego su discípulo máximo, Littré, organizó la suscripción de cuyos exclusivos ingresos vivió en la última parte de su vida.

Otras obras de Comte, relacionadas ya con la preocupación religiosa que le embargó aproximadamente desde 1850, son las siguientes: *Sistema de política positiva, o tratado de sociología, instituyendo la religión de la Humanidad* (4 vols. 1851-1854); *Catecismo positivista, o sumaria exposición de la religión universal* (oct., 1852); *Síntesis subjetiva, o sistema universal de concepciones propias del estado normal de la Humanidad*. Tomo I, conteniendo el *Sistema de lógica positiva o Tratado de filosofía matemática* (nov., 1856).

Murió Comte el 5 de setiembre de 1857.

DISCURSO SOBRE EL ESPÍRITU POSITIVO

(Para esta traducción se ha utilizado la edición francesa de la «Sociedad Positivista Internacional», con su división en partes, capítulos, subcapítulos y párrafos numerados.)

OBJETO DE ESTE DISCURSO

1. El conjunto de los conocimientos astronómicos, considerado hasta ahora demasiado aisladamente, no debe constituir en lo sucesivo sino uno de los elementos indispensables de un nuevo sistema indivisible de filosofía general, gradualmente preparado por el concurso espontáneo de todos los grandes trabajos científicos de los tres últimos siglos y que hoy ha llegado ya a su verdadera madurez abstracta. En virtud de esta íntima conexión muy poco comprendida aún, no podría ser suficientemente apreciada la naturaleza de este *Tratado*, si este necesario preámbulo no fuera consagrado sobre todo a definir convenientemente el verdadero espíritu fundamental de esta filosofía, cuya instauración universal debe ser, en el fondo, la finalidad esencial de tal enseñanza. Como se distingue principalmente por una continua preponderancia, a la vez lógica y científica, del punto de vista histórico o social, para caracterizarla mejor, debo en primer término recordar sumariamente la gran ley que yo he establecido en mi *Sistema de filosofía positiva*, sobre la completa evolución intelectual de la Humanidad, ley a la que, por lo demás, tendrán que recurrir con frecuencia nuestros estudios astronómicos.

PRIMERA PARTE

SUPERIORIDAD MENTAL DEL ESPÍRITU POSITIVO

CAPÍTULO I

Ley de la evolución intelectual de la Humanidad o ley de los tres estados

2. Según esta doctrina fundamental, todas nuestras especulaciones, cualesquiera que sean, tienen que pasar sucesiva e inevitablemente, lo mismo en el individuo que en la especie, por tres estados teóricos diferentes, que las denominaciones habituales de teológico, metafísico y positivo podrán calificar aquí suficientemente, al menos para aquellos que hayan entendido bien el verdadero sentido general de las mismas. El primer estado, aunque indispensable por lo pronto en todos los aspectos, debe ser concebido luego como puramente provisional y preparatorio; el segundo, que no constituye en realidad más que una modificación disolvente del primero, no tiene nunca más que un simple destino transitorio para conducir gradualmente al tercero; es en éste, único plenamente normal, donde radica, en todos los géneros, el régimen definitivo de la razón humana.

I

Estado teológico o ficticio

3. En su primera fase, necesariamente teológica, todas nuestras especulaciones manifiestan espontáneamente una predilección característica por

las cuestiones más insolubles, por los temas más radicalmente inaccesibles a toda investigación decisiva. Por un contraste que en nuestros días debe parecer a primera vista inexplicable, pero que en el fondo está entonces en plena armonía con la verdadera situación inicial de nuestra inteligencia, en un tiempo en que la inteligencia humana está todavía por debajo de los más sencillos problemas científicos, busca ésta ávidamente, y de una manera casi exclusiva, el origen de todas las cosas, las *causas* esenciales, ya primeras, ya últimas, de los diversos fenómenos que la impresionan, y su modo fundamental de producción: en una palabra los conocimientos absolutos. Esta necesidad primitiva se ve naturalmente satisfecha, hasta donde lo exige situación tal, y en realidad hasta donde puede quedar nunca satisfecha, por nuestra tendencia inicial a transportar a todo el tipo humano, asimilando toda clase de fenómenos a los que nosotros mismos producimos, y que, como tales, comienzan por parecernos bastante conocidos, según la intuición inmediata que los acompaña. Para comprender bien el espíritu, puramente teológico, resultado del desarrollo cada vez más sistemático de este estado primordial, no hay que limitarse a considerarlo en su última fase, que termina, ante nuestros ojos, en los pueblos más avanzados, pero que no es, ni mucho menos, la más característica: es indispensable echar una ojeada verdaderamente filosófica al conjunto de su marcha natural, a fin de apreciar su fundamental identidad bajo las tres formas principales que le son sucesivamente propias.

4. La más inmediata y la más pronunciada constituye el *fetichismo* propiamente dicho, consistente sobre todo en atribuir a todos los cuerpos exteriores una vida esencialmente análoga a la nuestra pero casi siempre más enérgica, por su acción generalmente más poderosa. La adoración de los astros caracteriza el grado más elevado de esta primera fase teológica, que, al principio, difiere apenas del estado mental en que se quedan los animales superiores. Aunque esta primera forma de la filosofía teológica se encuentra con evidencia en la historia intelectual de todas nuestras sociedades, hoy ya no domina directamente más que en la menos numerosa de las tres grandes razas que componen nuestra especie.

5. En su segunda fase esencial, que constituye el verdadero *politeísmo*, demasiado a menudo confundido por los modernos con el estado precedente, el espíritu teológico representa netamente la libre preponderancia especulativa de la imaginación, mientras que, hasta entonces, habían prevalecido sobre todo en las teorías humanas el instinto y el sentimiento. La filosofía inicial experimenta aquí la más profunda transformación que pueda registrarse en el conjunto de su destino real, en el sentido de que al fin se retira la vida a los objetos materiales, para ser misteriosamente trasladada a diversos seres ficticios, habitualmente invisibles, cuya activa y continua intervención pasa a ser la fuente directa de todos los fenómenos exteriores,

e incluso, luego, de los fenómenos humanos. En esta fase característica, mal apreciada hoy, es principalmente donde hay que estudiar, como hay que estudiar el espíritu teológico, que se desarrolla en ella con una plenitud y una homogeneidad ulteriormente imposibles; este período es, en todos los aspectos, el de su más grande ascendiente, a la vez mental y social. La mayoría de nuestra especie no ha salido aún de tal estado, que persiste hoy en la más numerosa de las tres razas humanas, además de en la parte más adelantada de la raza negra y en la menos avanzada de la raza blanca.

6. En la tercera fase teológica, el *monoteísmo* propiamente dicho, comienza la inevitable declinación de la filosofía inicial, que, aunque conserva durante mucho tiempo una gran influencia social, si bien más aparente que efectiva, sufre desde entonces una rápida decadencia intelectual por una consecuencia espontánea de esa simplificación característica, en la que la razón viene a restringir cada vez más el dominio anterior de la imaginación, dejando gradualmente desarrollarse el sentimiento universal, hasta entonces casi insignificante, de la sujeción necesaria de todos los fenómenos naturales a leyes invariables. Bajo formas muy diversas, y hasta radicalmente inconciliables, este modo extremo del régimen preliminar persiste aún, con una energía muy desigual, en la inmensa mayoría de la raza blanca; pero aunque sea así de una observación más fácil, estas mismas preocupaciones personales oponen hoy un obstáculo demasiado frecuente a su justa apreciación, por falta de una comparación bastante racional y bastante imparcial con los dos modos precedentes.

7. Por imperfecta que deba parecer actualmente semejante manera de filosofar, importa mucho relacionar indisolublemente el estado actual del espíritu humano con el conjunto de sus estados anteriores, reconociendo convenientemente que debió ser durante mucho tiempo tan indispensable como inevitable. Limitándonos aquí a la simple apreciación intelectual, sería ahora superfluo insistir sobre la tendencia involuntaria que, incluso hoy, nos lleva a todos sin duda a las explicaciones esencialmente teológicas, tan pronto como queremos descubrir directamente el misterio inaccesible del modo fundamental de producción de cualquier fenómeno y, sobre todo, de aquellos cuyas leyes reales ignoramos todavía. Los más eminentes pensadores pueden comprobar su propia disposición natural al más ingenuo fetichismo, cuando esta ignorancia se encuentra momentáneamente combinada con alguna pasión acentuada. De suerte que, si todas las explicaciones teológicas han caído, en los modernos occidentales, en un abandono creciente y decisivo, es únicamente porque las misteriosas indagaciones que esas explicaciones consideraban han sido cada vez más desechadas como radicalmente inaccesibles a nuestra inteligencia, que se ha ido habituando a sustituirlas irrevocablemente por estudios más eficaces

y más en armonía con nuestras verdaderas necesidades. Hasta en una época en que prevaleció el verdadero espíritu filosófico respecto de los fenómenos más simples y en una cuestión tan fácil como la teoría elemental del choque, el memorable ejemplo de Malebranche recordará siempre la necesidad de recurrir a la intervención directa y permanente de una acción sobrenatural, cada vez que se intente llegar a la causa primera de un hecho cualquiera. Pero, por otra parte, tales tentativas, por muy pueriles que parezcan, justamente hoy, constituyen sin duda el único medio de determinar el afán continuo de las especulaciones humanas, liberando espontáneamente nuestra inteligencia del círculo en extremo vicioso en que al principio se ve necesariamente encerrada por la oposición radical de dos condiciones igualmente imperiosas. Pues si los modernos han tenido que proclamar la imposibilidad de fundar ninguna teoría sólida sin un suficiente concurso de observaciones convenientes, no es menos incontestable que el espíritu humano no podría nunca combinar, ni siquiera recoger, esos indispensables materiales sin estar siempre dirigido por algunos principios especulativos previamente establecidos. Así, estas concepciones primordiales sólo pueden, evidentemente, resultar de una filosofía exenta, por su naturaleza, de toda larga preparación y susceptible, en una palabra, de surgir espontáneamente merced al único impulso de un instinto directo por muy quiméricas que hubieran de ser, por lo demás, especulaciones así desprovistas de todo fundamento real. Tal es el afortunado privilegio de los principios teológicos, sin los cuales se debe asegurar que nuestra inteligencia no podía salir nunca de su torpeza inicial, y que son los únicos que, dirigiendo su actividad especulativa, han podido permitir la preparación gradual de un mejor orden lógico. Esta aptitud fundamental fue, por lo demás, poderosamente secundada por la predilección originaria de la inteligencia humana por las cuestiones insolubles que perseguía especialmente aquella filosofía primitiva. No podemos medir nuestras fuerzas mentales, y por tanto circunscribir razonablemente el destino de las mismas, sino después de haberlas ejercitado suficientemente. Ahora bien: este indispensable ejercicio no podía ser determinado sobre todo en las facultades más débiles de nuestra naturaleza, sin el enérgico estímulo inherente a tales estudios, en los que tantas inteligencias mal cultivadas persisten todavía en buscar la más rápida y completa solución de las cuestiones directamente usuales. Hasta ha sido preciso durante mucho tiempo, para vencer suficientemente nuestra nativa inercia, recurrir también a las poderosas ilusiones que suscitaba espontáneamente tal filosofía sobre el poder casi indefinido del hombre para modificar a su gusto un mundo que se concebía entonces como esencialmente ordenado para su uso, y que ninguna gran ley podía aún sustraer a la arbitraria supremacía de las influencias sobrenaturales. Apenas hace tres siglos que, en lo más selecto de la humanidad, las esperanzas astrológicas

y alquímicas, último vestigio científico de aquel espíritu primordial, han dejado realmente de servir a la acumulación diaria de las observaciones correspondientes, como lo han indicado respectivamente Kepler y Bertholet.

8. El concurso decisivo de estos diversos motivos intelectuales quedaría, además, poderosamente demostrado si la naturaleza de este *Tratado* me permitiera señalar en él suficientemente la irresistible influencia de las altas necesidades sociales, que he valorado convenientemente en la obra fundamental mencionada al comienzo de este *Discurso*. Se puede, por lo pronto, demostrar así plenamente cómo el espíritu teológico tuvo que ser, durante mucho tiempo, indispensable para la combinación permanente de las ideas morales y políticas, más especialmente aún que para la de todas las demás, bien por su mayor complicación, bien porque los fenómenos correspondientes, primitivamente demasiado poco pronunciados, no podían adquirir un desarrollo característico sino después de un avance muy prolongado de la civilización humana. Es una extraña inconsecuencia, apenas disculpable por la tendencia ciegamente crítica de nuestro tiempo, reconocer, en cuanto a los antiguos, la imposibilidad de filosofar sobre los temas más sencillos de otro modo que siguiendo la manera teológica, y desconocer no obstante, sobre todo en los politeístas, la insuperable necesidad de un régimen análogo con respecto a las especulaciones sociales. Pero es preciso también darse cuenta, aunque yo no pueda demostrarlo aquí, de que esa filosofía inicial ha sido tan necesaria a los primeros pasos de nuestra sociabilidad como a los de nuestra inteligencia, bien para establecer primitivamente algunas doctrinas comunes, sin las cuales el vínculo social no hubiera podido adquirir ni extensión ni consistencia, bien suscitando espontáneamente la única autoridad espiritual que entonces pudiera surgir.

II

Estado metafísico o abstracto

9. Por muy sumarias que hayan sido aquí estas explicaciones generales sobre la naturaleza provisional y el destino preparatorio de la única filosofía que conviniera realmente a la infancia de la Humanidad, bastan para darse cuenta de que ese régimen inicial difiere demasiado profundamente, en todos los aspectos, del que corresponde, como veremos, a la virilidad mental, para que el tránsito gradual de uno a otro pudiera operarse, lo mismo en el individuo que en la especie, sin la asistencia creciente de una forma de filosofía intermedia, esencialmente limitada a este menester transitorio. Tal es la participación especial del estado metafísico propiamente dicho en la evolución fundamental de nuestra inteligencia, que, mal

avenida con todo cambio brusco, puede así elevarse casi insensiblemente del estado puramente teológico al estado francamente positivo, aunque esta situación equívoca esté, en el fondo, mucho más cerca del primero que del último. Las especulaciones dominantes han conservado aquí el mismo carácter esencial de tendencia habitual a los conocimientos absolutos: sólo la solución ha sufrido una transformación notable, propia para facilitar la marcha de las ideas positivas. En realidad, la metafísica, como la teología, trata sobre todo de explicar la naturaleza íntima de los seres, el origen y el destino de todas las cosas, el modo esencial de producción de todos los fenómenos; pero en lugar de operar con los agentes sobrenaturales propiamente dichos, los reemplaza cada vez más por esas *entidades* o abstracciones personificadas cuyo uso, verdaderamente característico, ha permitido a menudo designarla con el nombre de *ontología*. Hoy es muy fácil examinar tal manera de filosofar, que, preponderante todavía para los fenómenos más complicados, presenta continuamente, hasta en las teorías más simples y menos atrasadas, tantas huellas apreciables de un largo dominio.¹ La eficacia histórica de estas entidades resulta directamente de su carácter equívoco, ya que, en cada uno de estos seres metafísicos, inherente al cuerpo correspondiente sin confundirse con él, el espíritu puede a voluntad, según que esté más cerca del estado teológico o del estado positivo, ver una verdadera emanación del poder sobrenatural o bien una simple denominación abstracta del fenómeno considerado. Entonces ya no es la pura imaginación quien domina, ni es todavía la verdadera observación, sino que interviene en gran medida el razonamiento y se prepara confusamente al ejercicio verdaderamente científico. Hay que observar, además, que su parte especulativa se encuentra aquí al principio muy exagerada a causa de esa obstinada tendencia a argumentar en vez de observar que, en todos los géneros, caracteriza habitualmente al espíritu metafísico, incluso en sus órganos más eminentes. Un orden de concepciones tan flexible, que no tiene en modo alguno la consistencia propia, durante tanto tiempo, del sistema teológico, debe, por otra parte, llegar mucho más rápidamente a la unidad correspondiente, por la gradual subordinación de las diversas entidades particulares a una sola entidad general, la *Naturaleza*, destinada a determinar el débil equivalente metafísico de la vaga correlación universal que resulta del monoteísmo.

10. Para comprender mejor, sobre todo en nuestros días, la eficacia histórica de tal aparato filosófico, conviene reconocer que por su naturale-

1. Casi todas las explicaciones habituales relativas a los fenómenos sociales, la mayor parte de las concernientes al hombre intelectual y moral, una gran parte de nuestras teorías psicológicas o médicas, e incluso varias teorías químicas, etcétera, recuerdan aún directamente la extraña manera de filosofar tan graciosamente caracterizada por Molière, sin ninguna grave exageración, refiriéndose, por ejemplo, a la virtud «dormitiva» del opio, conforme a la revolución decisiva que Descartes acababa de producir en todo el régimen de las entidades.

za, sólo es espontáneamente capaz de una simple actividad crítica o disolvente, incluso mental, y con mayor razón social, sin que pueda nunca organizar nada que le sea propio. Radicalmente inconsecuente, este espíritu equívoco conserva todos los principios fundamentales del sistema teológico, pero restándoles cada vez más el vigor y la fijeza indispensables a su autoridad efectiva; y en semejante alteración consiste en realidad, en todos los aspectos, su principal utilidad pasajera, cuando el régimen antiguo, progresivo durante mucho tiempo para el conjunto de la evolución humana, llega inevitablemente a ese grado de prolongación abusiva en que tiende a perpetuar indefinidamente el estado de infancia que, en un principio, había dirigido tan felizmente. La metafísica no es, pues, en el fondo, más que una especie de teología gradualmente debilitada por simplificaciones disolventes que le quitan espontáneamente el poder directo de impedir el desarrollo especial de las concepciones positivas, aunque dejándole la aptitud provisional para mantener un cierto ejercicio indispensable del espíritu de generalización, hasta que pueda por fin recibir mejor sustento. Por su carácter contradictorio, el régimen metafísico u ontológico se encuentra siempre en esa inevitable alternativa de tender a una vana restauración del estado teológico para satisfacer las condiciones del orden, o impulsar a una situación puramente negativa a fin de librarse del dominio opresor de la teología. Esta oscilación necesaria, que ahora ya se observa solamente en relación con las más difíciles teorías, existió antes incluso en lo relativo a las más simples, mientras duró su edad metafísica, en virtud de la impotencia orgánica propia siempre de semejante manera de filosofar. Se puede asegurar que, si la razón pública no la hubiera eliminado hace mucho tiempo por ciertas razones fundamentales, subsistirían todavía esencialmente las insensatas dudas que suscitó hace veinte siglos sobre la existencia de los cuerpos exteriores, pues nunca las dispó con ninguna argumentación decisiva. Puede, pues, considerarse finalmente el estado metafísico como una especie de enfermedad crónica inherente por naturaleza a nuestra evolución mental, individual o colectiva, entre la infancia y la virilidad.

11. Como las especulaciones históricas no se remontan casi nunca, en los modernos, más allá de los tiempos politeístas, el espíritu metafísico debe parecer casi tan antiguo como el mismo espíritu teológico, puesto que ha presidido necesariamente, aunque de una manera implícita, la transformación primitiva del fetichismo en politeísmo a fin de suplir ya la actividad puramente sobrenatural que, retirada así directamente de cada cuerpo particular, debía dejar espontáneamente en su lugar alguna entidad correspondiente. No obstante, como esta primera revolución teológica no pudo entonces dar lugar a ninguna verdadera discusión, la intervención continua del espíritu ontológico no comenzó a devenir plenamente carac-

terística hasta la revolución siguiente por la reducción del politeísmo a monoteísmo, cuyo órgano natural hubo de ser. Su creciente influencia debía parecer orgánica al principio mientras permaneció subordinada al impulso teológico; pero luego, su naturaleza esencialmente disolvente debió manifestarse cada vez más, cuando intentó gradualmente llevar la simplificación de la teología más allá del monoteísmo vulgar, que constituía, necesariamente, la fase extrema verdaderamente posible de la filosofía inicial. De esta manera, durante los cinco últimos siglos el espíritu metafísico ha secundado negativamente el desarrollo fundamental de nuestra filosofía moderna, descomponiendo poco a poco el sistema teológico que se había hecho finalmente retrógrado, desde que, a finales de la Edad Media, quedó esencialmente agotada la eficacia social del régimen monoteísta. Desgraciadamente, la acción excesivamente prolongada de las concepciones ontológicas, después de haber cumplido en cada género ese cometido indispensable pero transitorio, hubo de tender a impedir también cualquier otra organización real del sistema especulativo, de suerte que el obstáculo más peligroso para la instauración final de una verdadera filosofía proviene hoy, en realidad, de ese mismo espíritu que con frecuencia se abroga todavía el privilegio casi exclusivo de las meditaciones filosóficas.

III

Estado positivo o real

1º CARÁCTER PRINCIPAL: LA LEY O SUBORDINACIÓN CONSTANTE DE LA IMAGINACIÓN A LA OBSERVACIÓN

12. Esta larga sucesión de preámbulos necesarios conduce al fin nuestra inteligencia, gradualmente emancipada, a su estado definitivo de positividad racional, que debe quedar aquí caracterizada de una manera más especial que los dos estados preliminares. Una vez que tales ejercicios preparatorios han comprobado la inanidad radical de las explicaciones vagas y arbitrarias propias de la filosofía inicial, sea teológica, sea metafísica, el espíritu humano renuncia en lo sucesivo a las indagaciones absolutas que no convenían más que a su infancia, y circunscribe sus esfuerzos al dominio, a partir de entonces rápidamente progresivo, de la verdadera observación, única base posible de los conocimientos verdaderamente accesibles, razonablemente adaptados a nuestras necesidades reales. La lógica especulativa había consistido hasta entonces en razonar, de una manera más o menos sutil, sobre principios confusos, que careciendo de toda prueba suficiente, suscitaban siempre debates sin fin. En lo sucesivo la lógica reconoce como

regla fundamental que toda proposición que no es estrictamente reducible al simple enunciado de un hecho, particular o general, no puede tener ningún sentido real e inteligible. Los principios mismos que emplea no son a su vez más que verdaderos hechos, sólo que más generales y abstractos que aquellos a los que deben servir de vínculo. Por otra parte, cualquiera que sea el modo, racional o experimental, de proceder a su descubrimiento, su eficacia científica resulta exclusivamente de su conformidad, directa o indirecta, con los fenómenos observados. La pura imaginación pierde así irrevocablemente su antigua supremacía mental y se subordina necesariamente a la observación, constituyendo un estado lógico plenamente normal, sin dejar no obstante de ejercer, en las especulaciones positivas, un oficio tan capital como inagotable para crear o perfeccionar los medios de relación, bien definitiva, bien provisional. En una palabra, la revolución fundamental que caracteriza la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir en todo la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, por la simple averiguación de las *leyes*, o sea de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados. Trátese de los menores o de los más sublimes efectos del choque y del peso, lo mismo que del pensamiento y de la moralidad, nosotros no podemos conocer verdaderamente más que las diversas relaciones mutuas propias de su cumplimiento, sin penetrar nunca en el misterio de su producción.

2º NATURALEZA RELATIVA DEL ESPÍRITU POSITIVO

13. No sólo nuestras investigaciones positivas deben esencialmente reducirse, en todo, a la apreciación sistemática de lo que es, renunciando a descubrir su origen primero y su destino final, sino que importa además darse cuenta de que este estudio de los fenómenos, lejos de poder llegar en modo alguno a ser absoluto, debe ser siempre *relativo* a nuestra organización y a nuestra situación. Reconociendo en este doble aspecto la imperfección necesaria de nuestros diversos medios especulativos, se ve que, lejos de poder estudiar completamente ninguna existencia efectiva, no podríamos garantizar en modo alguno la posibilidad de comprobar también, ni siquiera muy superficialmente, todas las existencias reales, cuya mayor parte debemos quizá desconocer totalmente. Si la pérdida de un sentido importante basta para ocultarnos radicalmente un orden entero de fenómenos naturales, tenemos todas las razones para pensar que, recíprocamente, la adquisición de un sentido nuevo nos descubriría una clase de hechos de los que actualmente no tenemos la menor idea, a menos de creer que la diversidad de los sentidos, tan diferente entre los principales tipos de

animalidad, ha llegado en nuestro organismo al más alto grado que pueda exigir la exploración total del mundo exterior, suposición evidentemente gratuita y casi ridícula. Ninguna ciencia puede poner de manifiesto mejor que la astronomía esa naturaleza necesariamente relativa de todos nuestros conocimientos reales, puesto que al no poder realizarse la investigación de los fenómenos más que con un solo sentido, es muy fácil apreciar las consecuencias especulativas de su supresión o de su simple alteración. Para una especie ciega, por muy inteligente que la supusiéramos, no podría existir ninguna astronomía, ni tratándose de astros oscuros, que son quizá los más numerosos, ni siquiera si la atmósfera a través de la cual observamos los cuerpos celestes fuera siempre y por todas partes nebulosa. Todo el curso de este *Tratado* nos ofrecerá frecuentes ocasiones de apreciar espontáneamente, de la manera menos equívoca, esa íntima dependencia en que el conjunto de nuestras condiciones propias, tanto interiores como exteriores, mantiene a cada uno de nuestros estudios positivos.

14. Para caracterizar en la medida necesaria esta naturaleza forzosamente relativa de todos nuestros conocimientos reales, hay que darse cuenta también, desde el punto de vista más filosófico, de que, si nuestras mismas concepciones, cualesquiera que sean, deben ser consideradas como otros tantos fenómenos humanos, tales fenómenos no son simplemente individuales, sino también y sobre todo sociales, puesto que resultan en realidad de una evolución colectiva y continua, en la que todos los elementos y todas las fases están esencialmente conexas. De modo que si en el primer aspecto se reconoce que nuestras especulaciones deben siempre depender de las diversas condiciones de nuestra existencia individual, en el segundo hay que admitir igualmente que no están menos subordinadas al conjunto de la progresión social, no pudiendo tener nunca esa fijeza absoluta que los metafísicos han supuesto. Ahora bien: la ley general del movimiento fundamental de la Humanidad consiste, a este respecto, en que nuestras teorías tienden cada vez más a representar exactamente los objetos exteriores de nuestras constantes investigaciones, pero sin que pueda, en ningún caso, ser plenamente apreciada la verdadera constitución de cada uno de ellos, debiendo limitarse la perfección científica a aproximarse a este límite ideal hasta donde lo exigen nuestras diversas necesidades reales. Este segundo género de dependencia, propio de las especulaciones positivas, se manifiesta tan claramente como el primero en el curso entero de los estudios astronómicos, considerando, por ejemplo, la serie de las nociones, cada vez más satisfactorias, obtenidas desde el origen de la geometría celeste, sobre la figura de la Tierra, sobre la forma de las órbitas planetarias, etcétera. Así pues, aunque por una parte las doctrinas científicas sean necesariamente de una naturaleza bastante variable como para obligarnos a desechar toda aspiración a lo absoluto, sus variaciones graduales no presentan, por otra

parte, ningún carácter arbitrario que pueda motivar un escepticismo todavía más peligroso; cada cambio sucesivo conserva, por lo demás, espontáneamente, en las teorías correspondientes, una aptitud indefinida para representar los fenómenos que les han servido de base al menos mientras no se tenga que rebasar el grado primitivo de precisión efectiva.

3º DESTINO DE LAS LEYES POSITIVAS: PREVISIÓN RACIONAL

15. Desde que la subordinación constante de la imaginación a la observación ha sido unánimemente reconocida como la primera condición fundamental de toda sana especulación científica, una viciosa interpretación ha llevado con frecuencia a abusar mucho de este gran principio lógico, para hacer degenerar la ciencia real en una especie de estéril acumulación de hechos incoherentes, que no podría ofrecer más mérito esencial que el de la exactitud parcial. Importa, pues, darse bien cuenta de que el verdadero espíritu positivo está, en el fondo, tan lejos del empirismo como del misticismo; es entre estas dos aberraciones, igualmente funestas, por donde debe caminar siempre: la necesidad de tal reserva continua, tan difícil como importante, bastaría por lo demás para comprobar, conforme a nuestras explicaciones iniciales, hasta qué punto debe ser maduramente preparada la positividad, para que no pueda en modo alguno convenir al estado naciente de la Humanidad. En estas leyes de los fenómenos consiste realmente la *ciencia*, para la que los hechos propiamente dichos, por muy exactos y numerosos que pudieran ser, no significan jamás otra cosa que materiales indispensables. Ahora bien: considerando el destino constante de estas leyes, se puede decir, sin ninguna exageración, que la verdadera ciencia, lejos de estar formada de simples observaciones, tiende siempre a dispensar, en lo posible, de la exploración directa, sustituyendo ésta por esa previsión racional que constituye, en todos los aspectos, el carácter principal del espíritu positivo, como nos lo hará ver claramente el conjunto de los estudios astronómicos. Una previsión tal, consecuencia necesaria de las relaciones constantes descubiertas entre los fenómenos, no permitirá nunca confundir la ciencia real con esa vana *erudición* que acumula inútilmente hechos sin aspirar a deducir unos de otros. Este gran atributo de todas nuestras sanas especulaciones es tan importante para su utilidad efectiva como para su propia dignidad; pues la exploración directa de los fenómenos cumplidos no bastaría para permitirnos modificar su cumplimiento si no nos condujera a preverlo convenientemente. De suerte que el verdadero espíritu positivo consiste, sobre todo, *en ver para prever*, en estudiar lo que

es para deducir lo que será, según el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales.²

4º EXTENSIÓN UNIVERSAL DEL DOGMA FUNDAMENTAL DE LA INVARIABILIDAD DE LAS LEYES NATURALES

16. Este principio fundamental de toda la filosofía positiva, sin que abarque todavía suficientemente, ni mucho menos, la totalidad de los fenómenos, comienza por fortuna, desde hace tres siglos, a ser tan familiar, que, por causa de los hábitos absolutos anteriormente arraigados, se ha desconocido siempre hasta ahora su verdadera fuente, esforzándose, con una vana y confusa argumentación metafísica, en representar como una especie de noción innata, o al menos primitiva, lo que en realidad no ha podido resultar sino de una lenta inducción gradual, colectiva e individual a la vez. No solamente no hay ningún motivo racional, independiente de toda exploración exterior, que nos indique previamente la invariabilidad de las relaciones físicas, sino que por el contrario, es indudable que el espíritu humano tiene, durante su larga infancia, una inclinación muy viva a desconocerla, incluso allí donde una observación imparcial la pondría ya de manifiesto si su tendencia necesaria no le llevara a atribuir todos los hechos, cualesquiera que sean, y sobre todo los más importantes, a voluntades arbitrarias. En cada orden de fenómenos hay, sin duda, algunos lo bastante simples y lo bastante familiares para que su observación espontánea haya sugerido siempre el sentimiento confuso e incoherente de una cierta regularidad secundaria; de suerte que el punto de vista puramente teológico no ha podido nunca ser rigurosamente universal. Pero esta convicción parcial y precaria se limita, durante mucho tiempo, a los fenómenos menos numerosos y más subalternos, sin poder siquiera preservarlos entonces de las frecuentes alteraciones atribuidas a la intervención preponderante de los agentes sobrenaturales. El principio de la invariabilidad de las leyes naturales sólo comenzó realmente a adquirir alguna consistencia filosófica cuando los primeros trabajos verdaderamente científicos pudieron poner de manifiesto su exactitud esencial en un orden entero de grandes fenómenos; y esto sólo podía resultar suficientemente de la fundación de la

2. Sobre esta apreciación general del espíritu y de la marcha propios del método positivo, se puede estudiar, con mucho fruto, la preciosa obra titulada: «A system of logic, ratiocinative and inductive», recientemente publicada en Londres (ed. John Parker, West Strand, 1843), por mi eminente amigo M. John Stuart Mill, tan plenamente asociado en lo sucesivo a la fundación directa de la nueva filosofía. Los siete últimos capítulos del tomo primero contienen una admirable exposición dogmática, tan profunda como luminosa, de la lógica inductiva, que, me atrevo a asegurarle, no podrá nunca concebirse ni caracterizarse mejor desde el punto de vista en que el autor se ha situado.

astronomía matemática durante los últimos siglos del politeísmo. Partiendo de esta introducción sistemática, este orden fundamental ha tendido, sin duda, a extenderse, por analogía, a los fenómenos más complicados, incluso antes de que pudieran conocerse sus leyes propias. Pero, aparte su esterilidad efectiva, esta vaga anticipación lógica tenía entonces demasiado poca energía para resistir convenientemente a la activa supremacía mental que aún conservaban las ilusiones teologicometafísicas. Luego fue indispensable un primer esbozo especial de las leyes naturales en cada orden principal de fenómenos para dar a tal noción esa fuerza inconvencible que comienza a presentar en las ciencias más avanzadas. Esta convicción no podía llegar a ser lo bastante firme mientras no se ha extendido semejante elaboración a todas las especulaciones fundamentales, pues la incertidumbre que dejaban las más complicadas tenía que afectar más o menos a todas las demás. Esta tenebrosa reacción resulta evidente, incluso hoy cuando por la ignorancia todavía habitual de las leyes sociológicas, el principio de la invariabilidad de las leyes físicas permanece aún sujeto a graves alteraciones, hasta en los estudios puramente matemáticos, en los que vemos, por ejemplo, preconizar cada día un supuesto cálculo de probabilidades que supone implícitamente la ausencia de toda ley real con respecto a ciertos acontecimientos, sobre todo cuando en ellos interviene el hombre. Pero cuando, por fin, queda suficientemente esbozada esa extensión universal, condición ahora cumplida en las mentes más avanzadas, este gran principio filosófico adquiere inmediatamente una plenitud decisiva, aunque hayan de permanecer ignoradas durante mucho tiempo aún las leyes efectivas de la mayor parte de los casos particulares; porque una irresistible analogía aplica entonces a todos los fenómenos de cada orden lo que sólo para algunos de ellos ha sido comprobado, con tal de que tengan una importancia considerable.

CAPÍTULO II

Destino del espíritu positivo

17. Después de haber considerado el espíritu positivo en relación con los objetos exteriores de nuestras especulaciones, es preciso acabar de caracterizarlo explicando también su destino interior, para la satisfacción continua de nuestras propias necesidades, lo mismo las concernientes a la vida contemplativa que a la vida activa.

I

Constitución completa y estable de la armonía mental, individual y colectiva: todo en relación a la Humanidad

18. Aunque las necesidades puramente mentales sean sin duda las menos enérgicas de todas las inherentes a nuestra naturaleza, su existencia directa y permanente es, sin embargo, indiscutible en todas las inteligencias: constituyen el primer estímulo indispensable a nuestros diversos esfuerzos filosóficos, con demasiada frecuencia atribuidos sobre todo a los impulsos prácticos, que ciertamente los desarrollan mucho, pero que no podrían originarlos. Estas exigencias intelectuales, relativas, como todas las demás, al ejercicio regular de las funciones correspondientes, requieren siempre una feliz combinación de estabilidad y de actividad, de donde resultan las necesidades simultáneas de *orden* y de *progreso*, o de correlación o de extensión. Durante la larga infancia de la Humanidad, solamente los conceptos teologicometafísicos podían, según nuestras explicaciones ante-

riores, cumplir provisionalmente esta doble condición fundamental, aunque de una manera sumamente imperfecta. Pero cuando la razón humana ha llegado por fin a la madurez suficiente para renunciar francamente a las indagaciones inaccesibles y circunscribir prudentemente su actividad al dominio verdaderamente apreciable de nuestras facultades, la filosofía positiva le procura sin duda, en todos los aspectos, una satisfacción mucho más completa, a la vez que más real, de esas dos necesidades elementales. En realidad, tal es evidentemente, en un nuevo aspecto, el destino directo de las leyes que descubre sobre los diversos fenómenos y de la previsión racional inseparable de las mismas. Para cada orden de hechos, estas leyes deben ser divididas en dos clases, según que relacionen por *semejanza* los que coexisten, o —por *filiación*— los que se suceden. Esta indispensable distinción corresponde esencialmente, en cuanto al mundo exterior, a la que éste nos ofrece siempre espontáneamente entre los dos estados correlativos de existencia y de movimiento; de donde resulta, en toda ciencia real, una fundamental diferencia entre la apreciación *estática* y la *dinámica* de un hecho cualquiera. Ambas clases de relaciones contribuyen igualmente a explicar los fenómenos, y llevan parejamente a preverlos, aunque las leyes de la armonía parezcan destinadas sobre todo a la explicación, y las leyes de sucesión, a la previsión. En realidad, trátase de explicar o de prever, todo se reduce siempre a relacionar: toda relación real, sea estática o dinámica, descubierta entre dos fenómenos cualesquiera, permite a la vez explicarlos y preverlos uno después de otro, dado que la previsión científica corresponde evidentemente al presente, e incluso al pasado, tanto como al futuro, puesto que consiste en conocer un hecho independientemente de su exploración directa, en virtud de sus relaciones con otros ya dados. Así, por ejemplo, la asimilación demostrada entre la gravitación celeste y el peso terrestre ha llevado, fundándose en las variaciones pronunciadas de la primera, a prever las débiles variaciones de la segunda, que la observación inmediata no bastaba a descubrir, aunque luego las haya confirmado; de la misma manera, en sentido inverso, la relación antiguamente observada entre el período elemental de las mareas y el día lunar quedó explicada en cuanto se comprobó la elevación de las aguas en cada punto como resultado del paso de la Luna por el meridiano local. Todas nuestras verdaderas necesidades convergen, pues, esencialmente en esta común distinción: consolidar en todo lo posible, mediante nuestras especulaciones sistemáticas, la unidad espontánea de nuestro entendimiento, constituyendo la continuidad y la homogeneidad de nuestras concepciones de modo que satisfagan igualmente a las exigencias simultáneas del orden y del progreso permitiéndonos recuperar la constancia en medio de la variedad. Ahora bien: es evidente que, en este aspecto fundamental, la filosofía positiva implica necesariamente, en las mentes bien preparadas, una aptitud

muy superior a la que pudo ofrecer nunca la filosofía teologicometafísica. Aun considerada ésta en los tiempos de su culminación, a la vez mental y social o sea en el estado politeísta, la unidad intelectual se encontraba constituida en ella de una manera ciertamente mucho menos completa y menos estable que lo estará dentro de poco tiempo gracias a la universal preponderancia del espíritu positivo, cuando por fin se extienda éste habitualmente a las más eminentes especulaciones. Entonces, en efecto, reinará en todo, de diversas maneras y en diferentes grados, esa admirable constitución lógica de la que sólo los más simples estudios pueden darnos hoy una idea justa, y en la que la correlación y la extensión, ambas plenamente garantizadas, resultan, además, espontáneamente solidarias. Este gran resultado filosófico no exige, por lo demás, otra condición necesaria que la obligación permanente de limitar todas nuestras especulaciones a indagaciones verdaderamente accesibles, considerando las relaciones reales, sean de semejanza, sean de sucesión, incapaces de constituir por sí mismas para nosotros otra cosa que simples hechos generales que hay que procurar siempre reducir al menor número posible, sin que el misterio de su producción pueda nunca ser revelado en modo alguno, conforme al carácter fundamental del espíritu positivo. Pero si esta constancia efectiva de las relaciones naturales es lo único que podemos verdaderamente apreciar, también es plenamente suficiente para nuestras verdaderas necesidades, ya de contemplación, ya de dirección.

19. Importa, sin embargo, reconocer en principio que, en el régimen positivo, la armonía de nuestras concepciones queda forzosamente limitada a cierto grado, por la obligación fundamental de su *realidad*, o sea de una suficiente conformidad a tipos independientes de nosotros. Nuestra inteligencia, en su ciego instinto de relación, aspira casi a poder siempre relacionar entre ellos dos fenómenos cualesquiera, simultáneos o sucesivos; pero el estudio del mundo exterior demuestra, por el contrario, que muchas de estas relaciones serían puramente quiméricas y que continuamente se producen innumerables acontecimientos sin ninguna verdadera dependencia mutua; de suerte que esa indispensable tendencia necesita, tanto como cualquier otra, someterse a las reglas de una sana apreciación general. La mente humana, habituada durante tanto tiempo a una especie de unidad de doctrina, por muy vaga e ilusoria que tuviera que ser bajo el imperio de las ficciones teológicas y de las entidades metafísicas, al pasar al estado positivo ha intentado al principio reducir todos los diversos órdenes de fenómenos a una sola ley común. Pero todos los intentos realizados durante los dos últimos siglos para obtener una explicación universal de la Naturaleza sólo han servido para desacreditar radicalmente este propósito, abandonado después a las inteligencias mal cultivadas. Una razonable exploración del mundo exterior lo ha visto mucho menos coherente de lo

que lo supone o lo desea nuestro entendimiento, muy dispuesto por su propia debilidad a multiplicar relaciones favorables a su trabajo, y sobre todo a su reposo. Las seis categorías fundamentales que distinguimos a continuación entre los fenómenos naturales no sólo no podrían ser reducidas todas a una sola ley universal, sino que hoy existen muchas razones para asegurar que la unidad de explicación, todavía perseguida por tantas mentes serias para cada una de ellas tomada independientemente, no está finalmente vedada, incluso en este dominio mucho más restringido. La astronomía ha dado origen, en este aspecto, a esperanzas demasiado empíricas, que nunca podrían realizarse en cuanto a los fenómenos más complicados, no solamente tratándose de la física propiamente dicha, cuyas cinco ramas principales serán siempre distintas entre sí, pese a sus indiscutibles relaciones. Se tiende frecuentemente a exagerar mucho los inconvenientes lógicos de esta necesaria dispersión, porque no se aprecian bien las ventajas reales que ofrece la transformación de las inducciones en deducciones. No obstante, hay que reconocer francamente que esta imposibilidad directa de incluirlo todo en una sola ley positiva es una grave imperfección, consecuencia inevitable de la condición humana, que nos obliga a aplicar una inteligencia muy débil a un universo demasiado complicado.

20. Pero esta indiscutible necesidad, que hay que reconocer para evitar todo gasto inútil de fuerzas mentales, no impide en modo alguno que la ciencia real tenga, en otro aspecto, una suficiente unidad filosófica, equivalente a la que constituyeron transitoriamente la teología o la metafísica, y por otra parte muy superior, tanto en estabilidad como en plenitud. Para percibir la posibilidad y apreciar la naturaleza de esa unidad filosófica, hay que recurrir en primer término a la luminosa distinción general esbozada por Kant entre los dos puntos de vista, el *objetivo* y el *subjetivo*, propios de un estudio cualquiera. Considerada en el primer aspecto, o sea en cuanto al destino exterior de nuestras teorías, como exacta representación del mundo real, nuestra ciencia no es ciertamente susceptible de una plena sistematización, debido a una inevitable diversidad entre los fenómenos fundamentales. En este sentido, no debemos buscar otra unidad que la del método positivo considerado en su conjunto, sin aspirar a una verdadera unidad científica, sino solamente a la homogeneidad y a la convergencia de las diferentes doctrinas. La cosa es muy diferente en el otro aspecto, o sea en cuanto a la fuente interior de las teorías humanas consideradas como resultados naturales de nuestra evolución mental, a la vez individual y colectiva, destinadas a la normal satisfacción de nuestras propias necesidades, cualesquiera que sean. Referidos no al universo, sino al hombre, o más bien a la Humanidad, nuestros conocimientos reales tienden hacia una completa sistematización, tanto científica como lógica. De modo que, en el fondo, sólo se debe concebir una sola ciencia, la ciencia humana,

o más exactamente social, que tiene como principio y a la vez como fin nuestra existencia, y en la que se funden naturalmente el estudio racional del mundo exterior, en el doble aspecto de elemento necesario y de preámbulo fundamental, igualmente indispensable en cuanto al método y en cuanto a la doctrina, como explicaré luego. Únicamente así pueden nuestros conocimientos positivos formar un verdadero sistema y ofrecer por tanto un carácter plenamente satisfactorio. La misma astronomía, aunque objetivamente más perfecta que las demás ramas de la filosofía natural, por su superior simplicidad, no lo es más que en este aspecto humano, pues el conjunto de este *Tratado* pondrá claramente de manifiesto que, referida al universo y no al hombre, resultaría muy imperfecta, puesto que todos nuestros estudios reales se limitan en ella necesariamente a nuestro mundo, que sin embargo no es sino un mínimo elemento del universo, cuya exploración nos está esencialmente vedada. Tal es, pues, la disposición general que debe finalmente prevalecer en la filosofía verdaderamente positiva, no sólo en cuanto a las teorías directamente relativas al hombre y a la sociedad, sino también en cuanto a las que conciernen a los fenómenos más simples, a los más distantes, en apariencia, de esta común apreciación: concebir todas nuestras especulaciones como productos de nuestra inteligencia, destinados a satisfacer nuestras diversas necesidades esenciales, y no apartándose nunca del hombre sino para mejor volver a él después de haber estudiado los demás fenómenos hasta donde es indispensable conocerlos, sea para desarrollar nuestras fuerzas, sea para apreciar nuestra naturaleza y nuestra condición. De esta manera se puede ver cómo, en el espíritu positivo, la noción preponderante de la Humanidad debe constituir necesariamente una plena sistematización mental, por lo menos equivalente a la que había llegado a constituir la edad teológica fundada en la gran concepción de Dios, reemplazada luego, tan débilmente en este aspecto, por la vaga idea de la Naturaleza.

21. Una vez caracterizada así la aptitud espontánea del espíritu positivo para constituir la unidad final de nuestro entendimiento, resulta fácil completar esta explicación fundamental extendiéndola del individuo a la especie. Esta indispensable prolongación era hasta ahora imposible para los filósofos modernos, que, no habiendo podido rebasar suficientemente el estado metafísico, no se han colocado nunca en el punto de vista social, único susceptible de una plena realidad, científica o lógica, puesto que el hombre no se desarrolla aisladamente, sino colectivamente. Desechando, por radicalmente estéril, o más bien profundamente nociva, esa viciosa abstracción de nuestros psicólogos o ideólogos, la tendencia sistemática que acabamos de señalar en el espíritu positivo cobra al fin toda su importancia, porque indica en él el verdadero fundamento filosófico de la sociabilidad humana, al menos en cuanto ésta depende de la inteligencia, cuya influencia

capital, aunque de ningún modo exclusiva, es indiscutible. El mismo problema humano, en diversos grados de dificultad, es constituir la unidad lógica de cada entendimiento aislado o establecer una convergencia duradera entre dos entendimientos distintos, cuyo número sólo podría, esencialmente, influir en la rapidez de la operación. Por eso, en todo tiempo, el que ha podido llegar a ser suficientemente consecuente ha adquirido con ello la facultad de agrupar gradualmente a los demás, según la similitud fundamental de nuestra especie. Si, durante la infancia de la Humanidad, fue la filosofía teológica la única capaz de sistematizar la sociedad, ello se explica porque era la fuente exclusiva de una cierta armonía mental. Y si el privilegio de la coherencia lógica ha pasado ya de modo irrevocable al espíritu positivo, cosa que apenas puede discutirse seriamente, habrá que reconocer asimismo en él el único principio efectivo de esa gran comunión intelectual que es base necesaria de toda verdadera asociación humana, cuando va convenientemente unida a las otras dos condiciones fundamentales: una suficiente conformidad de sentimientos y una cierta convergencia de intereses. La deplorable situación filosófica de lo más selecto de la Humanidad bastaría hoy para dispensar de toda discusión en este punto, puesto que sólo se observa verdadera comunidad de opiniones en los temas ya incorporados a teorías positivas, y que, desgraciadamente, no son, ni mucho menos, los más importantes. Una observación directa y especial, que estaría aquí fuera de lugar, pone manifiestamente en claro que sólo la filosofía positiva puede realizar gradualmente ese noble proyecto de asociación universal que, en la Edad Media, había esbozado de modo prematuro el catolicismo, pero que, en el fondo, era necesariamente incompatible, como lo ha demostrado por completo la experiencia, con la naturaleza teológica de su filosofía, la cual establecía una coherencia lógica demasiado débil para tener tal eficacia social.

II

Armonía entre la ciencia y el arte, entre la teoría positiva y la práctica

22. Caracterizada ya de modo suficiente la aptitud fundamental del espíritu positivo en relación con la vida especulativa, sólo nos falta considerarlo también en relación con la vida activa, que, sin poder mostrar en él ninguna propiedad verdaderamente nueva, manifiesta de una manera mucho más completa y, sobre todo, más decisiva, todos los atributos que le hemos reconocido. Aunque incluso en este aspecto, hayan sido necesarias durante mucho tiempo las concepciones teológicas para despertar y sostener el ardor del hombre con la esperanza indirecta de una especie de imperio

ilimitado, es precisamente en este aspecto donde el espíritu humano ha tenido que mostrar primero su predilección final por los conocimientos reales. En efecto, el estudio positivo de la naturaleza humana comienza hoy a ser universalmente considerado, en especial, como base racional de la acción de la Humanidad sobre el mundo exterior. Nada más cuerdo, en el fondo, que este juicio vulgar y espontáneo; pues, destino tal, cuando es convenientemente apreciado, recuerda necesariamente, en la más afortunada síntesis, todos los grandes caracteres del verdadero espíritu filosófico, tanto en cuanto a la racionalidad como en cuanto a la positividad. El orden natural que resulta, en cada caso práctico del conjunto de las leyes de los fenómenos correspondientes debemos, sin duda, comenzar por conocerlo bien para que podamos modificarlo a nuestra conveniencia, o al menos adaptar a él nuestra conducta, si es imposible toda intervención humana en él, como ocurre con los hechos celestes. Este estudio sirve sobre todo para hacer familiarmente apreciable esa previsión racional que, como hemos visto, constituye, en todos los aspectos, el carácter principal de la verdadera ciencia; pues es evidente que la pura erudición, en la que los conocimientos, reales pero incoherentes, consisten en hechos y no en leyes, no basta para dirigir nuestra actividad. Sería superfluo insistir aquí en una explicación tan poco rebatible. Verdad es que la exorbitante preponderancia hoy concedida a los intereses materiales ha llevado con demasiada frecuencia a entender esta necesaria relación de una manera que compromete gravemente el porvenir científico, tendiendo a limitar las especulaciones positivas únicamente a las investigaciones de una utilidad inmediata. Pero esta ciega disposición proviene únicamente de una manera falsa y angosta de concebir la gran relación de la ciencia con el *arte*, por no haber considerado una y otra bastante profundamente. El estudio de la astronomía es el más propio de todos para rectificar tendencia tal, sea porque su simplicidad superior permite captar mejor el conjunto, sea en virtud de la espontaneidad más íntima de las aplicaciones correspondientes, que, desde hace veinte siglos, van evidentemente unidas a las más sublimes especulaciones, como se verá claro en este *Tratado*. Pero importa sobre todo saber en este punto, que la relación fundamental entre la ciencia y el arte no ha sido hasta ahora convenientemente concebida, ni siquiera por las mejores mentes, debido a una consecuencia necesaria de la insuficiente extensión de la filosofía natural, que todavía permanece ajena a las investigaciones más importantes y más difíciles, las que conciernen directamente a la sociedad humana. En efecto, la concepción racional de la acción del hombre sobre la Naturaleza ha permanecido esencialmente limitada al mundo inorgánico, de donde resultaría un demasiado imperfecto estímulo científico. Cuando se haya salvado suficientemente esta inmensa laguna, como comienza a salvarse hoy, se podrá apreciar la importancia fundamental de este gran destino

práctico para estimular habitualmente, e incluso muchas veces, para dirigir mejor las grandes especulaciones, con la única condición normal de una positividad constante. Entonces, el arte no será únicamente geométrico, mecánico o químico, etcétera, sino también, y sobre todo, político y moral, puesto que la principal acción ejercida por la humanidad debe, en todos los aspectos, consistir en el perfeccionamiento continuo de su propia naturaleza, individual o colectiva, entre los límites que indica, lo mismo que, en cualquier otro caso, el conjunto de las leyes reales. Cuando haya llegado a realizarse convenientemente esta solidaridad espontánea de la ciencia con el arte, no cabe duda de que, lejos de tender en modo alguno a restringir las sanas especulaciones filosóficas, les asignaría, por el contrario, un oficio final demasiado superior a su alcance efectivo, si de antemano no hubiéramos reconocido, como principio general, la imposibilidad de hacer nunca el arte puramente racional, o sea, de elevar nuestras previsiones teóricas al verdadero nivel de nuestras necesidades prácticas. Hasta en las artes más simples y en las más perfectas, es siempre indispensable un desarrollo directo y espontáneo, sin que las indicaciones científicas puedan, en ningún caso, suplirlo completamente. Por muy satisfactorias que hayan llegado a ser, por ejemplo, nuestras previsiones astronómicas, su precisión es todavía y será probablemente siempre inferior a nuestras justas exigencias prácticas, como tendré a menudo ocasión de indicar.

23. Esta tendencia espontánea a constituir directamente una completa armonía entre la vida especulativa y la vida activa debe ser finalmente considerada como el privilegio más precioso del espíritu positivo y ninguna otra propiedad puede manifestar tan bien el verdadero carácter del mismo, ni facilitar más su ascendiente real. Nuestro ardor especulativo es así mantenido, e incluso dirigido, por un estímulo poderoso y continuo sin el cual la inercia natural de nuestra inteligencia la inclinaría con frecuencia a satisfacer sus débiles necesidades teóricas con explicaciones fáciles pero insuficientes, mientras que el pensamiento de la acción final recuerda siempre la condición de una precisión conveniente. Al mismo tiempo este gran destino práctico completa y circunscribe, en cada caso, la prescripción fundamental relativa al descubrimiento de las leyes naturales, tendiendo a determinar, según las exigencias de la aplicación, el grado de exactitud y de alcance de nuestra previsión racional, cuya justa medida no podría, en general, fijarse de otro modo. Si, por una parte, no podría la perfección científica rebasar tal límite, sino que, por el contrario, nunca llegará realmente a él, por otra parte no podría franquearlo sin caer inmediatamente en una apreciación demasiado minuciosa, tan quimérica como estéril, y que hasta comprometería finalmente todos los fundamentos de la verdadera ciencia, puesto que nuestras leyes no pueden nunca representar los fenómenos sino con una cierta aproximación, más allá de la cual sería tan

peligroso como inútil llevar nuestras investigaciones. Cuando esta relación fundamental de la ciencia con el arte esté convenientemente sistematizada, sin duda tenderá a veces a desacreditar tentativas teóricas cuya radical esterilidad sería indiscutible; pero esta inevitable disposición, lejos de presentar ningún inconveniente real, sería muy favorable a nuestros intereses especulativos, previniendo ese vano desperdicio de nuestras débiles fuerzas mentales que hoy resulta, muy a menudo, de una ciega especialización. En la evolución preliminar del espíritu positivo, éste ha tenido que dedicarse a cualesquiera cuestiones que le resultaban accesibles, sin inquirir demasiado su importancia final, derivada de su relación propia con un conjunto que no podía percibirse al principio. Pero ese instinto provisional, sin el que la ciencia hubiera carecido con frecuencia de un conveniente sustento, debe acabar por quedar subordinado habitualmente a una justa apreciación sistemática, tan pronto como la plena madurez del estado positivo haya permitido suficientemente captar siempre las verdaderas relaciones esenciales de cada parte con el todo, ofreciendo un ancho destino a las más eminentes investigaciones, pero evitando toda especulación pueril.

24. Con respecto a esta íntima armonía entre la ciencia y el arte, importa por último observar especialmente la venturosa tendencia que de ella resulta para desarrollar y consolidar el ascendiente social de la sana filosofía, por una consecuencia espontánea de la creciente preponderancia que tiene evidentemente la vida industrial en nuestra civilización moderna. La filosofía teológica sólo podía realmente convenir a aquellos necesarios tiempos de sociabilidad preliminar, en los que la actividad humana debía ser esencialmente militar, a fin de preparar gradualmente una asociación normal y completa, que al principio era imposible, según la teoría histórica que en otro lugar he establecido. El politeísmo se adaptaba sobre todo al sistema de conquista de la antigüedad, y el monoteísmo a la organización defensiva de la Edad Media. La sociabilidad moderna, al hacer prevalecer cada vez más la vida industrial, debe secundar poderosamente la gran revolución mental que eleva hoy definitivamente nuestra inteligencia, del régimen teológico al régimen positivo. Esta activa tendencia cotidiana al mejoramiento práctico de la condición humana no sólo es, por necesidad, poco compatible con las preocupaciones religiosas, siempre relativas, especialmente las monoteístas, a otro muy diferente destino, sino que además una actividad tal tiene que suscitar finalmente una universal oposición, tan radical como espontánea, a toda filosofía teológica. En efecto, por una parte, la vida industrial es, en el fondo, directamente contraria a todo optimismo providencial, puesto que aquélla supone necesariamente que el orden natural es lo bastante imperfecto como para exigir continuamente la intervención humana, mientras que la teología no admite lógicamente otro medio de modificarlo que el de solicitar un apoyo

sobrenatural. En segundo lugar, esta oposición, inherente al conjunto de nuestras concepciones industriales, se reproduce continuamente, bajo formas muy variadas, en la realización especial de nuestras operaciones, en la cual debemos considerar el mundo exterior, no como dirigido por voluntades, cualesquiera que sean, sino como sometido a leyes, susceptibles de permitirnos una suficiente previsión, sin la cual nuestra actividad práctica no tendría ninguna base racional. De suerte que la misma fundamental correlación que hace la vida industrial tan favorable al ascendiente filosófico del espíritu positivo la imprime, en otro aspecto, una tendencia antiteológica más o menos acentuada, pero, tarde o temprano inevitable, cualesquiera que hayan podido ser los continuos esfuerzos de la prudencia sacerdotal por contener o atemperar el carácter antiindustrial de la filosofía inicial, con la que sólo la vida guerrera era conciliable en suficiente medida. Tal es la íntima solidaridad que hace participar a todos los espíritus modernos, hasta a los más groseros y rebeldes, en la sustitución gradual de la antigua filosofía teológica por una filosofía plenamente positiva, ya la única susceptible de un verdadero ascendiente social.

III

Incompatibilidad final de la ciencia con la teología

25. Así vamos llegando a completar, al fin, la apreciación directa del espíritu filosófico con una última explicación que, aun siendo sobre todo negativa, resulta realmente indispensable hoy para acabar de caracterizar suficientemente la naturaleza y las condiciones de la gran renovación mental actualmente necesaria a lo más selecto de la Humanidad, manifestando directamente la incompatibilidad final de las concepciones positivas con todas las opiniones teológicas, cualesquiera que sean, lo mismo monoteístas que politeístas o fetichistas. Las diversas consideraciones indicadas en este *Discurso* han demostrado ya implícitamente la imposibilidad de ninguna conciliación duradera entre las dos filosofías, ni en cuanto al método ni en cuanto a la doctrina; de suerte que puede quedar aquí fácilmente disipada toda incertidumbre a este respecto. Es verdad que la ciencia y la teología no están en principio en oposición abierta, puesto que no se proponen las mismas cuestiones; esto es lo que ha permitido, durante mucho tiempo, el desarrollo parcial del espíritu positivo a pesar del ascendiente general del espíritu teológico, y hasta en muchos aspectos, bajo su previa tutela. Pero cuando el positivismo racional, limitado al comienzo a humildes investigaciones matemáticas, de las que la teología había desdeñado ocuparse especialmente, comenzó a extenderse al estudio directo de la Naturaleza, principalmente en las teorías astronómicas, la

colisión resultó inevitable, aunque latente, en virtud del contraste fundamental, a la vez científico y lógico, que se fue desarrollando progresivamente desde entonces entre los dos órdenes de ideas. Los motivos lógicos por los cuales la ciencia prescinde radicalmente de los misteriosos problemas de los que la teología se ocupa esencialmente son como para desacreditar, tarde o temprano, en todos los buenos entendimientos, unas especulaciones que sólo se desechan por ser, de toda necesidad, inaccesibles a la razón humana. Por otra parte, la prudente reserva con que el espíritu positivo procede gradualmente ante temas muy fáciles debe hacer indirectamente ver la insensata temeridad del espíritu teológico ante las más difíciles cuestiones. No obstante, es sobre todo en las doctrinas mismas donde la incompatibilidad de ambas filosofías debe resultar patente a la mayor parte de las inteligencias, a las que, generalmente, impresionan muy poco las simples disidencias de método aunque sean en el fondo las más graves, como fuente necesaria que son de todas las demás. Ahora bien: en este nuevo aspecto no se puede menos de observar la oposición radical de los dos órdenes de concepciones, en los que los mismos fenómenos son atribuidos ya a voluntades directrices, ya a leyes invariables. La irregular movilidad, naturalmente inherente a toda idea de voluntad, no puede en modo alguno avenirse con la constancia de las relaciones reales. Por eso, a medida que se han ido conociendo las leyes físicas, el imperio de las voluntades sobrenaturales ha ido quedando cada vez más restringido, estando siempre especialmente consagrado a los fenómenos cuyas leyes permanecían ignoradas. Incompatibilidad tal se hace directamente evidente cuando se opone la previsión racional, que constituye el principal carácter de la verdadera ciencia, a la adivinación por revelación especial, que, según la teología, es la que ofrece el único medio legítimo de conocer el porvenir. Verdad es que el espíritu positivo, llegado a su completa madurez, tiende también a subordinar la voluntad misma a verdaderas leyes, cuya existencia es, en realidad, tácitamente supuesta por la razón vulgar, puesto que los esfuerzos prácticos por modificar y prever las voluntades humanas no podrían tener sin esto ninguna base razonable. Pero noción tal no conduce en modo alguno a conciliar las dos maneras opuestas, según las cuales la ciencia y la teología conciben, necesariamente, la dirección efectiva de los diversos fenómenos, pues semejante previsión y la conducta que de ella resulta exigen evidentemente un profundo conocimiento real del ser en cuyo seno se producen las voluntades. Ahora bien: este fundamento previo no podría provenir sino de un ser por lo menos igual, juzgando así por similitud; no puede concebirse proveniente de un inferior, y la contradicción aumenta con la desigualdad de la Naturaleza. Por eso la teología ha rechazado siempre la pretensión de penetrar de ninguna manera en los designios providenciales, así como sería absurdo suponer a los últimos animales la facultad de prever las voluntades

del hombre o de los otros animales superiores. No obstante, a esta absurda hipótesis llegaríamos necesariamente queriendo conciliar el espíritu teológico con el espíritu positivo.

26. Históricamente considerada, su oposición radical, aplicable a todas las fases esenciales de la filosofía inicial, es generalmente admitida desde hace mucho tiempo en cuanto a las ya completamente franqueadas por los grupos humanos más avanzados. Incluso puede decirse que, en este aspecto, se exagera mucho tal incompatibilidad, por ese desdén absoluto que inspiran ciegamente nuestros hábitos monoteístas hacia los dos estados anteriores del régimen teológico. La sana filosofía, siempre obligada a considerar el modo necesario como cada una de las grandes fases sucesivas de la Humanidad, ha contribuido efectivamente a nuestra evolución fundamental, rectificará cuidadosamente esos injustos prejuicios, que impiden toda verdadera teoría histórica. Pero, aunque el politeísmo y hasta el fetichismo hayan realmente secundado al principio el impulso espontáneo del espíritu de observación, hay que reconocer, no obstante, que no podían ser verdaderamente compatibles con el sentido gradual de la invariabilidad de las relaciones físicas una vez que éste pudo adquirir cierta consistencia sistemática. Por eso debe concebirse esta inevitable oposición como la principal causa secreta de las diversas transformaciones que han ido descomponiendo sucesivamente la filosofía teológica, reduciéndola cada vez más. Éste es el lugar de completar, a este respecto, la indispensable explicación indicada al comienzo de este *Discurso*, en el que dicha disolución gradual ha sido especialmente atribuida al estado metafísico propiamente dicho, que, en el fondo, no podía ser más que el simple órgano de la misma, y nunca el verdadero agente. Debemos, en efecto, advertir que el espíritu positivo, por el defecto de generalización que debía caracterizar su lenta evolución parcial, no podía formular convenientemente sus propias tendencias filosóficas, que, durante nuestros últimos siglos, apenas habían llegado a ser directamente sensibles. De aquí resultaba la necesidad especial de la intervención metafísica, única que podía sistematizar convenientemente la oposición espontánea de la ciencia naciente a la antigua teología. Pero, aunque este cometido haya obligado a exagerar mucho la importancia efectiva de este espíritu transitorio, es, sin embargo, fácil observar que el progreso natural de los conocimientos reales era lo único que daba consistencia seria a su ruidosa actividad. Este progreso continuo, que, en el fondo había llegado a determinar la transformación del fetichismo en politeísmo, constituyó, sobre todo después, la causa esencial del paso del politeísmo al monoteísmo. Como la colisión hubo de operarse principalmente por las teorías astronómicas, este *Tratado* me proporcionará la ocasión natural para caracterizar el grado preciso de su desarrollo, al que hay que atribuir, en realidad, la irrevocable decadencia mental del régimen

politeísta, que veremos cómo es lógicamente incompatible con la fundación decisiva, por la escuela de Tales, de la astronomía matemática.

27. El estudio racional de esta oposición demuestra claramente que no podía limitarse a la teología antigua, y que tuvo que extenderse luego al monoteísmo mismo, aunque su energía debió decrecer al mismo tiempo que su necesidad, a medida que el espíritu teológico continuaba declinando a consecuencia del mismo progreso espontáneo. Sin duda, esta fase extrema de la filosofía inicial era mucho menos contraria que las precedentes al desarrollo de los conocimientos reales, que ya no tropezaban a cada paso con la peligrosa competencia de una explicación natural especialmente formulada. Por eso la evolución preliminar del espíritu positivo hubo de cumplirse sobre todo bajo ese régimen monoteísta. Pero no por menos explícita y más tardía, resultaba la incompatibilidad menos finalmente inevitable, incluso antes del tiempo en que la nueva filosofía llegase a ser lo bastante general como para tomar un carácter verdaderamente orgánico, reemplazando irrevocablemente a la teología en su misión social tanto como en su destino mental. Como el conflicto se ha planteado también especialmente por la astronomía, demostraré aquí con precisión qué evolución más avanzada ha extendido necesariamente hasta el más simple monoteísmo su oposición radical, antes limitada al politeísmo propiamente dicho: entonces se reconocerá que esta inevitable influencia resulta del descubrimiento del doble movimiento de la Tierra, inmediatamente seguido de la fundación de la mecánica celeste. En el estado presente de la razón humana, se puede asegurar que el régimen monoteísta, favorable durante mucho tiempo al impulso primitivo de los conocimientos reales, dificulta profundamente la marcha sistemática que dichos conocimientos deben tomar en lo sucesivo, impidiendo al sentido fundamental de la invariabilidad de las leyes físicas adquirir, al fin, su indispensable plenitud filosófica. Pues el pensamiento continuo de una súbita perturbación arbitraria de la economía natural debe ser siempre inseparable, al menos virtualmente, de toda teología, aun reducida todo lo posible. En efecto, a no ser por este obstáculo, que sólo puede desaparecer con el completo abandono del espíritu teológico, el espectáculo cotidiano del orden real habría determinado ya una universal adhesión al principio fundamental de la filosofía positiva.

28. Varios siglos antes de que el impulso científico permitiera apreciar directamente esta oposición radical, la tradición metafísica había intentado, bajo su secreto impulso, limitar, en el seno mismo del monoteísmo, el ascendiente de la teología, dejando arbitrariamente prevalecer, en el último período de la Edad Media, la célebre doctrina escolástica que somete la acción efectiva del motor supremo a las leyes invariables, leyes que ese motor supremo habría establecido primitivamente prohibiéndose variarlas

jamás. Pero esta especie de transacción espontánea entre el principio teológico y el espíritu positivo no tenía, evidentemente, sino una existencia pasajera, propia para facilitar más la declinación continua del uno y el triunfo gradual del otro. Su imperio estaba, además, limitado a las mentes cultivadas, pues mientras la fe subsistió realmente, el instinto popular tuvo que rechazar siempre con energía una concepción que, en el fondo, tendía a anular el poder providencial, condenándolo a una sublime inercia que dejaba toda la actividad habitual a la gran entidad metafísica, estando así la Naturaleza asociada al gobierno universal, a título de ministro obligado y responsable al que debían dirigirse en lo sucesivo la mayor parte de las quejas y de las peticiones. Se ve que en todos los aspectos esenciales, esta concepción se parece mucho a la que la situación moderna ha hecho prevalecer cada vez más en cuanto a la monarquía constitucional; y esta analogía no es en modo alguno fortuita, puesto que el tipo teológico ha dado, en realidad, la base racional del tipo político. Esta doctrina contradictoria, que destruye la base social del principio teológico sin consagrar el ascendiente fundamental del principio positivo, no podría corresponder a ningún estado verdaderamente normal y duradero: constituye solamente el más poderoso de los medios de transición propios de la última misión necesaria del espíritu teológico.

29. Finalmente, la necesaria incompatibilidad de la ciencia con la teología ha tenido que manifestarse también en otra forma general, especialmente adaptada al estado monoteísta, haciendo resaltar cada vez más la radical imperfección del orden real, opuesto así al inevitable optimismo providencial. Este optimismo debió, sin duda, seguir siendo conciliable, durante mucho tiempo, con el desarrollo espontáneo de los conocimientos positivos, porque un primer análisis de la Naturaleza debía inspirar una ingenua admiración general por el modo de cumplirse los principales fenómenos que constituyen el orden efectivo. Pero esta disposición inicial tiende luego a desaparecer, no menos necesariamente, a medida que el espíritu positivo, tomando un carácter cada vez más sistemático, va sustituyendo poco a poco el dogma de las causas finales por el principio de las *condiciones de existencia*, que ofrece, en más alto grado, todas las propiedades lógicas, sin presentar ninguno de sus graves peligros científicos. Entonces ya no resulta extraño que la constitución de los seres naturales sea tal, en cada caso, que permita el cumplimiento de sus fenómenos efectivos. Estudiando con cuidado esta inevitable armonía, con el único propósito de conocerla mejor, se acaba luego por descubrir las profundas imperfecciones que presenta, en todos los aspectos, el orden real, casi siempre menos sabio que la economía artificial que establece nuestra débil intervención humana en su limitado dominio. Como estos vicios naturales deben ser tanto más grandes cuanto más complicados son los

CAPÍTULO III

Atributos correlativos del espíritu positivo y del buen sentido

I

De la palabra Positivo: sus diversas acepciones resumen los atributos del verdadero espíritu filosófico

30. El concurso espontáneo de las diversas consideraciones generales indicadas en este discurso basta ahora para caracterizar aquí, en todos los aspectos principales, el verdadero espíritu filosófico que, después de una lenta evolución preliminar, llega hoy a su estado sistemático. Vista la evidente necesidad en que nos encontramos ya de calificarlo habitualmente con una breve denominación especial, he tenido que preferir aquella a la que esta universal preparación ha dado cada día más, durante los tres últimos siglos, la preciosa propiedad de resumir lo mejor posible el conjunto de sus atributos fundamentales. Como todos los términos vulgares así elevados gradualmente a la dignidad filosófica, la palabra *positivo* tiene, en nuestras lenguas occidentales, varias acepciones distintas, aun excluyendo el sentido grosero que le dan las mentes mal cultivadas. Pero interesa aclarar aquí que todos esos diversos significados convienen igualmente a la nueva filosofía general, indicando alternativamente diferentes propiedades características de la misma; así pues, esta aparente ambigüedad no ofrecerá en lo sucesivo ningún inconveniente real. Por el contrario, habrá que ver en ella uno de los principales ejemplos de esa admirable condensación de fórmulas que, en

los pueblos adelantados, reúne bajo una sola expresión usual varios atributos distintos, cuando la razón pública ha llegado a conocer su relación permanente.

31. Considerada en primer término en su acepción más antigua y más corriente, la palabra «positivo» designa lo *real*, en oposición a lo quimérico. En este sentido conviene plenamente al nuevo espíritu filosófico, así caracterizado por su constante consagración a las investigaciones verdaderamente accesibles a nuestra inteligencia, con exclusión permanente de los impenetrables misterios de que se ocupaba, sobre todo en su infancia. En otro sentido, muy aproximado al anterior, pero distinto, sin embargo, este término fundamental indica el contraste de lo *útil* con lo ocioso; en este caso, recuerda, en filosofía, el destino necesario de todas nuestras sanas especulaciones, encaminadas al mejoramiento continuo de nuestra verdadera condición individual y colectiva, en lugar de la vana satisfacción de una estéril curiosidad. Según un tercer significado usual, esta afortunada expresión se emplea con frecuencia para designar la oposición entre la certidumbre y la indecisión; indica así la aptitud característica de tal filosofía para constituir espontáneamente la armonía lógica en el individuo y la comunión espiritual en la especie entera, en lugar de esas dudas indefinidas y de esos debates interminables que debía suscitar el antiguo régimen mental. Una cuarta acepción corriente, que se confunde demasiado a menudo con la primera, consiste en oponer lo *preciso* a lo vago; este sentido recuerda la constante tendencia del verdadero espíritu filosófico a llegar en todo al grado de precisión compatible con la naturaleza de los fenómenos y conforme a la exigencia de nuestras verdaderas necesidades; mientras que la antigua manera de filosofar conducía necesariamente a opiniones vagas, que no implicaban una indispensable disciplina sino en el sentido de una opresión permanente, apoyada en una autoridad sobrenatural.

32. Debemos señalar especialmente una quinta aplicación menos usada que las otras, aunque análogamente universal, que es el empleo de la palabra positivo como contraria a *negativo*. En este aspecto, indica una de las eminentes propiedades de la verdadera filosofía moderna, mostrándola especialmente destinada, por su naturaleza, no a destruir, sino a *organizar*. Los cuatro caracteres generales que acabamos de recordar la distinguen a la vez de todos los modos posibles, ya teológicos, ya metafísicos, propios de la filosofía inicial. Este último significado, que indica por lo demás una tendencia continua del nuevo espíritu filosófico, ofrece hoy una importancia especial para caracterizar directamente una de sus principales diferencias, ya no con el espíritu teológico, que fue orgánico durante mucho tiempo, sino con el espíritu metafísico propiamente dicho, que nunca pudo ser más que crítico. Cualquiera que haya sido en efecto la acción disolvente

de la ciencia real, esta influencia fue siempre en ella puramente indirecta y secundaria: su misma falta de sistematización impedía hasta ahora que pudiera ser de otro modo, y la gran misión orgánica que le ha correspondido ahora se opondría en lo sucesivo a ese significado accesorio, que ella tiende, por lo demás, a hacer superfluo. Es verdad que la sana filosofía excluye de raíz todas las cuestiones necesariamente insolubles; pero fundamentando esta exclusión, evita negar nada con respecto a esas cuestiones, lo que sería contradictorio con esa declinación sistemática que es lo único que debe hacer que se extingan todas las opiniones verdaderamente indiscutibles. Más imparcial y más tolerante con cada una de ellas, vista su común indiferencia, que sus partidarios opuestos, esta sana filosofía se aplica a apreciar históricamente su influencia respectiva, las condiciones de su duración y los motivos de su decadencia, sin pronunciar jamás ninguna negación absoluta, ni siquiera cuando se trata de las doctrinas más incompatibles con el estado presente de la razón humana en los pueblos más adelantados. Así rinde escrupulosamente justicia, no sólo a los diversos sistemas del monoteísmo distintos del que está expirando hoy entre nosotros, sino también a las creencias politeístas, e incluso fetichistas, relacionándolas siempre con las fases correspondientes de la evolución fundamental. En este aspecto dogmático declara además que las concepciones de nuestra imaginación, cualesquiera que sean, cuando la Naturaleza las hace necesariamente inaccesibles a toda observación no son por ello susceptibles ni de negación ni de afirmación verdaderamente decisivas. Claro es que nadie demostró jamás lógicamente la no existencia de Apolo, de Minerva, etc., ni la de las hadas orientales o de las diversas creaciones poéticas; lo cual no ha impedido en modo alguno a la inteligencia humana abandonar irrevocablemente los dogmas antiguos cuando dejaron de convenir al conjunto de su situación.

33. El único carácter esencial del nuevo espíritu filosófico que no está todavía indicado directamente por la palabra *positivo*, consiste en su tendencia necesaria a sustituir en todo lo absoluto por lo *relativo*. Pero este gran atributo, a la vez científico y lógico, es tan inherente a la naturaleza fundamental de los conocimientos reales, que su consideración general no tardará en ir íntimamente unida a los diferentes aspectos que esta fórmula combina ya, cuando el moderno régimen intelectual, hasta ahora parcial y empírico, pase generalmente a estado sistemático. La quinta acepción que acabamos de exponer es especialmente propia para determinar esta última condensación del nuevo lenguaje filosófico, ya plenamente constituido, por la evidente afinidad de las dos propiedades. Se concibe, en efecto, que la naturaleza absoluta de las nuevas doctrinas, tanto teológicas como metafísicas, daba por resultado inevitable que cada una de ellas fuera negativa con relación a todas las demás, so pena de degenerar en un absurdo eclecti-

cismo. Por el contrario, la nueva filosofía, en virtud de su genio relativo, puede siempre apreciar el valor propio de las teorías más opuestas a ella, sin por eso llegar nunca a ninguna vana concesión susceptible de alterar la claridad de sus puntos de vista y la firmeza de sus decisiones. Hay, pues, motivo para suponer, según el conjunto de tal apreciación especial, que la fórmula empleada aquí para calificar habitualmente esta filosofía definitiva recordará en lo sucesivo a todas las buenas inteligencias la completa combinación efectiva de sus diversas propiedades características.

II

Correlación, espontánea y luego sistemática, entre el espíritu positivo y el buen sentido universal

34. Cuando se busca el origen fundamental de tal manera de filosofar, no se tarda en descubrir que su espontaneidad elemental coincide realmente con los primeros ejercicios prácticos de la razón humana, pues el conjunto de las explicaciones indicadas en este *Discurso* demuestra claramente que todos sus atributos principales son en el fondo los mismos que los del buen sentido universal. Pese al ascendiente mental de la más grosera teología, la manifestación diaria de la vida activa ha debido suscitar siempre, con respecto a cada orden de fenómenos, un cierto bosquejo de las leyes naturales y de las previsiones correspondientes, en algún caso particular, que sólo parecían entonces secundarias o excepcionales; ahora bien, tales son, en efecto, los gérmenes necesarios del positivismo que, por mucho tiempo, tenía que ser empírico antes de poder llegar a ser racional. Importa mucho observar que, en todos los aspectos esenciales, el verdadero espíritu filosófico consiste sobre todo en la aplicación sistemática del simple buen sentido común a todas las especulaciones verdaderamente accesibles. Su dominio es radicalmente idéntico, puesto que las más grandes cuestiones de la sana filosofía se refieren en todo a los fenómenos más vulgares, y en relación a éstos los casos artificiales no son otra cosa que una preparación más o menos indispensable. Es, en uno y otro caso, el mismo punto de partida experimental, la misma finalidad de relacionar y de prever, la misma preocupación continua por la realidad, la misma intención final de utilidad. La única diferencia esencial consiste en la generalidad sistemática de uno, propia de su necesaria abstracción, opuesta a la incoherente especialidad del otro, siempre ocupado de lo concreto.

35. Considerada en el aspecto dogmático, esta conexión fundamental representa la ciencia propiamente dicha como una simple prolongación metódica de la razón universal. Por eso, muy lejos de volver a discutir lo que

ésta ha decidido verdaderamente, las sanas especulaciones filosóficas deben siempre tomar de la razón común sus nociones iniciales, para darles, mediante una elaboración sistemática, un grado de generalidad y de consistencia que no podía adquirir espontáneamente. Durante todo el curso de esta elaboración, la vigilancia permanente de esta vulgar sabiduría conserva por otra parte una gran importancia, a fin de prevenir en lo posible las diversas aberraciones que, por negligencia o por ilusión, suele provocar el estado continuo de abstracción indispensable en la actividad filosófica. Pese a su necesaria afinidad, el buen sentido propiamente dicho debe preocuparse sobre todo y siempre de realidad y de utilidad, mientras que el espíritu especialmente filosófico tiende a apreciar más la generalidad y la correlación, de suerte que su doble reacción cotidiana deviene igualmente favorable a cada uno de ellos, consolidando en él las cualidades fundamentales que se alterarían naturalmente. Relación tal indica sobre todo lo necesariamente vanas y estériles que son las investigaciones especulativas dirigidas, en un tema cualquiera, hacia los *primeros principios*, que, debiendo emanar siempre de la sabiduría vulgar, no pertenecen nunca al verdadero dominio de la ciencia, sino que son, por el contrario, sus fundamentos espontáneos y, como tales, indiscutibles; lo cual corta radicalmente una serie de controversias, ociosas o peligrosas, que nos ha dejado el antiguo régimen mental. Así, se puede también apreciar la profunda inanidad final de todos los estudios previos relativos a la lógica abstracta, en la que se trata de definir el verdadero método filosófico, independientemente de ninguna aplicación a un orden cualquiera de fenómenos. En efecto, los únicos principios verdaderamente generales que se puedan establecer a este respecto se reducen necesariamente, como es fácil comprobar en los más célebres de estos aforismos, a unas cuantas máximas irrefutables pero evidentes, tomadas de la razón vulgar, y que no añaden verdaderamente nada esencial a las indicaciones que resultan en todas las buenas inteligencias, de un simple ejercicio espontáneo. En cuanto a la manera de adaptar estas reglas universales a los diversos órdenes de nuestras especulaciones positivas, lo que constituiría la verdadera dificultad y utilidad real de tales preceptos lógicos, no podría implicar una verdadera apreciación sino después de un análisis especial de los estudios correspondientes, conforme a la naturaleza propia de los fenómenos considerados. La sana filosofía no separa, pues, nunca, la lógica de la ciencia, pues el método y la doctrina no pueden en cada caso ser bien juzgados sino por sus verdaderas relaciones mutuas: en el fondo, tan imposible es dar a la lógica como a la ciencia un carácter universal mediante conceptos puramente abstractos, independiente de todo fenómeno determinado: las tentativas de este género indican también la secreta influencia del espíritu absoluto inherente al régimen teologicometafísico.

36. Considerada ahora en el aspecto histórico, esta íntima solidaridad natural entre el genio propio de la verdadera filosofía y el simple buen sentido universal demuestra el origen espontáneo del espíritu positivo, que en todo resulta realmente de una reacción especial de la razón práctica sobre la razón teórica, cuyo carácter inicial ha sido siempre así progresivamente modificado. Pero esta transformación gradual no podía realizarse a la vez, y sobre todo con igual velocidad en las diversas clases de especulaciones abstractas, todas primitivamente teológicas, como hemos visto. Este constante impulso concreto sólo podía hacer penetrar en ellas el espíritu positivo siguiendo un orden determinado, conforme a la complicación creciente de los fenómenos, y que explicaremos directamente en las páginas siguientes. La positividad abstracta, necesariamente nacida en los más simples estudios matemáticos y propagada luego por vía de afinidad espontánea o de imitación instintiva, no podía, pues, ofrecer al principio más que un carácter especial, e incluso en muchos aspectos empírico, que tenía por mucho tiempo que ocultar, a la mayor parte de sus promotores, ya su incompatibilidad inevitable con la filosofía inicial, ya sobre todo su tendencia radical a fundar un nuevo régimen lógico. Sus progresos continuos, merced al impulso creciente de la razón vulgar, sólo podían entonces determinar directamente el triunfo previo del espíritu metafísico, destinado, por su generosidad espontánea, a servirle de órgano filosófico durante los siglos transcurridos entre la preparación mental del monoteísmo y su plena instauración social, después de la cual el régimen ontológico, habiendo obtenido toda la preponderancia que correspondía a su naturaleza, no tardó en resultar opresivo para el desarrollo científico, que hasta entonces había secundado. Por eso el espíritu positivo no pudo manifestar suficientemente su propia tendencia filosófica hasta que se vio al fin obligado, por esta opresión, a luchar especialmente contra el espíritu metafísico, con el cual debió, durante mucho tiempo, parecer confundido. Por eso la primera fundación sistemática de la filosofía positiva no podría remontarse más allá de la memorable crisis en que el conjunto del régimen ontológico comenzó a sucumbir, en todo el occidente europeo, por el concurso espontáneo de dos admirables impulsos mentales, uno científico, debido a Kepler y a Galileo, otro filosófico, debido a Bacon y a Descartes. La imperfecta unidad metafísica constituida a finales de la Edad Media quedó desde entonces irrevocablemente disuelta como la ontología griega había ya destruido para siempre la gran unidad teológica correspondiente al politeísmo. Desde esta crisis verdaderamente decisiva, el espíritu positivo, desarrollándose en dos siglos más de lo que había podido desarrollarse en toda su larga trayectoria anterior, hizo imposible otra unidad mental que la que resultaría de su propia preponderancia universal, ya que cada nuevo dominio sucesivamente adquirido por él no podía nunca volver a la teología ni a la metafísica, en

virtud de la consagración definitiva que estas crecientes adquisiciones encontraban cada vez más en la razón vulgar. Solamente mediante tal sistematización dará verdaderamente la razón teórica a la razón práctica un equivalente digno, en generalidad y en consistencia, de la misión fundamental que la primera ha recibido de la segunda, en realidad y en eficacia, durante su lenta iniciación gradual, pues las nociones positivas obtenidas en los dos últimos siglos son, a decir verdad, mucho más preciosas como materiales ulteriores de una nueva filosofía general que por su valor directo y especial, ya que la mayor parte de ellas no han podido aún adquirir su carácter definitivo, ni científico, ni siquiera lógico.

37. El conjunto de nuestra evolución mental, y sobre todo el gran movimiento que ha tenido lugar en la Europa occidental, desde Descartes y Bacon, no dejan ya, pues, otra salida posible que constituir, al fin, después de tantos preámbulos necesarios, el estado verdaderamente normal de la razón humana, dando al espíritu positivo la plenitud y la racionalidad que todavía le faltan, para lograr, entre el genio filosófico y el buen sentido universal, una armonía que hasta ahora no había podido existir nunca en grado suficiente. Ahora bien: estudiando estas dos condiciones simultáneas, de complemento y de sistematización, que deben concurrir hoy en la ciencia real para que ésta se eleve a la dignidad de una verdadera filosofía, no tardamos en observar que coinciden al fin. En efecto, por una parte, la gran crisis inicial del positivismo moderno no ha dejado esencialmente fuera del movimiento científico propiamente dicho más que las teorías morales y sociales, que se han quedado así en un irracional aislamiento, a causa del estéril dominio del espíritu teologicometafísico; de modo que en llevarlas también al estado positivo debiera consistir, sobre todo en nuestros días, el último esfuerzo del verdadero espíritu filosófico, cuya extensión sucesiva a todos los demás fenómenos fundamentales se encontraba ya bastante esbozada. Pero, por una parte, esta última expansión de la filosofía natural tendía espontáneamente a sistematizarla inmediatamente, constituyendo el único punto de vista, sea científico, sea lógico, que puede dominar el conjunto de nuestras especulaciones reales, siempre necesariamente reducibles al aspecto humano, o sea social, único capaz de una activa universalidad. Tal es el doble fin filosófico de la elaboración fundamental, especial y general a la vez, que me he atrevido a intentar en la gran obra aludida al principio de este *Discurso*; los más eminentes pensadores contemporáneos la juzgan así lo bastante lograda como para haber establecido ya las verdaderas bases directas de la completa renovación mental proyectada por Bacon y Descartes, pero cuya realización positiva estaba reservada a nuestro siglo.

SEGUNDA PARTE

SUPERIORIDAD SOCIAL DEL ESPÍRITU POSITIVO

CAPÍTULO I

Organización de la revolución

38. Para que esta sistematización final de las concepciones humanas quede hoy bastante caracterizada, no basta definir, como acabamos de hacerlo, su destino teórico; hay que considerar también aquí, de una manera distinta aunque sumaria, su necesaria aptitud para constituir la única solución intelectual que pueda realmente tener la inmensa crisis social que se ha operado desde hace medio siglo en el occidente europeo, y principalmente en Francia.

I

Impotencia de las Escuelas actuales

39. Mientras tenía lugar gradualmente, durante los cinco últimos siglos, la irrevocable disolución de la filosofía teológica, el sistema político que tenía como base mental esa filosofía iba sufriendo una progresiva descomposición no menos radical paralelamente presidida por el espíritu metafísico. Este doble movimiento negativo tenía por órganos esenciales y solidarios, por una parte las universidades, emanadas primero pero rivales luego

del poder sacerdotal; por otra parte, las diversas corporaciones de legisladores gradualmente hostiles a los poderes feudales; sólo a medida que se diseminaba la acción crítica, sus agentes, sin cambiar de naturaleza, iban siendo más numerosos y más subalternos; de suerte que, en el siglo XVIII, la principal actividad revolucionaria hubo de pasar, en el orden filosófico, de los doctores propiamente dichos a los simples literatos, y luego en el orden político, de los jueces a los abogados. La Gran Crisis final¹ comenzó necesariamente cuando esta común decadencia, primero espontánea, sistemática luego, a la que, por lo demás, habían concurrido de diversa manera todas las clases de la sociedad moderna, llegó al fin al punto de hacer universalmente irrecusable la imposibilidad de conservar el régimen antiguo y la creciente necesidad de un orden nuevo. Esta crisis tendió siempre, desde su origen, a transformar en un vasto movimiento orgánico el movimiento crítico de los cinco siglos anteriores, presentándose como destinada sobre todo a realizar directamente la regeneración social, cuyos preámbulos negativos habían sido ya todos suficientemente cumplidos. Pero esta transformación decisiva, aunque cada vez más urgente, ha tenido que ser hasta ahora esencialmente imposible, por falta de una filosofía verdaderamente propia para darle una base intelectual indispensable. En el tiempo mismo en que el suficiente cumplimiento de la descomposición previa exigía el abandono de las doctrinas puramente negativas que la habían dirigido, una fatal ilusión, inevitable entonces, llevó, al contrario, a conceder espontáneamente al espíritu metafísico, único activo durante este largo preámbulo, la presidencia general del movimiento de reorganización. Cuando una experiencia plenamente decisiva hubo comprobado, a los ojos de todos, la absoluta impotencia orgánica de tal filosofía, la falta de toda otra teoría no permitió dar satisfacción inmediata a las necesidades de orden, que ya prevalecían, de otro modo que con una especie de restauración pasajera de aquel mismo sistema, mental y social, cuya irreparable decadencia había originado la crisis. Finalmente, el desarrollo de esta reacción retrógrada hubo luego de determinar una memorable manifestación,² que nuestras lagunas filosóficas hacían tan indispensable como inevitable, a fin de demostrar irrevocablemente que el progreso constituye, tanto como el orden, una de las dos condiciones fundamentales de la civilización moderna.

40. El concurso natural de estas dos pruebas irrecusables, cuya repetición ha llegado a ser tan imposible como inútil, nos ha llevado hoy a esta extraña situación en la que ni el orden ni el progreso pueden emprender nada verdaderamente grande, por falta de una filosofía realmente adaptada

1. La revolución de 1789 (Nota de la Sociedad Positivista Internacional).

2. La revolución de 1830 (Nota de la Sociedad Positivista Internacional).

al conjunto de nuestras necesidades. Todo esfuerzo serio de reorganización tropieza con los temores de retrogradación que debe naturalmente inspirar en un tiempo en que las ideas de orden emanan todavía esencialmente del tipo antiguo, que ha llegado a ser justamente antipático a los pueblos actuales; de la misma manera, las tentativas de aceleración directa del progreso político no tardan en ser seriamente entorpecidas por las muy legítimas inquietudes que deben suscitar por la inminencia de la anarquía, en tanto que las ideas de progreso sigan siendo sobre todo negativas. Como antes de la crisis, la lucha aparente sigue, pues, entablada entre el espíritu teológico, declarado incompatible con el progreso, que aquél ha tenido que negar dogmáticamente, y el espíritu metafísico, que, después de haber ido a parar, en filosofía, a la duda universal, no pudo tender, en política, más que a implantar el desorden, o un estado equivalente de desgobierno. Pero por el sentimiento unánime de su común insuficiencia, ni uno ni otro pueden inspirar ya, en los gobernantes o en los gobernados, profundas convicciones activas. Su antagonismo continúa, sin embargo, alimentándolas mutuamente, sin que ninguno de los dos pueda tener un triunfo decisivo ni caer en un verdadero abandono; porque nuestra situación intelectual los hace todavía indispensables para representar como quiera que sea las condiciones simultáneas, del orden por una parte, del progreso por otra, hasta que una misma filosofía pueda satisfacer a ambos igualmente, haciendo al fin parejamente inútiles la escuela retrógrada y la escuela negativa, cada una de las cuales está sobre todo destinada hoy a impedir la entera preponderancia de la otra. No obstante, las inquietudes opuestas, relativas a estos dos dominios contrarios, deberán naturalmente persistir a la vez, mientras dure este interregno mental, por una consecuencia inevitable de esa irracional escisión entre las dos fases inseparables del gran problema social. En efecto, cada una de estas dos escuelas, en virtud de su exclusiva preocupación, no es ya capaz siquiera de contener suficientemente las aberraciones inversas de su antagonista. La escuela teológica, a pesar de su tendencia antianárquica, se ha mostrado en nuestros días radicalmente impotente para impedir el empuje de las opiniones subversivas, que, después de haberse desarrollado especialmente durante la principal restauración de dicha escuela, ella misma las ha propagado con frecuencia, por frívolos cálculos dinásticos. Análogamente, cualquiera que sea el instinto antirretrógrado de la escuela metafísica, ya no tiene hoy toda la fuerza lógica que exigiría su simple cometido revolucionario, porque su inconsecuencia característica la obliga a admitir los principios esenciales de ese mismo sistema cuyas verdaderas condiciones de existencia ataca ella continuamente.

41. Esta deplorable oscilación entre dos filosofías opuestas, ambas ya igualmente vanas, y que tienen que extinguirse al mismo tiempo, debía

suscitar el desarrollo de una especie de escuela intermedia, esencialmente *estacionaria*, destinada sobre todo a plantear directamente la cuestión social en su conjunto, proclamando al fin como parejamente necesarias las dos condiciones fundamentales que aislaban las dos opiniones activas. Pero, a falta de una filosofía propia para realizar esa gran combinación del espíritu de orden con el espíritu de progreso, esta tercera fuerza es aún, lógicamente, más impotente que las otras dos, porque sistematiza la inconsecuencia, consagrando simultáneamente los principios retrógrados y las máximas negativas, a fin de poder neutralizarlas mutuamente. Tal disposición, lejos de tender a solventar la crisis, no puede llevar sino a eternizarla oponiéndose directamente a toda verdadera preponderancia de un sistema cualquiera, si no estuviera limitada a un simple destino pasajero, el de dar satisfacción empírica a las más graves exigencias de nuestra situación revolucionaria, hasta el advenimiento decisivo de las únicas doctrinas que puedan en lo sucesivo convenir a todas nuestras necesidades. Pero este expediente provisional, concebido así, ha llegado hoy a ser tan indispensable como inevitable. Su rápido ascendiente práctico, implícitamente reconocido por los dos partidos activos, comprueba cada vez más, en los pueblos actuales, la declinación simultánea de las convicciones y de las pasiones anteriores, sean retrógradas, sean críticas, gradualmente reemplazadas por un sentimiento universal, real aunque confuso, de la necesidad y hasta de la posibilidad de una conciliación permanente entre el espíritu de conservación y el espíritu de progreso, igualmente propios del estado normal de la Humanidad. La tendencia correspondiente de los hombres de Estado a impedir hoy, en lo posible, todo gran movimiento político, resulta por otra parte espontáneamente conforme con las exigencias fundamentales de una situación que no tendrá realmente sino instituciones provisionales mientras una verdadera filosofía general no haya unificado suficientemente las inteligencias. A despecho de los poderes actuales, esta resistencia instintiva contribuye a facilitar la verdadera solución, impulsando a transformar una estéril agitación política en una activa progresión filosófica, para seguir al fin la marcha prescrita por la naturaleza propia de la reorganización final, que debe comenzar por realizarse en las ideas, para pasar luego a las costumbres, y en último término, a las instituciones. Esta transformación, que tiende ya a prevalecer en Francia, deberá naturalmente desarrollarse cada vez más en todas partes, vista la necesidad creciente en que se encuentran hoy nuestros gobernantes occidentales de sostener con grandes gastos el orden material en medio del desorden intelectual y moral, necesidad que, poco a poco, tiene que ir absorbiendo esencialmente sus cotidianos esfuerzos, llevándolos a renunciar implícitamente a toda seria presidencia de la reorganización espiritual, que queda así entregada a la libre actividad de los filósofos que se muestren dignos de dirigirla. Esta

disposición natural de los poderes actuales está en armonía con la tendencia espontánea de los pueblos a una aparente indiferencia política, motivada en la radical impotencia de las diversas doctrinas en circulación y que debe persistir siempre mientras los debates políticos, por falta de un impulso conveniente, continúen degenerando en vanas luchas personales, más mezquinas cada vez. Tal es la venturosa eficacia práctica que el conjunto de nuestra situación revolucionaria procura momentáneamente a una escuela esencialmente empírica, que, en el aspecto teórico, no puede nunca producir más que un sistema radicalmente contradictorio, no menos absurdo y no menos peligroso en política que lo es en filosofía, el *eclecticismo* correspondiente, inspirado también por una vana intención de conciliar, sin principios propios, opiniones incompatibles.

II

Conciliación positiva del orden y del progreso

42. Por este sentimiento cada vez más desarrollado, de la pareja insuficiencia social que ofrecen en lo sucesivo el espíritu teológico y el espíritu metafísico, únicos que hasta ahora se han disputado el dominio, la razón pública debe encontrarse implícitamente dispuesta a acoger hoy el espíritu positivo como la única base posible de una verdadera resolución de la profunda anarquía intelectual y moral que caracteriza sobre todo la gran crisis moderna. La escuela positiva, que permanece todavía al margen de tales cuestiones, se ha ido preparando para ellas gradualmente, constituyendo en lo posible, durante la lucha revolucionaria de los tres últimos siglos, el verdadero estado normal de todas las clases más simples de nuestras especulaciones reales. Afianzada en tales antecedentes científicos y lógicos, libre por otra parte de las diversas aberraciones contemporáneas, se presenta hoy como la doctrina que acaba de adquirir la completa generalidad filosófica que hasta ahora le faltaba; desde este momento se atreve a intentar a su vez la solución, todavía intacta, del gran problema, llevando convenientemente a los estudios finales la misma regeneración que ha operado ya sucesivamente en los diversos estudios preliminares.

43. En primer lugar, no se puede desconocer la aptitud espontánea de tal filosofía para realizar directamente la conciliación fundamental, todavía tan vanamente buscada, entre las simultáneas exigencias del orden y del progreso; puesto que, a este fin, le basta extender a los fenómenos sociales una tendencia plenamente conforme a su naturaleza y que ha hecho ya muy familiar en todos los demás casos esenciales. En un tema cualquiera, el espíritu positivo conduce siempre a establecer una exacta armonía elemental entre las ideas de existencia y las ideas de movimiento, de donde resulta

más especialmente, con respecto a los cuerpos vivos, la correlación permanente de las ideas de organización con las ideas de vida, y luego, por una última especialización propia del organismo social, la solidaridad continua de las ideas de orden con las ideas de progreso; y, recíprocamente, el progreso deviene la finalidad necesaria del orden: como en la mecánica animal, el equilibrio y el progreso son mutuamente indispensables, a título de fundamento o de destino.

44. Especialmente considerado luego en cuanto al Orden, el espíritu positivo le ofrece hoy, en su extensión social, poderosas garantías directas, no sólo científicas sino también lógicas, que pronto podrán ser juzgadas muy superiores a las vanas pretensiones de una teología retrógrada, cada vez más degenerada, desde hace varios siglos, en elemento activo de discordias individuales o nacionales, y, en lo sucesivo, incapaz de contener las divagaciones subversivas de sus propios adeptos. Atacando el desorden actual en su verdadera fuente, necesariamente mental, el espíritu positivo constituye, tan profundamente como es posible, la armonía lógica, empezando por regenerar los *métodos* antes que las doctrinas, mediante una triple conversión simultánea de la naturaleza de las cuestiones dominantes, de la manera de tratarlas y de las condiciones previas de su elaboración. En efecto, por una parte demuestra que las principales dificultades sociales no son hoy esencialmente políticas, sino sobre todo morales, de suerte que su posible solución depende realmente de las opiniones y de las costumbres mucho más que de las instituciones, lo que tiende a extinguir una actividad perturbadora, transformando la agitación política en movimiento filosófico. En el segundo aspecto, considera siempre el estado presente como un resultado necesario de la evolución anterior en su conjunto, haciendo siempre prevalecer la apreciación racional del pasado para el examen actual de los asuntos humanos, lo cual excluye en seguida las tendencias puramente críticas, incompatibles con toda sana concepción histórica. Finalmente, en lugar de dejar la ciencia social en el vago y estéril aislamiento en que la sitúan aún la teología y la metafísica, la coordina irrevocablemente con todas las demás ciencias fundamentales, que, con respecto a este estudio final, constituyen gradualmente otros tantos preámbulos indispensables en los que nuestra inteligencia adquiere a la vez los hábitos y las nociones sin los cuales no se pueden abordar útilmente las más eminentes especulaciones positivas; lo cual crea ya una verdadera disciplina mental, propia para perfeccionar radicalmente tales discusiones, que quedan así racionalmente vedadas a una multitud de entendimientos mal organizados o mal preparados. Estas grandes garantías lógicas son luego plenamente confirmadas y desarrolladas por la apreciación científica propiamente dicha, que, con respecto a los fenómenos sociales y a todos los demás, presenta siempre nuestro orden artificial como un orden que debe siempre consistir en una

simple prolongación razonable, espontánea primero, sistemática luego, del *orden natural* que resulta en cada caso del conjunto de las leyes reales, cuya acción efectiva es generalmente modificable por nuestra prudente intervención, dentro de límites determinados, tanto más lejanos cuanto más elevados son los fenómenos. En una palabra, el sentido elemental del orden es naturalmente inseparable de todas las especulaciones positivas, constantemente encaminadas al descubrimiento de los medios de coordinación entre observaciones cuyo principal valor resulta de su sistematización.

45. Lo mismo ocurre, y con mayor evidencia aún, en cuanto al Progreso que, pese a las vanas pretensiones ontológicas, tiene hoy su más indiscutible manifestación en el conjunto de los estudios científicos. Por su naturaleza absoluta, y por consiguiente esencialmente inmóvil, la metafísica y la teología no podrían significar, ni la una ni la otra, un verdadero *progreso*, o sea un avance continuo hacia una meta determinada. Por el contrario sus transformaciones históricas consisten sobre todo en una declinación creciente, sea mental o social, sin que las cuestiones debatidas hayan podido nunca avanzar realmente un paso por la razón misma de su insolubilidad radical. Es fácil ver que las discusiones ontológicas de las escuelas griegas las han reproducido esencialmente, bajo otras formas, los escolásticos de la Edad Media, y hoy encontramos su equivalente en nuestros psicólogos e ideólogos, sin que ninguna de las doctrinas controvertidas hayan podido, en veinte siglos de estériles debates, llegar a demostraciones decisivas, no solamente en lo que concierne a la existencia de los cuerpos exteriores, todavía tan problemática para los argumentadores modernos como para sus más antiguos predecesores. Es evidentemente el avance continuo de los conocimientos positivos lo que ha inspirado, hace dos siglos, en la célebre fórmula filosófica de Pascal, la primera noción racional del progreso humano, necesariamente ajena a toda la antigua filosofía. Extendida luego a la evolución industrial y hasta estética, pero siempre demasiado confusa con respecto al movimiento social, tiende hoy vagamente a una sistematización decisiva, que sólo puede emanar del espíritu positivo, al fin convenientemente generalizado. En sus especulaciones cotidianas, reproduce espontáneamente el activo sentido elemental, representando siempre la ampliación y el perfeccionamiento de nuestros conocimientos reales como el fin esencial de nuestros diversos esfuerzos históricos. En el aspecto más sistemático, la nueva filosofía asigna directamente como destino necesario a toda nuestra existencia, a la vez personal y social, el mejoramiento continuo, no sólo de nuestra condición sino también y sobre todo de nuestra naturaleza, hasta donde lo permite, en todos los aspectos, el conjunto de las leyes reales, exteriores o interiores. Erigiendo así la razón del progreso en dogma verdaderamente fundamental de la razón humana, sea práctica o teórica, le imprime el carácter más noble y al mismo tiempo el

más completo, presentando siempre el segundo género de perfeccionamiento como superior al primero. En efecto, por una parte, como la acción de la Humanidad sobre el mundo exterior depende principalmente de las disposiciones del agente, nuestro principal recurso debe ser su mejoramiento; por otra parte, como los fenómenos humanos, individuales o colectivos, son los más modificables de todos, es sobre ellos sobre los que tiene naturalmente mayor eficacia nuestra intervención racional. El dogma del progreso no puede, pues, llegar a ser suficientemente filosófico sino después de una exacta apreciación general de lo que constituye especialmente ese perfeccionamiento continuo de nuestra propia naturaleza, objeto principal del progreso humano. Ahora bien: a este respecto el conjunto de la filosofía positiva demuestra plenamente, como puede verse en la obra aludida al comienzo de este *Discurso*, que ese perfeccionamiento consiste esencialmente, lo mismo para el individuo que para la especie, en hacer prevalecer cada vez más los eminentes atributos que mejor distinguen nuestra *humanidad* de la simple animalidad, o sea, de una parte la inteligencia, de otra parte la sociabilidad, facultades naturalmente solidarias, que se sirven mutuamente de medio y de fin. Aunque el curso espontáneo de la evolución humana, personal o social, desarrolla siempre su común influencia, su ascendiente combinado no podría, sin embargo, llegar hasta el punto de impedir que nuestra principal actividad emane habitualmente de las inclinaciones inferiores, que nuestra constitución real hace necesariamente mucho más enérgicas. Así, esta ideal preponderancia de nuestra humanidad sobre nuestra animalidad cumple naturalmente las condiciones esenciales de un verdadero *tipo* filosófico, caracterizando un límite determinado al que todos los esfuerzos deben acercarnos constantemente sin poder, empero, llegar jamás a él.

46. Esta doble indicación de la aptitud fundamental del espíritu positivo para sistematizar espontáneamente las sanas nociones simultáneas del orden y del progreso, basta aquí para señalar sumariamente la gran eficacia social propia de la nueva filosofía general. En este aspecto su valor depende sobre todo de su plena realidad científica, o sea de la exacta armonía que establece siempre, hasta donde es posible, entre los principios y los hechos, lo mismo en cuanto a los fenómenos sociales que en cuanto a los demás. La reorganización total, única que puede terminar la gran crisis moderna, consiste efectivamente, en el aspecto mental, que es el que debe prevalecer primero, en constituir una teoría sociológica capaz de explicar convenientemente el pasado humano en su conjunto: tal es el modo más racional de plantear la cuestión esencial, a fin de evitar mejor toda pasión perturbadora. Ahora bien: así es como puede apreciarse más claramente la necesaria superioridad de la escuela positiva sobre las diversas escuelas actuales, pues el espíritu teológico y el espíritu metafísico, por su naturaleza absoluta, van

ambos encaminados a no considerar más que la parte del pasado en que ha dominado especialmente cada uno de ellos: lo que precede y lo que sigue no les parece más que una tenebrosa confusión y un desorden inexplicable cuya relación con esta reducida parte sólo puede, a sus ojos, resultar de una milagrosa intervención. Por ejemplo, el catolicismo ha mostrado siempre con respecto al politeísmo antiguo una tendencia tan ciegamente crítica como la que tan justamente reprocha él hoy con respecto a sí mismo, al espíritu revolucionario propiamente dicho. Una verdadera explicación del pasado en su conjunto, conforme a las leyes constantes de su naturaleza, individual o colectiva, es, pues, necesariamente imposible a las diversas escuelas absolutas que dominan aún: ninguna de ellas, en efecto, ha intentado suficientemente establecerla. El espíritu positivo, en virtud de su naturaleza eminentemente relativa, es el único que puede considerar convenientemente todas las *grandes épocas históricas* como fases determinadas de una misma evolución fundamental, en la que cada una resulta de la precedente y prepara la siguiente según leyes invariables que fijan su participación especial en el común progreso, de tal manera que sea posible siempre, sin inconsecuencia ni parcialidad, hacer una exacta justicia filosófica a todas las cooperaciones, cualesquiera que sean. Pues hoy se puede asegurar que la doctrina que haya explicado suficientemente el pasado en su conjunto obtendrá, inevitablemente, mediante esta sola prueba, la presidencia mental del futuro.

CAPÍTULO II

Sistematización de la moral humana

47. La expresada indicación de las altas propiedades sociales que caracterizan el espíritu positivo no bastaría si no añadiéramos una sumaria apreciación de su aptitud espontánea para sistematizar al fin la moral humana, lo que constituirá siempre la principal aplicación de toda verdadera teoría de la Humanidad.

I

Evolución de la moral positiva

48. En el organismo politeísta de la antigüedad, la moral, radicalmente subordinada a la política, no podía nunca adquirir ni la dignidad ni la universalidad que conviene a su naturaleza. Su independencia fundamental y hasta su ascendiente normal resultaron al fin, hasta donde era posible entonces, del régimen monoteísta propio de la Edad Media. Este inmenso servicio social, debido sobre todo al catolicismo, será también su principal título para el eterno agradecimiento del género humano. Solamente a partir de esta indispensable separación, sancionada y completada por la división necesaria de los dos poderes, ha podido realmente la moral humana comenzar a tomar un carácter sistemático, estableciendo, a salvo de impulsos pasajeros, reglas verdaderamente generales para la totalidad de nuestra existencia personal, doméstica y social. Pero las profundas imperfecciones de la filosofía monoteísta que presidía entonces esta gran operación, hubieron de alterar mucho su eficacia y hasta comprometer

gravemente su estabilidad, suscitando pronto un fatal conflicto entre el impulso intelectual y el desarrollo moral. Unida así a una doctrina que no podía ser progresiva durante mucho tiempo, a la moral tenía que alcanzarle luego, cada vez más, el descrédito creciente que por fuerza iba a sufrir una teología que, retrógrada en lo sucesivo, llegaría a ser radicalmente incompatible con la razón moderna. Expuesta desde entonces a la acción disolvente de la metafísica, la moral teológica ha recibido en efecto durante los cinco últimos siglos, en cada una de sus tres partes esenciales, golpes gradualmente peligrosos, que la rectitud y la moralidad naturales del hombre no siempre han podido reparar con la práctica, a pesar del afortunado desarrollo continuo que debía procurarles el curso espontáneo de nuestra civilización. Si el ascendiente necesario del espíritu positivo no viniera por fin a poner término a estas anárquicas divagaciones, imprimirían seguramente una mortal fluctuación a todas las nociones un poco delicadas de la moral usual, no sólo social, sino también doméstica y hasta personal, no dejando en todo subsistir más que las reglas relativas a los casos más groseros, que la apreciación vulgar podría directamente garantizar.

49. En tal situación debe de parecer extraño que la única filosofía que puede en efecto consolidar hoy la moral es, por el contrario, tachada, en este aspecto, de incompetencia radical por las diversas escuelas actuales, desde los verdaderos católicos hasta los simples deístas, que, en medio de sus vanos debates, coinciden sobre todo en prohibirle esencialmente el acceso a estas cuestiones fundamentales, por el único motivo de que su genio demasiado parcial se había limitado hasta ahora a temas más simples. El espíritu metafísico, que tan a menudo ha tendido a disolver activamente la moral, y el espíritu teológico que, desde hace mucho tiempo ha perdido la fuerza de salvaguardarla, persisten no obstante en hacer de ella una especie de propiedad suya eterna y exclusiva, sin que la razón pública haya juzgado todavía convenientemente estas empíricas pretensiones. Verdad es que se debe reconocer en general que la implantación de toda regla moral ha tenido que realizarse en todo, al principio, bajo las inspiraciones teológicas, entonces profundamente incorporadas a todo el sistema de nuestras ideas, y por tanto únicas susceptibles de constituir opiniones suficientemente comunes. Pero el pasado, en su conjunto, demuestra igualmente que esta solidaridad primitiva ha ido decreciendo siempre como el ascendiente mismo de la teología; los preceptos morales, lo mismo que los otros, han ido derivando cada vez más hacia una consagración puramente racional, a medida que el hombre corriente ha ido siendo más capaz de apreciar la influencia real de cada conducta sobre la existencia humana, individual o social. El catolicismo, al dirigirse a pueblos más avanzados, ha entregado a la razón pública una serie de prescripciones especiales que los antiguos filósofos han creído que no podían nunca ser independientes de los

mandatos religiosos, como lo piensan todavía los doctores politeístas de la India; por ejemplo, en cuanto a la mayor parte de las prácticas higiénicas. Por eso se pueden observar, hasta tres siglos después de San Pablo, las siniestras predicciones de varios filósofos o magistrados paganos sobre la inminente inmoralidad que iba a determinar necesariamente la próxima revolución teológica. Las declaraciones actuales de las diversas escuelas monoteístas no impedirán tampoco al espíritu positivo coronar hoy, en las condiciones convenientes, la conquista, práctica y teórica, del dominio moral, ya espontáneamente encomendado, cada vez más, a la razón humana, y sólo nos falta, sobre todo, sistematizar por último sus inspiraciones particulares.

No es posible que la Humanidad permanezca indefinidamente condenada a no poder fundar sus reglas de conducta sino sobre motivos quiméricos, eternizando una desastrosa oposición, hasta ahora pasajera, entre las necesidades intelectuales y las necesidades morales.

II

Necesidad de hacer la moral independiente de la teología y de la metafísica

50. Muy lejos de que la asistencia teológica sea eternamente indispensable a los preceptos morales, la experiencia demuestra, por el contrario, que, en los tiempos modernos, les ha resultado cada vez más nociva, haciéndoles inevitablemente participar, por esa funesta adherencia, en la creciente descomposición del régimen monoteísta, sobre todo durante los tres últimos siglos. En primer lugar, esa fatal solidaridad tenía que debilitar indirectamente, a medida que se iba extinguiendo la fe, la única base en la que se apoyaban unas reglas que, frecuentemente expuestas a graves conflictos con impulsos muy enérgicos, necesitan estar cuidadosamente preservadas de toda vacilación. La creciente repulsión que el espíritu teológico inspiraba justamente a la razón moderna ha afectado gravemente a muchas importantes nociones morales, no sólo relativas a las más grandes relaciones sociales, sino también a la simple vida doméstica e incluso a la existencia personal; por otra parte, un ciego afán de emancipación mental no ha hecho sino llevar a erigir a veces el desdén pasajero de estas saludables máximas en una especie de loca protesta contra la filosofía retrógrada de la que parecían exclusivamente emanar. Esta funesta influencia se hacía sentir indirectamente hasta en los que conservaban la fe dogmática, porque la autoridad sacerdotal, después de haber perdido su independencia política, veía también decrecer cada vez más el ascendiente social indispensable a su eficacia moral. Además de esta impotencia creciente para proteger las reglas

morales, el espíritu teológico las ha perjudicado frecuentemente también de una manera activa, por las divagaciones que ha suscitado desde que no está ya suficientemente disciplinado, bajo el inevitable impulso del libre examen individual. Así ejercido, realmente ha inspirado o favorecido muchas aberraciones antisociales que el buen sentido, libre de toda injerencia, hubiera evitado o rechazado espontáneamente. Las utopías subversivas que hoy vemos agitarse, sea contra la propiedad o incluso en cuanto a la familia, etc., no son producidas ni acogidas por las inteligencias plenamente emancipadas, a pesar de sus lagunas fundamentales, sino más bien por las que persiguen activamente una especie de restauración teológica, fundada en un vago y estéril deísmo o en un protestantismo equivalente. En fin, esta antigua adherencia a la teología ha resultado también necesariamente funesta a la moral, en un tercer aspecto general, al oponerse a su firme reconstrucción sobre bases puramente humanas. Si este obstáculo no consistiera más que en las ciegas y excesivamente frecuentes declamaciones de las diversas escuelas actuales, teológicas o metafísicas, contra el supuesto peligro de tal operación, los filósofos positivos podrían limitarse a rechazar insinuaciones odiosas con el irrecusable ejemplo de su propia vida cotidiana, personal, doméstica y social. Pero esta oposición es, desgraciadamente, mucho más radical, pues resulta de la necesaria incompatibilidad que existe evidentemente entre las dos maneras de sistematizar la moral. Como los motivos teológicos deben naturalmente ofrecer, a los ojos del creyente, una fuerza muy superior a la de todos los demás, cualesquiera que sean no podrían nunca llegar a ser simples auxiliares de los motivos puramente humanos: en cuanto dejan de dominar, ya no pueden conservar ninguna influencia real. No existe, pues, ninguna alternativa duradera entre fundar al fin la moral sobre el conocimiento positivo de la Humanidad y dejar que siga apoyándose en el mandato sobrenatural: las convicciones racionales han podido secundar las creencias teológicas, o más bien sustituirlas gradualmente, a medida que se ha ido extinguiendo la fe; pero la combinación inversa no es ciertamente más que una utopía contradictoria, en la que lo principal estaría subordinado a lo accesorio.

51. Una razonable exploración del verdadero estado de la sociedad moderna descubre, pues, que el conjunto de los hechos cotidianos desmiente cada vez más la supuesta imposibilidad de prescindir de toda teología para consolidar la moral, puesto que esta peligrosa dependencia ha tenido que resultar, desde finales de la Edad Media, triplemente funesta a la moral, sea debilitando o desacreditando sus bases intelectuales, sea suscitando en ellas perturbaciones directas, sea impidiendo darles una mejor sistematización. Si la moral práctica ha mejorado realmente, a pesar de principios activos de desorden, este feliz resultado no podría ser atribuido al espíritu teológico, entonces degenerado, por el contrario, en un peligroso disolven-

te; se debe sobre todo a la acción creciente del espíritu positivo, ya eficaz bajo su forma espontánea, consistente en el buen sentido universal, cuyas sabias inspiraciones han secundado el impulso natural de nuestra civilización progresiva para combatir útilmente las diversas aberraciones, especialmente las que procedían de las divagaciones *religiosas*. Cuando, por ejemplo, la teología protestante tendía a alterar gravemente la institución del matrimonio con la consagración formal del divorcio, la razón pública neutralizaba mucho sus funestos efectos, imponiendo casi siempre el respeto práctico a las costumbres anteriores, únicas conformes con el verdadero carácter de la sociabilidad moderna. Al mismo tiempo, experiencias irrecusables han demostrado, en una vasta escala, en el seno de las masas populares, que el pretendido privilegio exclusivo de las creencias *religiosas*, para determinar grandes sacrificios o activas devociones, podían igualmente tenerlo opiniones directamente opuestas, y lo tenía, en general, toda convicción profunda, cualquiera que fuese su naturaleza. Estos numerosos adversarios del régimen teológico que con tanto heroísmo garantizaron hace medio siglo nuestra independencia nacional contra la coalición retrógrada, no mostraron, sin duda, menos plena y constante abnegación que las bandas supersticiosas que, en el seno de Francia, secundaron la agresión exterior.

52. Para acabar de apreciar las pretensiones actuales de la filosofía teologicometafísica de conservar la sistematización exclusiva de la moral usual, basta examinar directamente la doctrina peligrosa y contradictoria que el inevitable progreso de la emancipación mental la obligó pronto a establecer a este respecto, consagrando en todo, bajo formas más o menos explícitas, una especie de *hipocresía colectiva*, análoga a la que, equivocadamente, se supone que fue habitual entre los antiguos, aunque no tuvo nunca más que un éxito precario y pasajero. No pudiendo impedir el libre avance de la razón moderna en los espíritus cultivados, se propusieron obtener de ellos, por razón del interés público, el respeto aparente a las antiguas creencias, a fin de mantener sobre el vulgo la autoridad que juzgaban indispensable. Esta transacción sistemática no es en modo alguno exclusiva de los jesuitas, aunque constituye el fondo esencial de su táctica; el espíritu protestante le ha impreso también, a su manera, una consagración todavía más íntima, más extensa y, sobre todo, más dogmática; los metafísicos propiamente dichos la adoptan igual que los teólogos mismos; el más grande de ellos,¹ aunque su alta moralidad fuese verdaderamente digna de su eminente inteligencia, fue llevado a sancionarla esencialmente, estableciendo, de una parte, que las opiniones teológicas, cualesquiera que sean, no implican ninguna verdadera demostración y, por otra parte, que la necesi-

1. Kant (Nota de la Sociedad Positivista Internacional).

dad social obliga a mantener indefinidamente su imperio. Aunque tal doctrina pueda resultar respetable en aquellos que no ponen en ella ninguna ambición personal, no por eso tiende menos a viciar todas las fuentes de la moralidad humana, haciendo que ésta se base necesariamente en un estado continuo de falsedad, y hasta de desprecio, de los superiores hacia los inferiores. Mientras los que debían participar en este falseamiento sistemático fueron poco numerosos, la práctica del mismo fue posible, aunque muy precaria; pero llegó a ser aún más ridícula que odiosa cuando la emancipación se extendió lo suficiente para que esa especie de complot piadoso pudiera abarcar, como sería necesario hoy, a la mayor parte de los espíritus activos. En fin, aun suponiendo cumplida esta quimérica extensión, este supuesto sistema deja en pie toda la dificultad con respecto a las inteligencias liberadas, cuya propia moralidad se encuentra así abandonada a su pura espontaneidad, ya justamente reconocida como insuficiente en la clase sometida. Si hay que admitir también la necesidad de una verdadera sistematización moral en estos espíritus emancipados, ya no podrá apoyarse sino en bases positivas, que finalmente serán así consideradas indispensables. En cuanto a limitar su destino a la clase esclarecida, aparte de que tal restricción no podría cambiar la naturaleza de esa gran construcción filosófica, sería evidentemente ilusoria en un tiempo en que la cultura mental que supone esa fácil emancipación ha llegado ya a ser muy común o más bien casi universal, al menos en Francia. Así, el empírico expediente sugerido por el vano deseo de mantener a todo trance el antiguo régimen intelectual, sólo puede acabar en dejar indefinidamente desprovistos de toda doctrina moral a la mayor parte de los espíritus activos, como se ve hoy con demasiada frecuencia.

III

Necesidad de un poder espiritual positivo

53. Así pues, en nombre sobre todo de la moral debemos trabajar ardientemente por lograr al fin la preponderancia universal del espíritu positivo para reemplazar un sistema periclitado que, unas veces impotente y otras perturbador, exigiría cada vez más la opresión mental como condición permanente del orden moral. Solamente la nueva filosofía puede restaurar hoy, respecto de nuestros diversos deberes, convicciones profundas y activas, verdaderamente, capaces de resistir con energía el choque de las pasiones. Según la teoría positiva de la Humanidad, demostraciones irrecusables, fundadas en la inmensa experiencia que actualmente posee nuestra especie, determinarán exactamente la influencia real, directa o indirecta, privada y pública, propia de cada acto, de cada hábito y de cada

inclinación o sentimiento; de donde resultarán naturalmente, como otros tantos inevitables corolarios, las reglas de conducta, ya generales, ya especiales, más conformes al orden universal, y que, por consiguiente, tendrán que resultar generalmente las más favorables a la felicidad individual. Pese a la suma dificultad de este gran tema, me atrevo a asegurar que convenientemente tratado tiene soluciones tan ciertas como las de la geometría. No se puede, ciertamente, esperar hacer nunca suficientemente accesibles a todas las inteligencias esas pruebas positivas de varias reglas morales destinadas, sin embargo, a la vida común; pero lo mismo ocurre ya con diversas prescripciones matemáticas, que, no obstante, son aplicadas sin vacilación en las más graves ocasiones, cuando, por ejemplo, nuestros marinos arriesgan diariamente su existencia confiados en teorías astronómicas que ellos no entienden en absoluto. ¿Por qué no se había de otorgar la misma confianza a nociones más importantes? Por otra parte, es indiscutible que la eficacia normal de semejante régimen exige, en cada caso, además del poderoso impulso que resulta naturalmente de los prejuicios públicos, la intervención sistemática, pasiva o activa, de una autoridad espiritual destinada a recordar con energía las máximas fundamentales y a dirigir prudentemente la aplicación de las mismas, como lo he explicado especialmente en la obra antes indicada. Cumpliendo así la gran misión social que el catolicismo no ejerce ya, este nuevo poder moral utilizará cuidadosamente la feliz aptitud de la filosofía correspondiente para abrogarse por sí misma la sabiduría de todos los diversos regímenes anteriores, siguiendo la tendencia ordinaria del espíritu positivo con respecto a todas las cuestiones. Cuando la astronomía moderna ha rechazado irrevocablemente los principios astrológicos, no por eso ha dejado de conservar preciosamente todas las nociones verdaderas obtenidas bajo el dominio de esos principios; lo mismo ha ocurrido con la química respecto de la alquimia.

CAPÍTULO III

Desarrollo del sentimiento social

54. Sin poder detenernos aquí en la apreciación moral de la filosofía positiva, debemos, empero, señalar la tendencia continua que resulta directamente de su constitución propia, sea científica, sea lógica, para estimular y consolidar el sentido del deber desarrollando siempre el espíritu de conjunto, que va naturalmente unido a aquél. Este nuevo régimen mental disipa espontáneamente la fatal oposición que, desde finales de la Edad Media, existe cada vez más entre las necesidades intelectuales y las necesidades morales. Pero en lo sucesivo, todas las especulaciones reales, convenientemente sistematizadas, concurrirán siempre a constituir, en todo lo posible, la universal preponderancia de la moral, puesto que el punto de vista social llegará necesariamente a ser en ellas el vínculo científico y el regulador lógico de todos los demás aspectos positivos. Es imposible que tal coordinación, al desarrollar familiarmente las ideas de orden y de armonía, siempre adscritas a la Humanidad, no tienda a moralizar profundamente, no sólo a los espíritus selectos, sino también a la masa de las inteligencias, todas las cuales deberán participar más o menos en esta gran iniciación con arreglo a un sistema conveniente de educación universal.

1º EL ANTIGUO RÉGIMEN MORAL ES INDIVIDUAL

55. Un examen más íntimo y más amplio, a la vez práctico y teórico, muestra al espíritu positivo como el único susceptible, por su naturaleza, de

desarrollar directamente el sentido social, primera base necesaria de toda sana moral. El antiguo régimen mental sólo podía estimularlo con ayuda de penosos artificios indirectos, cuyo resultado real tenía que ser muy imperfecto, dada la tendencia esencialmente personal de tal filosofía, cuando la prudencia sacerdotal no contenía la influencia espontánea de esa tendencia. Esta necesidad es ahora reconocida, al menos empíricamente, en cuanto al espíritu metafísico propiamente dicho, que nunca pudo llegar, en moral, a ninguna otra teoría efectiva que el desastroso sistema del *egoísmo*, tan aplicado hoy pese a tantas declaraciones contrarias: hasta las sectas ontológicas que han protestado seriamente contra tal aberración no han hecho sino sustituirlo con vagas e incoherentes nociones, incapaces de eficacia práctica. Una tendencia tan deplorable, y sin embargo tan constante, tiene que tener raíces más profundas de lo que se supone con frecuencia. Proviene, sobre todo, de la naturaleza necesariamente personal de semejante filosofía que, siempre limitada a la consideración del individuo, no ha podido nunca abarcar realmente el estudio de la especie, por una consecuencia inevitable de su vano principio lógico, reducido en esencia a la *intuición* propiamente dicha, que no tiene evidentemente ninguna aplicación efectiva. Sus fórmulas ordinarias no hacen más que traducir de modo ingenuo su espíritu fundamental; para cada uno de sus adeptos, la idea dominante es siempre la del *yo*; todas las demás existentes, cualesquiera que sean, incluso humanas, van confusamente implícitas en un solo concepto negativo y su vago conjunto constituye el *no yo*; la noción del *nosotros* no podría encontrar en él ningún lugar directo y distinto. Pero examinada esta cuestión más a fondo aún, hay que reconocer que, en este aspecto, como en todos los demás, la metafísica se deriva, tanto dogmática como históricamente, de la teología misma, no pudiendo nunca ser otra cosa que una modificación disolvente de ésta. En efecto, este carácter de personalidad constante corresponde sobre todo, con una energía más directa, al pensamiento teológico, siempre preocupado, en cada creyente, en intereses esencialmente individuales, cuya inmensa preponderancia absorbe de manera necesaria toda otra consideración, sin que la más sublime entrega pueda inspirar la abnegación verdadera, justamente considerada entonces como una peligrosa aberración. Sólo la oposición frecuente de estos intereses quiméricos con los intereses reales ha proporcionado a la sagacidad sacerdotal un poderoso medio de disciplina moral, que con frecuencia ha podido determinar, en provecho de la sociedad, admirables sacrificios, los cuales, sin embargo, lo eran sólo en apariencia y se reducían siempre a una prudente ponderación de intereses. Los sentimientos benévolos y desinteresados, propios de la naturaleza humana, debieron sin duda manifestarse a través de tal régimen y hasta en ciertos aspectos, bajo su estímulo directo; pero, aunque su impulso no haya podido ser contenido,

su carácter ha debido sufrir una gran alteración que probablemente no nos permite todavía conocer bien su naturaleza y su intensidad, por falta de un ejercicio propio y directo. Hay grandes motivos para presumir, por otra parte, que este hábito continuo de cálculos personales, tratándose de los más caros intereses personales del creyente, ha desarrollado en el hombre, incluso en cualquier otro aspecto por vía de afinidad gradual, un exceso de circunspección, de previsión y finalmente de egoísmo que su organización fundamental no exigía y que podrá, por tanto, disminuir algún día bajo un mejor régimen moral. Cualquiera que sea el valor de esta conjetura, resulta indiscutible que el pensamiento teológico es, por su naturaleza, esencialmente individual y nunca directamente colectivo. Para la fe, sobre todo monoteísta, la vida social no existe, por falta de una meta propia; la sociedad humana no puede entonces representar inmediatamente más que una simple aglomeración de individuos, cuya reunión es casi tan fortuita como pasajera, y que, ocupados cada uno exclusivamente de su salvación, sólo conciben la participación en la del prójimo como un poderoso medio de merecer mejor la suya propia, obedeciendo a las prescripciones supremas que han impuesto la obligación de la misma. Sin duda alguna deberemos siempre nuestra respetuosa admiración a la sagacidad sacerdotal, que, merced al feliz impulso de un instinto público, ha sabido sacar durante mucho tiempo una gran utilidad práctica de tan imperfecta filosofía. Pero este justo reconocimiento no podría llegar hasta prolongar artificialmente este régimen inicial más allá de su provisional destino, cuando ha llegado por fin el tiempo de una economía más adecuada al conjunto de nuestra naturaleza, intelectual y afectiva.

2º EL ESPÍRITU POSITIVO ES DIRECTAMENTE SOCIAL

56. El espíritu positivo, por el contrario es directamente social, en todo lo posible, y sin ningún esfuerzo, por razón misma de su realidad característica. Para el espíritu positivo el hombre propiamente dicho no existe, sólo puede existir la Humanidad, puesto que todo nuestro desarrollo se debe a la sociedad en cualquier aspecto que lo consideremos. Si la idea de *sociedad* parece aún una abstracción de nuestra inteligencia, ello se debe sobre todo al antiguo régimen filosófico; pues, a decir verdad, semejante carácter corresponde a la idea del *individuo*; al menos en nuestra especie. El conjunto de la nueva filosofía tenderá siempre a poner de manifiesto, tanto en la vida activa como en la especulativa, la relación de cada uno con todos, en una serie de aspectos diversos, haciendo involuntariamente familiar el sentimiento íntimo de la solidaridad social, convenientemente extendido a todos los tiempos y a todos los lugares. No sólo la activa consecución del

bien público será siempre considerada como el modo más propio de asegurar generalmente el bien privado, sino que, por una influencia a la vez más directa y más pura, y finalmente más eficaz, el más completo ejercicio posible de las inclinaciones generales llegará a ser la principal fuente de la felicidad personal, aun cuando, excepcionalmente, no procurara otra recompensa que una inevitable satisfacción interior. Pues si, como es indudable, la *felicidad* resulta sobre todo de una inteligente actividad, debe, pues, depender principalmente de los instintos afines, por más que nuestra organización no les conceda en general una fuerza preponderante; puesto que los sentimientos benévolos son los únicos que pueden desarrollarse libremente en el estado social, que los estimula de forma natural cada vez más abriéndoles un campo indefinido, mientras que exige, de toda necesidad, cierta comprensión permanente de los diversos impulsos personales, cuya manifestación espontánea suscitaría conflictos continuos. En esta vasta extensión social, cada cual encontrará la satisfacción normal de esa tendencia a eternizarse que antes sólo podía hallarla con ayuda de ilusiones ya incompatibles con nuestra evolución mental. El individuo, al no poder ya prolongarse más que en la especie, se verá obligado a incorporarse a la misma de la manera más completa posible, uniéndose profundamente a toda su existencia colectiva, no sólo actual, sino también pasada y, sobre todo, futura, para sacar toda la intensidad de vida que implica, en cada caso, el conjunto de las leyes reales. Esta gran identificación podrá llegar a ser tanto más íntima y mejor sentida cuanto que la nueva filosofía asigna necesariamente a las dos clases de vida un mismo destino fundamental y una misma ley de evolución, consistente siempre, lo mismo para el individuo que para la especie, en la progresión continua hacia el fin que más atrás hemos explicado, o sea la tendencia, por ambas partes, a hacer prevalecer, en todo lo posible, el atributo humano, o la combinación de la inteligencia con la sociabilidad, sobre la animalidad propiamente dicha. Como nuestros sentimientos, cualesquiera que sean, sólo se pueden desarrollar mediante un ejercicio directo y sostenido, tanto más indispensable cuanto menos enérgicos son en su origen, sería superfluo insistir aquí más para demostrar a cualquiera que posea, aunque sea empíricamente, un verdadero conocimiento del hombre, la necesaria superioridad del espíritu positivo sobre el antiguo espíritu teologicometafísico, en cuanto a la fuerza propia y activa del instinto social. Esta preeminencia es de una naturaleza tan evidente que no cabe duda de que la razón pública ha de reconocerla suficientemente, mucho antes de que las instituciones correspondientes hayan podido apreciar de modo conveniente sus satisfactorias propiedades.

TERCERA PARTE

CONDICIONES DE ADVENIMIENTO DE LA ESCUELA POSITIVA

(Alianza de los proletarios y de los filósofos)

CAPÍTULO I

Institución de una enseñanza popular superior

1º CORRELACIÓN ENTRE LA PROPAGACIÓN DE LAS NOCIONES POSITIVAS Y LAS DISPOSICIONES DEL MEDIO ACTUAL

57. La superioridad espontánea de la nueva filosofía sobre todas las que hoy se disputan el dominio, ha quedado tan definida en las indicaciones precedentes como lo estaba ya desde el punto de vista mental, tanto al menos como lo permite este *Discurso*, y salvo el recurso indispensable a la obra citada. Para terminar esta sumaria explicación, conviene observar la feliz correlación que se establece naturalmente entre tal espíritu filosófico y las disposiciones discretas pero empíricas que la experiencia contemporánea hace prevalecer cada vez más, lo mismo en los gobernantes que en los gobernados. Sustituyendo directamente una estéril agitación política por un inmenso movimiento mental, la escuela positiva explica y sanciona, mediante un examen sistemático, la indiferencia o la repugnancia que la

razón pública y la prudencia de los gobernantes coinciden en manifestar hoy por toda seria elaboración directa de las instituciones propiamente dichas, en un tiempo en que no puede haberlas eficaces si no es con un carácter puramente provisional o transitorio, por falta de toda base racional suficiente, mientras persista la anarquía intelectual. Esta nueva escuela, destinada a terminar por fin con ese desorden fundamental, por las únicas vías que puedan superarlo, tiene necesidad, ante todo, del mantenimiento continuo del orden material, tanto interior como exterior, sin el cual ninguna grave meditación social podría ser ni convenientemente acogida ni siquiera suficientemente elaborada. Esta escuela tiende, pues, a justificar y a secundar la muy legítima preocupación que inspira hoy por doquier el único gran resultado político inmediatamente compatible con la situación actual, que por otra parte, le procura un valor especial por las graves dificultades que le suscita, planteando siempre el problema, insoluble a la larga, de mantener un cierto orden político en medio de un profundo desorden moral. Aparte de sus trabajos futuros, la escuela positiva se asocia inmediatamente a esta importante operación por su tendencia directa a desacreditar radicalmente las diversas escuelas actuales, cumpliendo ya mejor que cada una de ellas los cometidos opuestos que todavía les quedan, y que ella sola combina espontáneamente, mostrándose desde un principio más orgánica que la escuela teológica y más progresiva que la escuela metafísica, sin poder nunca llevar en sí los peligros de reacción o de anarquía que les son respectivamente propios. Desde que los gobiernos han renunciado esencialmente, aunque de una manera implícita, a toda seria restauración del pasado, y los pueblos a todo grave trastorno de las instituciones, la nueva filosofía ya no tiene que pedir a ambas partes sino las disposiciones habituales que, en el fondo, se está dispuesto por doquier a concederle (al menos en Francia, que es donde primero debe realizarse sobre todo la elaboración sistemática), o sea libertad y atención. En estas condiciones naturales, la escuela positiva tiende, de un lado, a consolidar todos los poderes actuales en sus poseedores, cualesquiera que sean, y, por otra parte, a imponerles obligaciones morales cada vez más conformes a las verdaderas obligaciones de los pueblos.

58. A primera vista parece que estas disposiciones indiscutibles no deben oponer a la nueva filosofía otros obstáculos esenciales que los que resultaran de la incapacidad o de la incuria de sus diversos promotores. Pero un examen más maduro demuestra, por el contrario, que tiene que encontrar enérgicas resistencias en casi todos los espíritus actualmente activos, por la razón misma de la difícil renovación que de ellos exigiría para asociarlos directamente a su principal elaboración. Si esta inevitable oposición hubiera de limitarse a los espíritus esencialmente teológicos o metafísicos, tendría poca gravedad real, porque quedaría un poderoso

apoyo en los que están dedicados a los estudios positivos, cuyo número e influencia son cada día mayores. Pero, por una fatalidad de fácil explicación es quizá de éstos de quienes la nueva escuela debe esperar menos asistencia y más trabas: una filosofía directamente emanada de las ciencias encontrará tal vez sus más peligrosos enemigos en los que hoy las cultivan. La causa principal de este deplorable conflicto consiste en la especialización ciega y dispersiva que caracteriza profundamente el actual espíritu científico por su formación necesariamente parcial, debido a la complicación creciente de los fenómenos estudiados, como lo explicaré luego expresamente. Esta marcha provisional, que una peligrosa rutina académica se esfuerza hoy en eternizar, sobre todo entre los geómetras, desarrolla en cada inteligencia el verdadero positivismo sólo en cuanto a una pequeña parte del sistema mental, y deja todo lo demás bajo un vago régimen teologicometafísico, o lo abandona a un empirismo todavía más opresor, de suerte que el verdadero espíritu positivo que corresponde al conjunto de los diversos trabajos científicos, no puede hoy ser del todo comprendido por ninguno de los que así lo han naturalmente preparado. Cada vez más entregados a esa inevitable tendencia, los sabios propiamente dichos son llevados, en nuestro siglo, de manera inevitable, a una insuperable aversión contra toda idea general y a la absoluta imposibilidad de apreciar realmente ninguna concepción filosófica. Por lo demás, se apreciará mejor la gravedad de tal oposición observando que, nacida de los hábitos mentales, se ha extendido luego a los diversos intereses correspondientes que nuestro régimen científico adscribe profundamente, sobre todo en Francia, a esa desastrosa especialización, como lo he demostrado con detalle en la obra citada. Así pues, la nueva filosofía, que exige directamente el espíritu de conjunto y que hace prevalecer para siempre sobre todos los estudios constituidos hoy la ciencia naciente del progreso social, encontrará por fuerza una íntima oposición, a la vez activa y pasiva, en los prejuicios y en las pasiones de la única clase que puede ofrecerle directamente un punto de apoyo especulativo, y en la cual no debe esperar, por mucho tiempo, sino adhesiones puramente individuales, acaso más raras aquí que en cualquier otro sector. ¹

1. Esta empírica preponderancia del espíritu de detalle en la mayor parte de los sabios actuales, y su ciega antipatía a toda generalización, cualquiera que sea, resultan más graves, sobre todo en Francia, por su reunión habitual en academias, en las que los diversos prejuicios analíticos se refuerzan mutuamente, en las que además se desarrollan intereses muchas veces abusivos y en las que se organiza, en fin, espontáneamente, una especie de motín permanente contra el régimen sintético que debe prevalecer en lo sucesivo. El instinto de progreso que caracterizaba, hace medio siglo, al genio revolucionario, había advertido, confusamente, estos peligros esenciales, determinando la supresión directa de esas asociaciones retrasadas que, útiles sólo para la elaboración preliminar del espíritu positivo, resultaban cada vez más hostiles a la sistematización final. Aunque esta audaz medida, tan mal juzgada por lo general, fuese entonces prematura, porque entonces no se podían ver bastante bien estos graves inconvenientes, la verdad es que

59. Para superar convenientemente este concurso espontáneo de resistencias diversas que hoy presenta a la escuela positiva la masa especulativa propiamente dicha, no tiene aquélla otro recurso general que organizar un llamamiento directo y sostenido al buen sentido universal, esforzándose desde ahora en propagar sistemáticamente, en la masa activa, los principales estudios científicos propios para construir la base indispensable de su gran elaboración filosófica. Estos estudios preliminares, naturalmente dominados hasta ahora por ese espíritu de especialización empírica que preside las ciencias correspondientes, son siempre concebidos y dirigidos como si cada uno de ellos tuviera por principal objeto preparar para una cierta profesión exclusiva, lo cual impide evidentemente la posibilidad, incluso para los que tuvieran más tiempo, de emprender nunca varias, o al menos tantas como fuera necesario para la formación ulterior de sanas concepciones generales. Pero no puede seguir siendo así cuando tal instrucción está directamente destinada a la educación universal, que cambia necesariamente su carácter y su dirección, pese a toda tendencia contraria. En efecto, el público que no quiere ser ni geómetra, ni astrónomo, ni químico, etcétera, experimenta de continuo la necesidad simultánea de todas las ciencias fundamentales, reducidas cada una a sus nociones esenciales: necesita, según la acertadísima expresión de nuestro gran Molière, *claridades de todo*. Para él, esta necesaria simultaneidad no existe solamente cuando considera estos estudios en su destino abstracto y general, como única base racional del conjunto de las concepciones humanas: la siente también, aunque menos directamente, incluso en las diversas aplicaciones concretas, cada una de las cuales, en lugar de referirse exclusivamente a una determinada rama de la filosofía natural, en el fondo depende también más o menos de todas las demás. Así pues, la universal propagación de los principales estudios positivos no tiene hoy como único objeto satisfacer una necesidad ya muy acentuada en el público; que cada vez se da más cuenta de que las ciencias no están exclusivamente reservadas a los sabios, sino que existen sobre todo para él mismo. Por una dichosa reacción espontánea, destino tal, cuando se haya desarrollado convenientemente, deberá mejorar de raíz el espíritu científico actual, quitándole su especialización ciega y dispersiva, haciéndole adquirir poco a poco el verdadero carácter filosófico indispensable a su principal misión. Esta vía es además la única que puede, en nuestros días, formar de modo gradual, fuera de la clase especulativa propiamente dicha, un vasto tribunal espontáneo, tan imparcial como irrecusable, consti-

estas corporaciones científicas habían cumplido ya la principal misión correspondiente a su naturaleza: desde su restauración su influencia real ha sido, en el fondo, mucho más nociva que útil a la marcha actual de la gran evolución mental.

tuido por la masa de los hombres sensatos, ante el cual se extinguirán en forma irrevocable muchas falsas opiniones científicas que los puntos de vista propios de la elaboración preliminar de los dos últimos siglos hubieron de mezclar profundamente con las doctrinas verdaderamente positivas, alterándolas por fuerza mientras esas discusiones no sean al fin directamente sometidas al buen sentido universal. En un tiempo en que no se puede esperar eficacia inmediata más que de medidas siempre provisionales, bien adaptadas a nuestra situación transitoria, la necesaria organización de este punto de apoyo general para el conjunto de los trabajos filosóficos es, a mi juicio, el principal resultado social que puede dar hoy la completa vulgarización de los conocimientos reales: el público dará así a la nueva escuela un verdadero equivalente de los servicios que esta organización le ofrecerá.

60. Este gran resultado no podría obtenerse en la medida deseable si esa enseñanza continua siguiera estando destinada a una sola clase cualquiera, por muy extensa que fuese: so pena de fracaso, se debe tener en cuenta la total universalidad de las inteligencias. En el estado normal que este movimiento debe preparar, todas, sin ninguna excepción ni distinción alguna, sentirán siempre la misma necesidad fundamental de esa filosofía primera, que resulta del conjunto de las necesidades reales y que debe, pues, llegar a ser la base sistemática de la razón humana, tanto activa como especulativa, para cumplir más convenientemente el indispensable cometido social que tuvo en otro tiempo la universal instrucción cristiana. Es, pues, muy importante que la nueva escuela filosófica desarrolle, desde su origen, todo lo posible ese gran carácter elemental de universalidad social que, finalmente relativo a su principal destino, constituirá hoy su mayor fuerza contra las diversas resistencias que debe encontrar.

3º DESTINO ESENCIALMENTE POPULAR DE ESTA ENSEÑANZA

61. Para destacar mejor esta necesaria tendencia, una íntima convicción, instintiva primero, sistemática luego, me ha determinado, desde hace mucho tiempo, a presentar siempre la enseñanza expuesta en este tratado como especialmente dirigida a la clase más numerosa, que nuestra situación deja desprovista de toda instrucción regular, debido a la creciente decadencia de la instrucción puramente teológica que, provisionalmente reemplazada, en cuanto a los letrados únicamente, por cierta instrucción metafísica y literaria, no ha tenido, sobre todo en Francia, ningún equivalente análogo para la masa popular. La importancia y la novedad de tal disposición constante, mi vivo deseo de que sea convenientemente apreciada y hasta, si se me permite decirlo, imitada, me obligan a indicar aquí los principales motivos de este contacto espiritual que debe así instituir hoy con los

proletarios, la nueva escuela filosófica, pero sin que su enseñanza deba excluir jamás a ninguna clase. Por muchos obstáculos que la falta de celo o de altura pueda realmente poner de ambas partes a este acercamiento, es fácil observar, en general, que entre todos los sectores de la sociedad actual, el pueblo propiamente dicho debe ser en el fondo el mejor dispuesto, por las tendencias y las necesidades que resultan de su situación característica, a acoger favorablemente la nueva filosofía, que finalmente debe encontrar en él su principal apoyo, tanto mental como social.

62. Una primera consideración en la que interesa profundizar, aunque su naturaleza sea sobre todo negativa, surge, a este respecto, de una atenta apreciación de lo que a primera vista pudiera parecer que ofrece una grave dificultad, o sea la ausencia actual de toda cultura especulativa. Sin duda es lamentable, por ejemplo, que esta enseñanza popular de la filosofía astronómica no encuentre aún, en todos aquellos a quienes va especialmente destinada, algunos estudios matemáticos preliminares que la harían a la vez más eficaz y más fácil, y que yo hasta me veo obligado a suponerles. Pero la misma laguna se encontraría también en la mayor parte de las otras clases actuales, en un tiempo en que la instrucción positiva permanece limitada en Francia a ciertas profesiones especiales, generalmente centradas en la Escuela Politécnica o en algunas escuelas de medicina. No hay, pues, nada en esto que sea verdaderamente exclusivo de nuestros proletarios. En cuanto a su carencia habitual de esta clase de cultura regular que reciben hoy las clases letradas, no temo caer en una exageración filosófica al afirmar que ello es, para las clases populares, una notable ventaja, en lugar de un verdadero inconveniente. Sin insistir aquí en una crítica desgraciadamente demasiado fácil, ya bastante razonada desde hace tiempo y que la experiencia diaria confirma cada vez más a juicio de los hombres sensatos, sería difícil concebir ahora una preparación más irracional y, en el fondo, más peligrosa, para la conducta ordinaria de la vida real, sea activa, sea incluso especulativa, que la que resulta de esa vana instrucción primera de palabras y luego de entidades, en la que todavía se pierden tantos preciosos años de nuestra juventud. A la mayor parte de los que la reciben, ya apenas les produce otra cosa que una repugnancia casi insuperable por todo trabajo intelectual, para todo el curso de su carrera; pero sus peligros resultan mucho más graves para los que se han entregado muy especialmente a esa vana instrucción. La ineptitud para la vida real, el desdén por las profesiones vulgares, la impotencia para apreciar convenientemente ninguna concepción positiva y la antipatía que de esta impotencia resulta, los disponen hoy demasiado a menudo a secundar una estéril agitación metafísica, que inquietas pretensiones personales, desarrolladas por esa desastrosa educación, no tardan en hacer políticamente perturbadora bajo la influencia directa de una viciosa erudición histórica que, haciendo prevalecer una falsa

erudición del tipo social propio de la antigüedad, impide generalmente comprender la sociabilidad moderna. Considerando que casi todos los que, en diversos aspectos, dirigen hoy los asuntos humanos han sido preparados así, no podría sorprendernos la vergonzosa ignorancia que manifiestan con demasiada frecuencia sobre los temas más sencillos, incluso materiales, ni su frecuente disposición a desdeñar el fondo por la forma, poniendo por encima de todo el arte de bien decir, por muy contradictoria o perniciosa que resulte la aplicación, ni nos extrañará, por último, la especial tendencia de nuestras clases letradas a acoger con avidez todas las aberraciones que surgen diariamente de nuestra anarquía mental. Tal observación dispone, por el contrario, a extrañarse de que esos diversos desastres no se extiendan aún más; conduce a admirar profundamente la rectitud y la cordura naturales del hombre, que bajo el feliz impulso propio de nuestra civilización en su conjunto, contrarrestan en gran parte de manera espontánea esas peligrosas consecuencias de un absurdo sistema de educación general. Como este sistema ha sido, desde finales de la Edad Media, y lo sigue siendo, el principal apoyo social del espíritu metafísico, primero contra la teología, luego también contra la ciencia, se concibe fácilmente que a las clases que él no ha podido incorporarse debe haberles afectado mucho menos esta filosofía transitoria, y por tanto deben estar mejor dispuestos para el estado positivo. Ahora bien: ésta es la importante ventaja que la ausencia de educación escolástica les da hoy a nuestros proletarios y que los hace, en el fondo, menos accesibles que la mayor parte de los letrados a los diversos sofismas perturbadores, como lo demuestra la experiencia diaria, pese a una continua excitación sistemáticamente dirigida a las pasiones propias de su condición social. En otro tiempo debieron estar profundamente dominados por la teología, sobre todo por la católica; pero, durante su emancipación mental, la metafísica tuvo que resbalar sobre ellos, por no encontrar en los primeros la cultura especial sobre la que se apoya; únicamente la filosofía positiva podrá de nuevo captarlos radicalmente. Las condiciones previas, tan recomendadas por los primeros padres de esta filosofía final, deben cumplirse en este campo mejor que en ningún otro: si la célebre *tabla rasa* de Bacon y de Descartes fuera alguna vez plenamente realizable, lo sería seguramente en los proletarios actuales, que, principalmente en Francia, están mucho más cerca que ninguna otra clase del tipo ideal de esta disposición preparatoria para el positivismo racional.

63. Examinando en su aspecto más íntimo y más permanente esta inclinación natural de las inteligencias populares a la sana filosofía, se echa de ver fácilmente que debe resultar siempre de la solidaridad fundamental que, según nuestras explicaciones anteriores, adscribe directamente el verdadero espíritu filosófico al buen sentido universal, su primera y necesaria fuente. En efecto, no sólo este buen sentido, tan justamente preconizado

por Descartes y Bacon, debe hoy encontrarse más puro y más enérgico en las clases inferiores, incluso en virtud de esa afortunada ausencia de cultura escolástica que las hace menos accesibles a los hábitos vagos o sofisticados. A esta diferencia pasajera, que quedará gradualmente anulada por una mejor educación de las clases letradas, hay que añadir otra, necesariamente permanente, relativa a la influencia mental de las diversas funciones sociales propias de los dos órdenes de inteligencia, según el carácter respectivo de sus trabajos habituales. Desde que la acción real de la Humanidad sobre el mundo exterior comenzó, entre los modernos, a organizarse espontáneamente, exige la combinación continua de dos clases distintas, muy desiguales en número pero igualmente indispensables: por una parte, los *empresarios* propiamente dichos, siempre poco numerosos, que poseyendo los diversos materiales convenientes, incluidos el dinero y el crédito, dirigen el conjunto de cada operación, asumiendo, pues, la principal responsabilidad de los resultados, cualesquiera que sean; por otra parte, los *operarios* directos, que viven de un salario periódico y constituyen la inmensa mayoría de los trabajadores, y que ejecutan, en una especie de intención abstracta, cada uno de los actos elementales, sin preocuparse especialmente de su concurso final. Estos últimos son los únicos que luchan directamente con la Naturaleza, mientras que los primeros tienen que entenderse sobre todo con la sociedad. Por una consecuencia necesaria de estas diversidades fundamentales, la eficacia especulativa que hemos considerado inherente a la vida industrial para desarrollar involuntariamente el espíritu positivo, debe en general resultar más clara en los operarios que en los promotores, pues sus trabajos propios presentan un carácter más simple, un fin más netamente determinado, resultados más inmediatos y condiciones más imperiosas. La escuela positiva deberá, pues, encontrar naturalmente un acceso más fácil para su enseñanza universal, y una más viva simpatía para su renovación filosófica, cuando pueda penetrar de modo conveniente en ese vasto medio social. Al mismo tiempo, deberá encontrar en él afinidades morales no menos preciosas que sus armonías mentales, por esa común despreocupación material que aproxima espontáneamente a nuestros proletarios a la verdadera clase contemplativa, al menos cuando ésta haya adoptado por fin las costumbres que corresponden a su destino social. Esta feliz disposición, tan favorable al orden universal como a la verdadera felicidad personal, llegará a tener un día mucha importancia normal, por la sistematización de las relaciones generales que deben existir entre estos dos elementos extremos de la sociedad positiva. Pero, desde este momento, puede facilitar su unión naciente, aprovechando el poco tiempo que dejan a nuestros proletarios para su instrucción especulativa sus ocupaciones diarias. Si en algunos casos excepcionales de trabajo muy sobrecargado, este obstáculo continuo parece en realidad que tiene que impedir todo desarro-

llo mental, éste queda en general compensado por ese carácter de prudente imprevisión que, en cada intermitencia natural de los trabajos obligados, da al espíritu una plena disponibilidad. El verdadero ocio sólo debe faltar de manera habitual en la clase que se cree especialmente dotada para el mismo, pues, debido precisamente a su fortuna y a su posición, está generalmente preocupada por inquietudes activas, que casi nunca permiten una verdadera calma, intelectual y moral. En cambio, este estado debe ser fácil a los pensadores y a los operarios, debido a que están espontáneamente libres de los cuidados relativos al empleo de los capitales, e independientemente de la regularidad natural de su vida diaria.

64. Cuando hayan actuado de modo conveniente estas diferentes tendencias, mentales y morales, es, pues, entre los proletarios donde mejor deberá realizarse esa universal propagación del saber positivo, condición indispensable para la realización gradual de la renovación filosófica. Es también en ellos donde el carácter continuo de este estudio podrá llegar a ser lo más puramente especulativo porque estará más libre de esos puntos de vista interesados que a los estudios aportan, de forma más o menos directa, las clases superiores, casi siempre preocupadas por cálculos ávidos o ambiciosos. Después de buscar en dicho estudio el fundamento universal de toda sabiduría humana, vendrán a buscar en él, como en las bellas artes, una dulce distracción habitual de sus diarios trabajos. Como su inevitable condición social debe hacerles mucho más preciosa esta distracción, sea científica, sea estética, sería extraño que las clases dirigentes quisieran ver en ella, por el contrario, un motivo fundamental para mantenerlos especialmente privados de la misma, negando de manera sistemática la única satisfacción que pueda ser indefinidamente compartida a los mismos que tienen que renunciar razonablemente a los goces menos comunicables. Para justificar tal privación, demasiado a menudo dictada por el egoísmo irreflexivo, se ha objetado, a veces, que esta vulgarización especulativa tendería a agravar profundamente el desorden actual, desarrollando la funesta tendencia, ya demasiado acentuada, al eclecticismo universal. Pero este natural temor, única objeción sería que merecería una verdadera controversia a este respecto, resulta hoy, en la mayor parte de los casos de buena fe, de una irracional confusión de la instrucción positiva, a la vez estética y científica, con la instrucción metafísica y literaria, única organizada hoy. En efecto, esta última que, como ya hemos visto, ejerce una acción muy perturbadora en las clases letradas, resultaría mucho más peligrosa si se extendiera a los proletarios, en los que desarrollaría, además del desagrado por las ocupaciones materiales, exorbitantes ambiciones. Pero, por fortuna, están ellos en general menos dispuestos aún a solicitarla que los demás a concedérsela. En cuanto a los estudios positivos, prudentemente concebidos y convenientemente dirigidos, no implican en modo alguno tal

influencia: aliándose y aplicándose, por su naturaleza, a todos los trabajos prácticos, tienden por el contrario a confirmar y hasta inspirar el gusto por los mismos, sea ennoblecendo su carácter habitual, sea suavizando sus penosas consecuencias; conduciendo, por otra parte, a una sana apreciación de las diversas posiciones sociales y de las necesidades correspondientes, disponen a sentir que la felicidad real es compatible con todas las situaciones, con tal que sean honorablemente asumidas y razonablemente aceptadas. La filosofía general que de esto resulta considera al hombre, o más bien a la Humanidad, como el primero de los seres conocidos, destinado, por el conjunto de las leyes reales, a perfeccionar siempre, en todo lo posible y en todos los aspectos, el orden natural, al abrigo de toda inquietud quimérica; lo que tiende a elevar profundamente el activo sentimiento universal de la dignidad humana. Al mismo tiempo atempera espontáneamente el orgullo demasiado exaltado que tal sentimiento podría suscitar, mostrando, en todos los aspectos y con una familiar evidencia, cómo estamos siempre por debajo del tipo y de la meta así definidos, sea en la vida activa, sea incluso en la vida especulativa, en la que, casi a cada paso, nos damos cuenta de que nuestros esfuerzos más sublimes no pueden jamás superar sino una pequeña parte de las dificultades fundamentales.

65. A pesar de la gran importancia de los diversos motivos precedentes, consideraciones más importantes todavía determinarán, sobre todo a las inteligencias populares, a secundar hoy la acción filosófica de la escuela positiva con su afán continuo por la universal propagación de los estudios reales: ellas se refieren a las principales necesidades colectivas propias de la condición social de los proletarios. Podemos resumirlas en esta observación general: hasta ahora no ha podido existir una política especialmente popular, y la nueva filosofía es la única que puede instaurarla.

CAPÍTULO II

Institución de una política popular

1º LA POLÍTICA POPULAR, SIEMPRE SOCIAL, DEBE LLEGAR A SER, SOBRE TODO, MORAL

66. Desde el comienzo de la gran crisis moderna, el pueblo no ha intervenido todavía más que como simple auxiliar en las principales luchas políticas, sin duda con la esperanza de obtener en ellas algún mejoramiento de su situación general, pero no con propósitos y con una finalidad que le fuesen realmente propios. Todos los debates habituales han quedado esencialmente concentrados entre las diversas clases superiores o medias, porque se referían sobre todo a la posesión del poder. Ahora bien: el pueblo no podía interesarse de manera directa durante mucho tiempo por tales conflictos, porque la naturaleza de nuestra civilización impide evidentemente que los proletarios esperen, ni siquiera deseen, ninguna participación importante en el poder político propiamente dicho. Así pues, después de haber comprobado esencialmente todos los resultados sociales que podían esperar de la sustitución provisional de la antigua preponderancia política de las clases sacerdotales y feudales por los metafísicos y los legistas, se hacen de día en día más indiferentes a la estéril prolongación de esas luchas cada vez más mezquinas, ya reducidas a vanas rivalidades personales. Cualesquiera que sean los esfuerzos continuos de la agitación metafísica por hacerlos intervenir en esos frívolos debates, con el cebo de lo que llaman los derechos políticos, el instinto popular ha comprendido ya, sobre todo en Francia, cuán ilusoria y pueril sería la posesión de tal privilegio, que ni siquiera en su grado actual de diseminación inspira habitualmente ningún

interés verdadero a la mayoría de los que lo disfrutan en exclusividad. El pueblo sólo puede interesarse de verdad por el uso efectivo del poder, cualesquiera que sean las manos en que resida, y no por su conquista especial. En cuanto las cuestiones políticas, o más bien ya sociales, se refieran ordinariamente a la forma como debe ser ejercido el poder para mejor cumplir su destino general, que, en los tiempos modernos, se refiere de manera principal a la masa proletaria, no se tardará en reconocer que el desdén actual no se debe en modo alguno a una peligrosa indiferencia: hasta aquí, la opinión popular se mantendrá ajena a esos debates, que, a juicio de las inteligencias cuerdas, aumentando la inestabilidad de todos los poderes, tienden en especial a retrasar esa indispensable transformación. En una palabra, el pueblo está naturalmente dispuesto a desear que la vana y tormentosa discusión de los derechos sea al fin teemplazada por una fecunda y saludable estimación de los deberes esenciales, sean generales, sean especiales. Tal es el principio espontáneo de la íntima conexión que, sentida tarde o temprano, incorporará necesariamente el instinto popular a la acción social de la filosofía positiva, pues esta gran transformación equivale evidentemente a la del movimiento político actual en un simple movimiento filosófico, transformación que hemos motivado antes en las más altas consideraciones especulativas, y cuyo primero y principal resultado social consistirá, en realidad, en instituir de manera sólida una activa moral universal, prescribiendo a cada agente, individual o colectivo, las reglas de conducta más conformes a la armonía fundamental. Cuanto más meditemos en esta relación natural, mejor veremos que esta mutación decisiva, que sólo podía emanar del espíritu positivo, no puede encontrar hoy un firme apoyo más que en el pueblo propiamente dicho, único dispuesto a comprenderla bien y a interesarse profundamente por ella. Los prejuicios y las pasiones propios de las clases superiores o medias se oponen conjuntamente a que dicha mutación sea por lo pronto suficientemente apreciada, porque en esas clases deben interesar más, en general, las ventajas inherentes a la posesión del poder que los peligros que resultan de su ejercicio vicioso. Si el pueblo es ahora y debe seguir siendo indiferente a la posesión directa del poder político, no puede nunca renunciar a su indispensable participación continua en el poder moral, que, siendo el único verdaderamente accesible a todos, sin ningún peligro para el orden universal, y, por el contrario, con gran ventaja para el mismo, autoriza a cualquiera, en nombre de una común doctrina fundamental, a llamar convenientemente a sus diversos deberes esenciales a los más altos poderes. En realidad, los prejuicios inherentes al estado transitorio o revolucionario han llegado también en cierto grado a nuestros proletarios; mantienen en ellos perjudiciales ilusiones sobre el alcance indefinido de las medidas políticas propiamente dichas; les impiden advertir que la justa satisfacción

de los grandes intereses populares depende de las opiniones y de las costumbres más que de las instituciones mismas, cuya verdadera regeneración, actualmente imposible, exige, ante todo, una reorganización espiritual. Pero se puede asegurar que la escuela positiva tendrá mucha más facilidad para hacer entrar esta saludable enseñanza en los entendimientos populares que en ningún otro, sea porque en ellos no ha podido arraigar tanto la metafísica negativa, sea sobre todo por el impulso constante de las necesidades sociales inherentes a su situación precaria. Estas necesidades se refieren en esencia a dos condiciones fundamentales, una espiritual y otra temporal, de naturaleza profundamente conexa: se trata, en efecto, de asegurar convenientemente a todos, en primer término la educación normal, luego el trabajo regular; tal es, en el fondo, el verdadero *programa social de los proletarios*. Ya no puede existir verdadera popularidad para ninguna política que no sea la que tienda necesariamente a este doble destino. Ahora bien: tal es, evidentemente, el carácter espontáneo de la doctrina social propia de la nueva escuela filosófica; nuestras explicaciones anteriores deben aquí dispensarnos de toda otra aclaración a este respecto, aclaración reservada por lo demás a la obra tantas veces citada en este *Discurso*. Importa solamente añadir que la necesaria concentración de nuestros pensamientos y de nuestra actividad en la vida real de la Humanidad, rechazando toda vana ilusión, tenderá especialmente a afianzar mucho la adhesión moral y política del pueblo propiamente dicho a la verdadera filosofía moderna. En efecto, su seguro instinto percibirá pronto en ella un nuevo y poderoso motivo para orientar la práctica social hacia el prudente mejoramiento continuo de su propia condición general. Las quiméricas esperanzas inherentes a la antigua filosofía han conducido, por el contrario, con demasiada frecuencia, a descuidar y desdeñar tales progresos, o a impedirlos mediante una especie de aplazamiento continuo, por la mínima importancia relativa a que debía naturalmente dejarles reducidos esa eterna perspectiva, inmensa compensación espontánea de todas las miserias, cualesquiera que sean.

2º NATURALEZA DE LA PARTICIPACIÓN DE LOS GOBIERNOS EN LA PROPAGACIÓN DE LAS NOCIONES POSITIVAS

67. Este sumario examen basta ya para señalar, en los diversos aspectos esenciales, la necesaria afinidad de las clases inferiores con la filosofía positiva que, en cuanto se haya podido establecer plenamente el contacto, encontrará en ellas su principal apoyo natural, a la vez mental y social; mientras que la filosofía teológica no conviene ya más que a las clases superiores, cuya preponderancia política tiende a eternizar, así como

la filosofía metafísica se dirige sobre todo a las clases medias, cuya activa ambición secundaria. Todo espíritu reflexivo debe también comprender al fin la importancia tan fundamental que hoy tiene una inteligente vulgarización sistemática de los estudios positivos, esencialmente destinados a los proletarios, a fin de preparar en ellos una sana doctrina social. Los diversos observadores que pueden librarse, aunque sólo sea de momento, del torbellino diario, coinciden ahora en deplorar, y ciertamente con mucha razón, la anárquica influencia que, en nuestros días, ejercen los sofistas y los retóricos. Pero estas justas lamentaciones serán inevitablemente vanas mientras no se haya apreciado mejor la necesidad de salir al fin de una situación mental en la que la educación oficial no puede hacer, en general, otra cosa que formar retóricos y sofistas, que tienden luego de manera espontánea a propagar el mismo espíritu mediante la triste enseñanza procedente de los periódicos, de las novelas, de los dramas, entre las clases inferiores, a las que ninguna educación regular preserva del contagio metafísico, sólo rechazado por su razón natural. Aunque debamos esperar que los gobiernos actuales no tardarán en darse cuenta de lo mucho que la universal propagación de los conocimientos reales puede secundar cada vez más en sus esfuerzos continuos por el difícil mantenimiento de un orden indispensable, no debemos aún esperar de ellos, ni siquiera desear, una cooperación verdaderamente activa a esta gran preparación racional, que por mucho tiempo debe resultar sobre todo de un libre celo privado, inspirado y sostenido por verdaderas convicciones filosóficas. La imperfecta conservación de una grosera armonía política, constantemente comprometida en medio de nuestro desorden mental y moral, absorbe demasiado justamente su atención diaria y hasta los tiene situados en un punto de vista demasiado inferior, para que puedan dignamente comprender la naturaleza y las condiciones de tal trabajo, y sólo se les debe pedir que entrevean la importancia del mismo. Si, por un celo intempestivo, intentaran hoy dirigirlo, no harían sino alterarlo profundamente, comprometiendo mucho su principal eficacia al no identificarlo con una filosofía bastante decisiva, lo que no tardaría en hacerlo degenerar en una incoherente acumulación de especialidades superficiales. De suerte que la escuela positiva, que es el resultado de un activo concurso voluntario de los espíritus verdaderamente filosóficos, no tendrá que pedir a nuestros gobiernos occidentales, para cumplir convenientemente su gran cometido social, más que una plena libertad de exposición y de discusión, equivalente a la que disfrutaban ya la escuela teológica y la escuela metafísica. La una puede preconizar a diario y a su gusto, en las tribunas sagradas, la excelencia absoluta de su eterna doctrina y sentenciar a todos sus adversarios, cualesquiera que sean, a una irrevocable condenación; la otra, en las numerosas cátedras que le sostiene la munificencia nacional, puede también desarrollar a diario, ante inmensos

auditorios, la universal eficacia de sus concepciones ontológicas y la preeminencia indefinida de sus estudios literarios. La escuela positiva, sin aspirar a tales ventajas, que sólo el tiempo debe procurar, no pide en esencia hoy más que un simple derecho de asilo regular en los locales municipales, para en ellos hacer ver directamente su actitud final para la satisfacción simultánea de todas nuestras grandes necesidades sociales, propagando con prudencia la única instrucción sistemática que puede en lo sucesivo preparar una verdadera reorganización primero mental, luego moral y por último política. Con tal de que encuentre siempre abierto este libre acceso, el celo voluntario y gratuito de sus raros promotores, secundado por el buen sentido universal, y bajo el impulso creciente de la situación fundamental, no temerá nunca sostener, incluso desde este momento, una activa competencia filosófica con los numerosos y poderosos órganos, aun con todos juntos, de las dos escuelas antiguas. Ahora bien; ya no es de temer que los hombres de Estado se desvíen gravemente, a este respecto, de la imparcial moderación cada vez más inherente a su propia indiferencia especulativa: la escuela positiva tiene incluso razones para contar, en este aspecto, con la benevolencia habitual de los más inteligentes de ellos, no sólo en Francia, sino también en todo nuestro Occidente. Su vigilancia continua de esta libre enseñanza popular no tardará en limitarse a prescribirle sólo la condición permanente de una verdadera positividad, excluyendo, con inflexible severidad, la introducción demasiado inminente aun de las especulaciones vagas o sofísticas. Pero, en este aspecto, las necesidades esenciales de la escuela positiva coinciden directamente con los deberes naturales de los gobiernos: pues si éstos deben rechazar tal abuso en virtud de su tendencia anárquica, aquélla, además de este justo motivo, lo juzga absolutamente contrario al destino fundamental de tal enseñanza por reanimar ese mismo espíritu metafísico en el que la escuela positiva ve hoy el principal obstáculo para el advenimiento social de la nueva filosofía. En este aspecto, así como en cualquier otro, los filósofos positivos se sentirán siempre casi tan interesados como los poderes actuales por el doble mantenimiento permanente del orden interior y de la paz exterior, porque ven en él la condición más favorable a una verdadera renovación mental y moral; sólo que, desde el punto de vista que les es propio, deben percibir de más lejos lo que podría comprometer o consolidar ese gran resultado político del conjunto de nuestra situación transitoria.

CAPÍTULO III

Orden necesario de los estudios positivos

68. Hemos explicado bastante, en todos los aspectos, la capital importancia que tiene hoy la universal propagación de los estudios positivos, sobre todo entre los proletarios, para establecer en lo sucesivo un indispensable punto de apoyo, a la vez mental y social, de la elaboración filosófica que debe determinar gradualmente la reorganización espiritual de las sociedades modernas. Pero tal explicación sería todavía incompleta, e incluso insuficiente, si el final de este *Discurso* no estuviera directamente consagrado a establecer el orden fundamental que conviene a esta serie de estudios, para fijar la verdadera posición que debe ocupar, en su conjunto, el que luego será objeto exclusivo de este *Tratado*. Lejos de que este orden didáctico sea casi indiferente, como lo hace suponer demasiado a menudo nuestro vicioso régimen científico, se puede asegurar, por el contrario, que es sobre todo de ese orden de lo que depende la principal eficacia, intelectual o social, de esta gran preparación. Por otra parte, existe una íntima solidaridad entre la concepción enciclopédica de donde aquél resulta y la ley fundamental de evolución que sirve de base a la nueva filosofía general.

1º LEY DE CLASIFICACIÓN

69. Ese orden debe, por su naturaleza, cumplir dos condiciones esenciales, una dogmática, otra histórica, cuya convergencia necesaria hay que comenzar por reconocer: la primera consiste en ordenar las ciencias según su dependencia sucesiva, de suerte que cada una se apoye en la precedente y prepare la siguiente; la segunda prescribe disponerlas según

la marcha de su formación efectiva, yendo siempre de las más antiguas a las más recientes. Ahora bien, la equivalencia espontánea de estas dos vías enciclopédicas se debe, en general, a la fundamental identidad que existe inevitablemente entre la evolución individual y la evolución colectiva, las cuales, teniendo un mismo origen, un destino análogo y un mismo agente, deben siempre presentar fases correspondientes, salvo las únicas variaciones de duración, intensidad y velocidad, inherentes a la desigualdad de los dos organismos. Este concurso necesario permite, pues, concebir ambos modos como dos aspectos correlativos de un único principio enciclopédico, pudiendo emplear de modo habitual el que en cada caso manifieste mejor las relaciones consideradas, y con la preciosa facultad de poder averiguar constantemente por el uno lo que resultará del otro.

70. La ley fundamental de este orden común, de dependencia dogmática y de sucesión histórica, ha quedado completamente establecida en la gran obra antes indicada y cuyo plan general determina. Consiste en clasificar las diferentes ciencias, fundándose en la naturaleza de los fenómenos estudiados, según su generalidad y su independencia decrecientes o su compilación creciente, de donde resultan especulaciones cada vez menos abstractas y cada vez más difíciles, pero también cada vez más eminentes y completas, en virtud de su relación más íntima con el hombre, o más bien con la Humanidad, objeto final de todo sistema teórico. Esta clasificación tiene su principal valor filosófico, sea científico, sea lógico, en la identidad constante y necesaria que existe entre todos esos diversos modos de comparación especulativa de los fenómenos naturales, y de donde resultan otros tantos teoremas enciclopédicos, cuya explicación y cuyo uso corresponden a la obra citada, que, además, en el aspecto activo, añade la importante relación general de que los fenómenos resultan así cada vez más modificables, ofreciendo un dominio cada vez más vasto a la intervención humana. Basta aquí indicar de modo sumario la aplicación de ese gran principio a la determinación racional de la verdadera jerarquía de los estudios fundamentales, directamente concebidos en lo sucesivo como los diferentes elementos esenciales de una ciencia única, la de la Humanidad.

2.º LEY ENCICLOPÉDICA O JERARQUÍA DE LAS CIENCIAS

71. Este objeto final de todas nuestras especulaciones reales exige, evidentemente, por su naturaleza a la vez científica y lógica, un doble preámbulo indispensable, relativo por una parte al hombre propiamente dicho, por otra parte al mundo exterior. En efecto, no se podría estudiar racionalmente los fenómenos, estáticos o dinámicos, de la sociabilidad, si antes no se conociera de modo suficiente el agente especial que los produce

y el medio general en que se producen. De aquí resulta, pues, la división necesaria de la filosofía natural, destinada a preparar la filosofía social, en dos grandes ramas, una orgánica, inorgánica otra. En cuanto a la disposición relativa de estos dos estudios igualmente fundamentales, todos los motivos esenciales, ya científicos, ya lógicos, coinciden en prescribir que, entre la educación individual y la evolución colectiva, se empiece por la segunda, cuyos fenómenos, más simples y más independientes, por su superior generalidad, implican ya una apreciación verdaderamente positiva, a la vez que sus leyes, directamente relativas a la existencia universal, ejercen luego una influencia necesaria sobre la existencia especial de los cuerpos vivientes. La astronomía constituye, en todos los aspectos, el elemento más decisivo de esta teoría previa del mundo exterior, bien como más susceptible de una plena positividad, bien por ser el medio general de todos nuestros fenómenos, cualesquiera que sean, manifestando además, sin ninguna otra complicación, la simple existencia matemática, es decir, geométrica o mecánica, común a todos los seres reales. Pero, ni aun condensando lo más posible las verdaderas concepciones enciclopédicas, no es posible reducir la filosofía inorgánica a este elemento principal, porque entonces quedaría completamente aislada de la filosofía orgánica. Su vínculo fundamental, científico y lógico, consiste sobre todo en la rama más compleja de la primera, el estudio de los fenómenos de composición y de descomposición de los más eminentes de los que componen la existencia universal y los que más se acercan al modo vital propiamente dicho. De esta manera, la filosofía natural, considerada como el preámbulo necesario de la filosofía social, descomponiéndose primero en dos estudios extremos y en un estudio intermedio, comprende sucesivamente esas tres grandes ciencias: la astronomía, la química y la biología, la primera de las cuales se refiere directamente al origen espontáneo del verdadero espíritu científico, y la última a su destino esencial. Su iniciación respectiva corresponde, históricamente, a la antigüedad griega, a la Edad Media y a la época moderna.

72. Tal apreciación enciclopédica no llenaría aún suficientemente las condiciones indispensables de continuidad y de espontaneidad propias de tal materia: por una parte, deja una laguna capital entre la astronomía y la química, cuya relación no puede ser directa; por otra parte, no indica bastante la verdadera fuente de este sistema especulativo como una simple prolongación abstracta de la razón común, cuyo punto de partida científico no podía ser directamente astronómico. Pero, para completar la fórmula fundamental, basta, en primer lugar, insertar en ella, entre la astronomía y la química, la física propiamente dicha, que, en realidad, hasta Galileo no tomó una existencia distinta; en segundo lugar poner al principio de este vasto conjunto la ciencia matemática, único origen necesario de la positividad racional, tanto en cuanto al individuo como en cuanto a la especie. Si,

mediante una aplicación más especial de nuestro principio enciclopédico, se descompone a su vez esta ciencia inicial en sus tres grandes ramas, el cálculo, la geometría y la mecánica, se determina por último, con la mayor precisión filosófica, el verdadero origen de todo el sistema científico, nacido, en efecto, de las especulaciones puramente numéricas, que, siendo las más generales, las más simples, las más abstractas y las más independientes, se confunden casi con la actividad espontánea del espíritu positivo en las más vulgares inteligencias, como lo confirma todavía, ante nuestros ojos, la observación diaria del impulso individual.

73. Así se llega gradualmente a descubrir la invariable jerarquía, histórica y dogmática a la vez, científica y lógica al mismo tiempo, de las seis ciencias fundamentales: la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología, la primera de las cuales constituye necesariamente el punto de partida exclusivo, y la última el único fin esencial de toda la filosofía positiva, considerada en lo sucesivo, por su naturaleza, como un sistema verdaderamente indivisible en el que toda descomposición es radicalmente artificial, sin que por otra parte tenga nada de arbitrario pues todo en esta filosofía se refiere finalmente a la Humanidad, único concepto plenamente universal. El conjunto de esta fórmula enciclopédica, en todo conforme a las verdaderas afinidades de los estudios correspondientes, y que por otra parte comprende, como es evidente, todos los elementos de nuestras especulaciones reales, permite al fin a cada inteligencia renovar a su gusto la historia general del espíritu positivo pasando, de una manera casi insensible, de las menores ideas matemáticas a los más altos pensamientos sociales. Está claro, en efecto, que cada una de las cuatro ciencias intermedias se confunde, por decirlo así, con la precedente en cuanto a sus fenómenos más simples, y con la siguiente en cuanto a los más eminentes. Esta perfecta continuidad espontánea resultará sobre todo irrecusable para todos los que reconozcan, en la obra antes citada, que el mismo principio enciclopédico ofrece también la clasificación racional de las diferentes partes constitutivas de cada estudio fundamental, de suerte que los grados dogmáticos y las fases históricas pueden coincidir hasta donde lo exige la precisión de las comparaciones o la facilidad de las transiciones.

74. En el estado presente de las inteligencias, la aplicación lógica de esta gran fórmula es aún más importante que su uso científico puesto que, en nuestros días, el método es más esencial que la doctrina misma, y por otra parte, lo único inmediatamente susceptible de una completa regeneración. Su principal utilidad consiste, pues, hoy, en determinar rigurosamente la marcha invariable de toda educación verdaderamente positiva, en medio de los prejuicios irracionales y de los viciosos hábitos propios de los primeros pasos del sistema científico, gradualmente formado de teorías parciales e incoherentes cuyas relaciones mutuas tenían que pasar inadvertidas para

sus fundadores sucesivos. Todas las clases actuales de sabios violan ahora, con igual gravedad aunque a diversos títulos, esta obligación fundamental. Limitándonos aquí a señalar los dos casos extremos, los geómetras, justamente orgullosos de estar situados en la verdadera fuente de la positividad racional, se obstinan de manera ciega en mantener el espíritu humano en ese grado puramente inicial de la verdadera actividad especulativa, sin considerar nunca su única finalidad necesaria; en cambio los biólogos, preconizando con razón la dignidad superior del objeto de sus estudios, muy próximo a ese gran destino, persisten en mantenerlos en un irracional aislamiento, eximiéndose arbitrariamente de la difícil preparación que exige su naturaleza. Estas disposiciones opuestas, pero igualmente empíricas, conducen hoy con demasiada frecuencia, en los unos, a un vano desperdicio de esfuerzos intelectuales, que, en su mayor parte, se van consumiendo en investigaciones cada vez más pueriles; en los otros, a una inestabilidad continua de las diversas nociones esenciales, por falta de una marcha verdaderamente positiva. En este último aspecto, sobre todo, se debe observar en efecto que los estudios sociales no son los únicos en la actualidad que todavía permanecen fuera del sistema plenamente positivo, bajo el estéril dominio del espíritu teologicometafísico; en el fondo los mismos estudios biológicos, especialmente dinámicos, aunque estén académicamente constituidos, no han llegado tampoco a una verdadera positividad, puesto que en ellos no se encuentra hoy suficientemente indicada ninguna doctrina capital, de suerte que ofrecen campo indefinido para las ilusiones y los malabarismos. Ahora bien: la deplorable prolongación de este estado de cosas se debe en esencia, en uno y otro caso, al insuficiente cumplimiento de las grandes condiciones lógicas determinadas por nuestra ley enciclopédica; pues ya nadie discute, desde hace mucho tiempo, la necesidad de una marcha positiva, pero todos desconocen la naturaleza y las obligaciones de la misma, que sólo la verdadera jerarquía científica puede caracterizar. ¿Qué se puede, en efecto, esperar, sea con respecto a los fenómenos sociales, sea incluso al estudio, más sencillo, de la vida individual, de una cultura que aborda directamente especulaciones tan complejas sin haberse preparado de manera digna para ello mediante un sano examen de los métodos y de las doctrinas relativos a los diversos fenómenos menos complicados y más generales, de tal modo que no puede conocer lo bastante ni la lógica inductiva, principalmente caracterizada, en el estado rudimentario, por la química, la física y en primer lugar la astronomía, ni siquiera la pura lógica deductiva, o el arte elemental del razonamiento decisivo, que sólo la iniciación matemática puede desarrollar convenientemente?

75. Para facilitar el uso habitual de nuestra fórmula jerárquica, conviene mucho, cuando no se necesita una gran precisión enciclopédica, agrupar los

términos de dos en dos, reduciéndolos a tres parejas: una inicial, matemático-astronómica; otra final, biológico-sociológica, separadas y unidas por la pareja intermedia, físico-química. Esta satisfactoria condensación resulta de un irrecusable examen, puesto que existe en efecto mayor afinidad natural, sea científica o lógica, entre los dos elementos de cada pareja que entre las mismas parejas consecutivas, como suele confirmarlo la dificultad que se encuentra en separar claramente la matemática de la astronomía, y la física de la química, por causa de los hábitos vagos que todavía dominan en cuanto a todas las ideas de conjunto; especialmente la biología y la sociología continúan confundiendo casi en la mayor parte de los pensadores actuales. Sin llegar nunca a esas viciosas confusiones, que alterarían de raíz las transiciones enciclopédicas, con frecuencia será útil reducir así la jerarquía elemental de las especulaciones reales a tres parejas básicas, cada una de las cuales podrá por otra parte ser brevemente designada por su elemento más especial, que es siempre en realidad el más característico y el más propio para definir las grandes fases de la evolución positiva, individual o colectiva.

3º IMPORTANCIA DE LA LEY ENCICLOPÉDICA

76. Este sumario examen basta aquí para indicar el destino y señalar la importancia de tal ley enciclopédica, en la que reside, por último, una de las dos ideas madres cuya íntima combinación espontánea constituye necesariamente la base sistemática de la nueva filosofía general. El final de este largo *Discurso*, en el que ha quedado definido en todos sus aspectos esenciales el verdadero espíritu positivo, se acerca así a su comienzo, puesto que esta teoría de clasificación debe ser considerada en último término como naturalmente inseparable de la teoría de evolución expuesta al principio; de suerte que el *Discurso* actual constituye en sí mismo un verdadero conjunto, imagen fiel, aunque muy condensada, de un vasto sistema. Fácil es, en efecto, comprender que la consideración habitual de tal jerarquía debe resultar indispensable, bien para aplicar convenientemente nuestra ley inicial de los tres estados, bien para disipar por completo las únicas objeciones serias que pueden oponérsele; pues la frecuente simultaneidad histórica de las tres grandes fases mentales con respecto a especulaciones diferentes constituiría, de cualquier otro modo, una inexplicable anomalía, que en cambio, queda espontáneamente resuelta por nuestra ley jerárquica, igualmente relativa a la sucesión que a la dependencia de los diversos estudios positivos. Se concibe paralelamente, en sentido inverso, que la regla de la clasificación supone la de la evolución, puesto que todos los motivos esenciales del orden así establecido provienen, en el fondo, de la

desigual rapidez de tal desarrollo en las diferentes ciencias fundamentales.

77. La combinación racional de estas dos ideas madres, al constituir la unidad necesaria del sistema científico, cuyas partes todas concurren cada vez más a un mismo fin, asegura también, por otra parte, la justa independencia de los diversos elementos principales, demasiado alterada todavía por viciosas interdependencias. Como espíritu positivo, en su manifestación preliminar, única hasta ahora, ha tenido que ir gradualmente de los estudios inferiores a los superiores, éstos han estado expuestos de manera inevitable a la opresiva invasión de los primeros, contra cuyo ascendiente la indispensable originalidad de los segundos no encontraba al principio garantía más que en una prolongación exagerada de la tutela teologicometafísica. Esta deplorable fluctuación, muy sensible todavía en la ciencia de los cuerpos vivientes, caracteriza hoy lo que contienen de real, en el fondo, las largas controversias, por otra parte tan vanas en todo otro aspecto, entre el *materialismo* y el *espiritualismo*, representando de una manera provisional, bajo formas igualmente viciosas, las necesidades, igualmente graves, aunque desgraciadamente opuestas, hasta ahora, de la realidad y de la dignidad de nuestras especulaciones, cualesquiera que sean. El espíritu positivo, llegado ya a su madurez sistemática, elimina a la vez ambas aberraciones terminando esos estériles conflictos mediante la satisfacción simultánea de esas dos condiciones viciosamente contrarias, como lo indica en seguida nuestra jerarquía científica combinada con nuestra ley de evolución, puesto que cada ciencia sólo puede llegar a una verdadera positividad cuando está plenamente considerada la originalidad de su carácter propio.

CONCLUSIÓN

Aplicación a la enseñanza de la Astronomía

78. Una aplicación directa de esta teoría enciclopédica, a la vez científica y lógica, nos lleva al fin a definir exactamente la naturaleza y la finalidad de la enseñanza especial a que está consagrado este *Tratado*. En efecto; de las explicaciones precedentes resulta que la principal eficacia, primero mental, social luego, que hoy debemos buscar en una inteligente propagación universal de los estudios positivos, depende necesariamente de una estricta observancia didáctica de la ley jerárquica. Para cada rápida iniciación individual, lo mismo que para la lenta iniciación colectiva, será siempre indispensable que el espíritu positivo, desarrollando su régimen a medida que extiende su dominio, se eleve poco a poco del estado matemático inicial al estado sociológico final, recorriendo sucesivamente los cuatro grados intermedios astronómico, físico, químico y biológico. Ninguna superioridad personal puede verdaderamente eximir de esta fundamental gradación, con respecto a la cual tenemos muy frecuentes ocasiones de comprobar hoy, en altas inteligencias, una irreparable laguna, que a veces ha anulado eminentes esfuerzos filosóficos. Esta marcha debe resultar hoy más indispensable aún en la educación universal, en la que las especialidades tienen poca importancia, y cuya principal utilidad, más lógica que científica, exige esencialmente una plena racionalidad, sobre todo cuando se trata de constituir, al fin, el verdadero régimen mental. Así pues, esta enseñanza popular debe referirse hoy, sobre todo, a la pareja científica inicial, hasta que esté convenientemente vulgarizada. Aquí es donde todos deben tomar primero las verdaderas nociones elementales de su positividad general, adquiriendo los conocimientos que sirven de base a todas las demás

especulaciones reales. Aunque esta estricta obligación conduce necesariamente a poner al principio los estudios puramente matemáticos, hay que tener en cuenta, sin embargo, que no se trata todavía de establecer una sistematización directa y completa de la instrucción popular, sino sólo de imprimir el conveniente impulso filosófico que debe llevar a él. Ya se echa de ver fácilmente que tal movimiento debe depender primordialmente de los estudios astronómicos, que, por su naturaleza, ofrecen necesariamente la primera manifestación del verdadero espíritu matemático, siendo en el fondo la principal finalidad del mismo. Hoy se puede sin inconveniente caracterizar así la pareja inicial por la astronomía sola, porque los conocimientos matemáticos verdaderamente indispensables para su prudente vulgarización están ya lo bastante difundidos o son lo bastante fáciles de adquirir para que podamos limitarnos a suponerlos resultado de una preparación espontánea.

79. Esta necesaria preponderancia de la ciencia astronómica en la primera propagación sistemática de la iniciación positiva es plenamente adecuada a la influencia histórica de tal estudio, principal móvil hasta ahora de las grandes revoluciones intelectuales. El sentimiento fundamental de la invariabilidad de las leyes naturales tenía, en efecto, que desarrollarse primero con respecto a los fenómenos más simples y más generales, cuya regularidad y cuya magnitud superiores nos manifiestan el único orden real que es completamente independiente de toda modificación humana. Esta clase de concepciones, incluso antes de tener ningún carácter verdaderamente científico, ha determinado, sobre todo, el paso decisivo del fetichismo al politeísmo, consecuencia en todas partes del culto a los astros. Su primer bosquejo matemático, en las escuelas de Tales y de Pitágoras, constituyó luego la principal fuente mental de la decadencia del politeísmo y del ascendiente del monoteísmo. Finalmente, el desarrollo sistemático del positivismo moderno, que tiende abiertamente a un nuevo régimen filosófico es, en esencia, el resultado de la gran renovación astronómica comenzada por Copérnico, Kepler y Galileo. No debe, pues, extrañar mucho que la universal iniciación positiva, sobre la que debe apoyarse el advenimiento directo de la filosofía definitiva, tenga que depender al principio de tal estudio, según la necesaria conformidad de la educación individual a la educación colectiva. Éste es, sin duda, el último cometido fundamental que le debe corresponder en el desarrollo general de la razón humana, que, una vez llegada en todos a una verdadera positividad, deberá avanzar luego bajo un nuevo impulso filosófico, directamente emanado de la ciencia final, que entonces quedará investida para siempre de su presidencia normal. Tal es la eminente utilidad, no menos social que mental, que aquí se trata de sacar, al fin, de una acertada exposición popular del sistema actual de los sanos estudios astronómicos.

ÍNDICE

CURSO DE FILOSOFÍA POSITIVA

PRÓLOGO	9
OBRAS PRINCIPALES DE A. COMTE	19
CURSO DE FILOSOFÍA POSITIVA	21
NOTA EDITORIAL	21
ADVERTENCIA DEL AUTOR PARA LA PRIMERA EDICIÓN	21
LECCIÓN PRIMERA	25
I. Antecedentes del positivismo: ley de los tres estados . .	26
II. La filosofía positiva	31
III. Cuatro aplicaciones del positivismo	38
LECCIÓN SEGUNDA	51
I. Principios de una clasificación positiva de las ciencias . .	51
II. Clasificación de las seis ciencias fundamentales	64
III. Cuatro aplicaciones de la clasificación de las ciencias . .	69

DISCURSO SOBRE EL ESPÍRITU POSITIVO

PRÓLOGO	83
x Datos biográficos de Augusto Comte	99

DISCURSO SOBRE EL ESPÍRITU POSITIVO	101
Objeto de este discurso	103

PRIMERA PARTE:

+ Superioridad mental del espíritu positivo	105
Capítulo I. Ley de la evolución intelectual de la Humanidad o ley de los tres estados	105
Capítulo II. Destino del espíritu positivo	119
Capítulo III. Atributos correlativos del espíritu positivo y del buen sentido	135

SEGUNDA PARTE:

Superioridad social del espíritu positivo	143
Capítulo I. Organización de la revolución	143
Capítulo II. Sistematización de la moral humana	153
Capítulo III. Desarrollo del sentimiento social	161

TERCERA PARTE:

x Condiciones de advenimiento de la escuela positiva. (Alianza de los proletarios y de los filósofos)	165
Capítulo I. Institución de una enseñanza popular superior	165
Capítulo II. Institución de una política popular	175
x Capítulo III. Orden necesario de los estudios positivos	181
Conclusión	189